

ESTE LIBRO VALE \$ 5.00

Es propiedad del Autor Inscripción N.º 2176

IMPRESO EN LOS TALLERES
DE LA EDITORIAL

ROBERT BARRINGTON

SANTIAGO DE CHILE 1931

Tras del Espejismo de la Pampa

POR

Marcial Figueroa

DE LA REGIÓN DEL SALITRE

(Veinte años de observación de lo que es, y debiera ser la raza Chilena, en el corazón de la Industria más potente de nuestro País).

TALLERES GRÁFICOS "CHILE FILM"

Matucana 27

Casilla 585 - SANTIAGO - Teléf. 540 Est.

INDICE

SOIDS SOLD TO SOID SOID SOID SOID SOID SOID SOID SOI	Págs.
Dedicatoria	3
Prefacio	6
Formación geológica	26
Tras del espejismo de la Pampa	28
La epopeya del salitre	51
El osado trabajador en la travesía del desierto	53
El antiguo y nuevo proceso de elaboración a vuelo de	
pájaro	63
Característica de algunos trabajos en las salitreras	70
La necesidad del mecanizar la derripiadura de los ca-	
chuchos.	82
La fonda o el hotel	84
La odisea de Cirilo	91
Cirilo y su camarada retornando a su pueblo natal	105
Las insalubres habitaciones obreras	128
El servicio médico y el deficiente estado sanitario	137
Los accidentes	151
La necesidad de standarizar los precios en los trabajos	
de extracción	161
La Ley 4055 sobre Accidentes del Trabajo debe ampliarse	165
La necesidad del salario mínimo	173
El alcoholismo en las salitreras	177
Recordando el abuso del circulante ilegal	180
La pulpería	192

DEDICATORIA

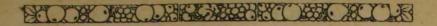
Al Pueblo Chileno, cuyo brazo potente en ardua y penosa labor, fructificó la riqueza mundial del salitre en la región hosca e inclemente de la pampa.

EL AUTOR

"Son de gestos robustos, desbarbados, bien formados los cuerpos y crecidos, espaldas grandes, pechos levantados, recios miembros, de nervios bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, animosos, valientes, atrevidos, duros en el trabajo, y sufeidores de frios mortales, hambres y calares."

ALONSO DE ERCILLA Y ZUNIGA

CANTO PRIMERO DE LA ARAUCANA



PREFACIO

Después de remontar los cerros ciclópeos de nuestra costa con elevadas pendientes, o de entrar por una hoz prolongada entre el departamento de Arica y la provincia de Antofagasta, o sea, entre los grados 17½ y 26 latitud sur, bajo un sol ardiente hay extensiones inmensas donde no se alza el menor arbusto, ni siquiera un hilillo de agua cristalina que recuerde en el fatigado viajero, los vivificantes, sugestivos y poéticos parajes de los campos sureños.

Ahí está la pampa mustia, dolorosa e insólita, con su suelo berroqueño y sus enormes llanuras entre sirtes y caribdis, que limitan a lo lejos con las mon-

tañas desnudas y los cielos.

En este enorme desierto atiborrado de riquezas subterráneas comprendido entre los Andes y el mar, es donde algunos elementos de la naturaleza prodigiosa parece se hubieran confabulado para producir la sorpresa más gigantesca mientras perdure la civilización.

Es la tierra que parece se ha calentado por un cielo de fuego, dejando en su superficie extensiones imaginativas, como las pinceladas directrices de un pintor genial sobre sus lienzos de estudio.

Cuando el astro rey está en el cenit, se observan los "fenómenos" espejismos, por ese aire cálido agitado y movido en todos sentidos, sin duda buscando como subir, desde lejos toma la similitud en este lado a árboles corpulentos, en aquel otro a un extenso río de cristalinas aguas, en uno de sus extremos que un archipiélago o un lago, en el de más allá largas caravanas que atraviesan en distintas direcciones y, cuyo beso sobre el incierto elemento hace ver el oleaje de un atrayente y agitado mar.

Siguiendo la observación ayudan a la fantasía de ese falso miraje en este insólito Sahara Sudamericano, las enormes nubes de polvo formadas no sólo por los caprichosos vientos si que también por los tiros a punta de dinamita en la pampa explotada.

A medida que se avanza con el calor casi insoportable y el aire sutil, la respiración se hace fatigosa quitando la humedad de las fosas nasales y de la boca. Son las mismas angustias que impone al viajero el mundial desierto africano.

Ya por la tarde y al caer esas noches glaciales del invierno, como para hacer más triste la vida al viajero y al poblador del desierto, se levanta una nube grisácea la cual en la pampa llaman gráficamente camanchaca.

Estando sobre esa inmensa sábana de tierra negruzca y cenicienta—en algunas de sus partes muy dignas de seguir estudios geológicos y etnográficos, aún sin horadarla, si se le observa, es como la doncella que siendo pudorosa y esquiva en su opulencia de improviso vacila, y opta por entregarse a las caricias de su amante, pero murmurando, comprendido qué, sobre la poca correspondencia a su espíritu ecuánime y a su más sincero afecto que ella por él ha sentido.

No es la sierra muda como esa otra de Chuquicamata, que con sus riquísimas rocas insensibles mira al oásis de Calama a 9,500 pies sobre el nivel del mar. Es la pampa cual hembra tendida de espalda, a una altura de 2,000 metros más o menos sobre el nivel del suelo de los puertos salitreros, reclama las caricias del calichero que empuñe en su brazo nervudo el barreno, el mazo, la cuchara y la dinamita, para que descubra no sólo en la superficie de su cuerpo, sino también en sus entrañas el recuerdo imborrable del resultado de esa sui-géneris acción atmosférica en época remota, comprendido qué, después que el océano ocupó su centro, la cual con su acción química y sus fuertes descargas eléctricas el (a.z.) azoe o nitrógeno se combinó con el (o.) oxígeno, formando el (H. N. O. 3) o (H. N. O. 2) ácido nítrico y nitroso, y, que cayeron en abundancia bajo las aguas de lluvia fracturando las rocas y otros cuerpos.

Según algunos geólogos autorizados fué así co-

mo se formó el nitrato de soda.

Y es por eso que la formación de la rica capa pétrea, se encuentra no sólo en las llanuras, en las cúspides de las pendientes elevadas, si que también en las gargantas de vertiginosos zig-zags, que las aguas probablemente abrieron al caer torrencialmente sobre la blanda costra, hasta en lo más erizado del terreno, en el que a una regular profundidad en algunos de los casos sobre una capa de conchuela, "segmentos de moluscos" en mezcla con restos de vertebrados, algunos contados en estado fósil, ahí se encuentra el "maná" caliche de distintos matices, desde el amasado en piedra caliza hasta el blanco que a mayor profundidad se presenta en vetas en su más subida ley, cuya sustancia a través del planeta en bondades y virtudes no tiene competidor, materia es esta qué, no sólo fecundiza la tierra del viejo y nuevo mundo para el mayor accionamiento de la vida orgánica, si que también tiene la virtud de interceptar la muerte cuando es aplicada en forma científica a vida de un morboso.

Siendo esta pampa el único emporio de riqueza de tan maravillosa pasta, repetimos, a través del planeta, la incompetencia a sus bondades y virtudes por sus sustitutos descendientes de la química, puede ser aún, el gran factor para el eco de una clarinada de fuerte repercución en esos sitios donde todavía no ha encontrado un campo de consumo, siempre que los encargados de darla sea un personal idóneo y competente, y que tenga la persuación absoluta que está haciendo un esfuerzo en pro de una de las grandezas de la patria.

Conocida de ayer a hoy la eficacia de nuestro nitrato en parte de ambos mundos, ha sido el factor para que capitales de distintas nacionalidades se asienten en ese portentoso emporio de riqueza, en el que algunos industriales y representantes de esas industrias sin mirar medio han amasado colosal fortuna, no obstante que en estos últimos lustros el fertilizante ha venido sufriendo sus convulsiones escalonadas, por lo que más de una vez nos hemos preguntado la causa de este suceso. No habrá sido porque a nuestro abono le han disminuido sus virtudes, no. Varios países del viejo mundo con sus cansadas tierras, estamos seguros, han seguido necesitando de él, máxime en esos países qué, por la estrechez de su suelo y el exceso de sus pobladores han recurrido a un subsuelo para intensificar el campo de agricultura

Y si tres lustros atrás exportábamos más o menos dos millones de toneladas, sin la debida reclame verbal ni periodística. Cuál es la causa que hoy día sólo tengamos un campo de venta para dos millones

y medio de toneladas?

¿A qué se debe la presente estagnación?

Se argumentará que hay falta de dinero para obtenerlo, o que el sintético por su bajo costo le ha desplazado en el campo de consumo, a estas circunstancias, varias son las respuestas que invaden nuestra mente, pero sólo nos limitaremos a citar dos de ellas:

a) La falta de réclame de los indiscutibles méritos de nuestro fertilizante por los productores mismos de éste, y la pusilanimidad de aquellos qué, teniendo la misión de parte de nuestros pasados gobernantes para hacer una buena reclame, nada hicieron, a los que acusamos de negligentes, lo que sin duda ha sido motivado por espíritu de cuerpo.

b) La falta de una legislación sana y patriótica en la que por una parte se habría hecho ver la necesidad imprescindible de elaborar con carbón nacional, después de haber surtido el Fisco de agua dulce a esa región, por otra parte se habría fijado un barometraje prudente para la propulsión de los capitales ya en manufacturas, como en el de aquellos artículos de consumo primordial para esos pueblos, "nada de intermediarios", el Fisco habría sido el único proveedor. Así no se habría palpado ese monopolio de las pulperías en la pampa,-negocio éste que ha sido otra veta tan al sol como el caliche de mejor ley-es indudable que para evitar un mayor resentimiento a los productores de consumo primordial, en los tiempos que corremos, habría que eximir a esas industrias del gravamen impuesto en estos últimos años, pues, con estas medidas de precaución tenemos la persuación qué, habíamos tenido un costo barato en la producción de nuestro abono tal vez más barato que el que obtiene la Compañía María Elena,el chuqui salitrero del momento-pues, nadie debe ignorar que el alto costo de la vida en los artículos de consumo primordial en un pueblo, impelen al subido costo del resto de las manufacturas de ese mismo pueblo.

¿Y por qué no decir algo más?

Varias de las pasadas gobernaciones viendo que la industria del salitre en su estado normal, era un negocio lucrativo con buenas fuentes de entrada al Erario Nacional, abigarrados en sus asientos gubernativos, nunca pensaron que de la noche a la mañana podría surgir un fantasma para venirse sobre nuestra industria matriz,—no obstante que Noruega allá por el año 1908 más o menos fué la primera en producir salitre sintético—falta de meollo de esos gobiernos, porque estos debieron haber comprado salitre a precios convenientes y con el haber hecho estancos en varias partes del viejo mundo, y junto con la debida réclame haber dado toda clase de facilidades para el pago a los consumidores pobres, cuando estos hubieran garantizado ese pago con un bien inmueble.

Sabemos de buena fuente que los señores del sintético dan facilidades a sus compradores que lo solicitan. Desde luego la negligencia de nuestros pasados gobernantes está a la vista, y con la cual han labrado sus monumentos imperecederos de torpes administraciones.

Así ha sido como nuestro virtuoso abono poco a poco, ha ido sintiendo esos síntomas de muerte que siente un enfermo a falta de atención médica.

Mientras tanto los resortes de la química europea en su traquetear diurno y nocturno, tal vez, habrán avanzado hasta encontrar en parte el génesis del salitre artificial, no cabe duda ayudados por plumas sociólogas y gobernantes de alma bien puesta, a fin de elaborar a bajo costo.

Siendo ese producto semi-análogo al nuestro, sus productores con la clarinada de la victoria, no han desmayado un momento en la reclame tanto en la prensa, como en el fijar de gráficos en pleno riñón de los pueblos donde han encontrado campo de venta.

Desde el año 1914-26, los pueblos y pueblachos del interior de nuestra región salitrera, incluyendo los puertos de embarque, han venido sufriendo sus rezagos económicos escalonados, con motivo de la paralización de algunos ingenios elaboradores del nitrato y la restricción de ventas de este mismo, porque a decir de ciertos órganos de la prensa del país, el fantasma del sintético ha venido creciendo gradualmente.

Crisis aquellas de 8, 10 meses a un año, para unos pocos millares de trabajadores, las hemos considerado transitorias.

"La mayor paralización de oficinas es la del día".

Seremos breves en decir que este estado de cosas lo presentíamos desde hace tiempo, y con profunda pena hemos observado la agonía de varios de esos pueblos en el riñón de la pampa, en los cuales antes se notaba cierta vida, alegría y esperanza, resistiéndose al mismo tiempo en forma alarmante el comercio en general en los puertos salitreros, con la evacuación de una parte en cada población, y no juzgando mal, hasta el comercio central del país, quedando en condición tal, muchos de los habitantes de aquella región, de darse cabezasos conso peces en estrecha redoma. Tomando en consideración las bondades y virtudes de nuestro abono, cierto optimismo no nos hace creer que el sintético por su bajo costo, vaya más tarde definitivamente a desplazar al nuestro en gran parte del campo consumidor, aunque en estos últimos tiempos se ha dicho en ciertos órganos de la prensa nacional qué, aquel ha obtenido triple campo de venta.

En la hipótesis que así fuera, nos resta el decir qué, a grandes males grandes remedios, pues, estamos persuadidos, repetimos, que por medio de legislaciones importantes las cuales serían de trascendencia para el desarrollo de la industria, podríamos producir muy barato, ya que tenemos toda la materia prima para el desarrollo de todas las energías que nuestra industria requiere. Que algunos industriales pondrían el grito en el cielo. Eso no importaría —estamos seguros que San Pedro, probo y recto magistrado haría caso omiso de tales gritos—porque ese transitorio gravamen iría tras la salvación de la mayor grandeza nacional.

Hé ahí, el medio obvio qué, muchos años atrás pudo haber salvado a nuestra industria matriz.

Meses antes de escribir este libro se ha venido diciendo que nuestros hombres de gobierno para conjurar este brutal azote a nuestro abono, estarían por asociarse con los señores Guggeheim, para seguir el desarrollo de la industria porque éstos con su inventiva adoptada en la oficina María Elena, habrían

estado produciendo a más bajo costo que los fabricantes con el procedimiento antiguo.

Lo lamentable sería qué, con el procedimiento de elaboración de los señores Guggeheim se vayan a sustituir a varios millares de brazos, por lo que una parte de cada pueblo ya del interior o de la costa abandonaría sus habitaciones, sin otro horizonte tal vez para unos pocos seguir hacia los campos del sur, y para el resto tras una mejor suerte quizá irían hasta sin brújula en el camino de la aventura. Y para evitar esto no cabría otra cosa al gobierno, que inyectar nuevas fuentes de vida a fin de que otra parte de esos pueblos, comerciantes en su mayoría, no sigan en su lenta y mortal agonía.

Ahí están los oásis cuyas tierras pueden hacerse fecundas, ellas son, San Pedro de Atacama o sea
Atacama la Grande, Atacama la Chica o sea ChiuChiu—por donde pasara el bravo extremeño don Pedro de Oncas y Gutiérrez de Valdivia, verdadero
nombre de don Pedro de Valdivia, Conquistador de
Chile.—Esos y otros oásis en los alrededores son extensos, los cuales pueden dar cabida a un buen número de colonos nacionales. Esos lugares serían un
vergel, verdaderas haciendas con todos sus aditamentos de aves y ganado, donde no sólo habría pan
para el cuerpo de sus pobladores, si que también
para el alma porque convivirían con una naturaleza distinta a esa hosca e inclemente del faenar salitrero.

En Tarapacá podríamos intensificar la agricultura como en Antofagasta.

Es indudable que para ello se necesitaría resol-

ver el problema de la irrigación.

Por otra parte para dar más vida a esas provincias, se intensificaría la minería con los procedimientos modernos, pues, para ello sería necesario que la Caja de Crédito Minero prestara ayuda a los industriales nacionales de escasos recursos, comprendido qué, después de hacer un incontrarrestable análisis de esos metales y un estudio detenido de la formación geológica de dichas minas.

Con la situación azarosa e incierta varios de los habitantes de Antofagasta están creyendo que, si se lleva a efecto la construcción del ferrocarril a Socompa, es un hecho obtener la estabilidad y el mejoramiento económico de la gran población de esa ciudad, pues, no creemos que esa obra sea suficiente para ello. Que vendría a dar un poco más de calor y vida a una pequeña parte de la población, eso no cabe en la más absoluta duda, pero no para que se crea que ese ferrocarril internacional va a darle a ese puerto las características con calor y vida de aquel Buenos Aires del Atlántico, desde que a nuestros vecinos de allende no les exportaremos gran cantidad de nuestro abono, por natural y lógica razón que la mayor parte de sus tierras en cultivo no son de las cansadas, y como la otra parte en grandes extensiones son incultas, con sumas probabilidades de fecundidad no necesitan abono. Y si se ha

tomado interés en ese país por la construcción de ese ferrocarril internacional en sus provincias septentrionales al nuestro, es porque bien saben que ellos van a ser los mejores beneficiados, ya que la enorme distancia de los puertos del atlántico es un obstáculo para la intensificación de la agricultura, y transportación de cereales a los productores de escaso recurso, en las provincias de Salta, Jujuy y Tucumán.

Y no se crea que hacemos este exponente porque no somos partidarios de la construcción de ese ferrocarril, no. Bien comprendemos, que la mayor grandeza de un pueblo se debe a su mayor vía de

comunicación con sus circunvecinos.

Volviendo a la situación actual de nuestro abono, seremos breves en nuestros deseos por el bien del país que, ojalá los cálculos de ese gran negocio—con motivo de la formación de la gran Compañía Salitrera—no sean erróneos, a fin de que no se coloque una lápida sobre nuestra industria matriz, que ha venido siendo desde hace varias décadas de años la base fundamental de la economía nacional.

Con entrañable amor a nuestro suelo, hemos venido suponiendo que nuestros hombres de gobierno habrán meditado muy bien, la grave responsabilidad efectiva e histórica que gravitaría sobre ellos al sepultar una gran parte de la vida de estos pueblos, donde no hace mucho se han invertido varios millones de pesos en ornatos, obras portuarias, etc.

A fin de no perturbar la labor administrativa de nuestros gobernantes, en su tarea de salvación a la industria, no seguiremos adelante en la edición de este libro opinando sobre los resultado que puede dar la nueva Compañía denominada "Cosach". Y nos reservaremos por el momento, la opinión que nos merecen los hermanos Guggeheim, al hacerles partícipes en uno de los frenos directivos de la industria.

非 非

Dentro de nuestras preocupaciones a los estudios sociales, despertó nuestro interés por el conocimiento absoluto de la vida del trabajador en la región salitrera, de ese capital irreemplazable llamado hombre, el cual es a la vez la espina dorsal de la estructura para la mejor finanza de la República, por lo que concebimos la idea de hacer este libro, en el que haremos una poca reminiscencia sobre la vida del pasado y del presente, tomando en consideración que en breve tiempo reiniciarán sus labores algunas Compañías Salitreras, y sin que en sus páginas no haya la menor representación del espíritu pesimista, sino el sello claro y verídico, puro y sin mácula como un versículo bíblico-digamos sacrosanto de la verdad-y, todo inspirado en ese patriotismo sincero, en esos magnánimos postulados que sustenta el actual Presidente de la República y que tienden a levantar el nivel moral, social y económico de las clases trabajadoras.

Al ensalzar lo extraordinario en la magnitud de la riqueza de la pampa, y en lo gigantesco de las Usinas allí levantadas por capitales de distintas nacionalidades, para extracción y elaboración de la ansiada materia milenaria, tiende este libro que a la vez es índice y ariete para castigar el desprecio y la adnimaversión con que se ha tratado al trabajador nacional, que allí agota su existencia cuando no la entrega y se degenera no por los malos hábitos inveterados, sino porque se le ha rebajado a la condición de la bestia, con excepción de algunos que han tenido la suerte del trabajar con magnánimos administradores de la industria.

Y pensar que en ese desierto de tanta grandeza para unos pocos, se cierna tanta miseria para el trabajador nacional!

No sólo la sorpresa mundial del caso geológico del salitre, ha llevado hasta esa desnuda y hosca pampa al trabajador lleno de ilusiones, y al de espíritu aventurero, — de ese que no mira medio por conocerlo todo — sí que también los anuncios verbales del enganchador faláz, y de otros empleados ad-hoc, se comprende qué, a través del campo de sus conveniencias.

Por otra parte, algunos rotativos basándose en los avisos que publicaban los encargados de la industria para solicitar obreros, publicaron no sólo en sugestivas letras de molde esa falta de brazos, sin duda habrán sido pagados, porque más de una vez entre un cantar de aleluyas han dicho de fabulosos

jornales, de buenas habitaciones, un buen trato del patrono y en estos últimos tiempos la oficina del Bienestar en cada Usina,—del servicio particular de los salitreros—la estabilidad en sus ocupaciones, con estos y otros anuncios "todo una comedia" como para emborrachar la perdiz, han hecho caer ahí a ese foco de actividad como no hay otro en América, a millares de nuestros rotos y a un buen puñado de extranjeros como mariposas seducidas por la luz.

Así, pues, a la sombra y tolerancia de algunos de esos hombres que después del imborrable patricio Balmaceda, han sido plasmados en el solio supremo de la República, por la voluntad de una parte del pueblo inconsciente, los cuales nunca tuvieron un ápice de patriotismo sincero, se entregó a estas tierras que tanta sangre se derramó para conquistarlas, un exceso de trabajadores a algunas oficinas salitreras, motivándose la baja de jornales, con lo que se sació la desmedida codicia del industrial o del principal encargado, labrándose la fortuna de éstos con el sacrificio de millares de los nuestros y, para algunos seres que además de estar lejos de toda noción de humanidad y que ni tampoco han nacido en este noble suelo de Chile.

En efecto, la pampa salitrera en su aspecto trágico, ha sido como el Moloc de los antiguos Ca naneos, ha pedido desde hace varios lustros millares de individuos pletóricos de juventud para irlos sacrificando gradualmente. La realidad palpable y dolorosa ha sido que el trabajador chileno ha sufrido tanto en el desierto qué, bien se ha podido preguntar qué se ha estado explotando en la pampa, si la energía del trabajador o esos grandes yacimientos de nitrato, que después de ser la fuente de robustez del Erario Nacional ha sido la riqueza de los accionistas de varias Campañías Salitreras.

No vamos a emplear ninguna clase de rodeos para declarar qué, el objeto de esta obra es hacer la defensa de los trabajadores desvalidos, abandonados por las pasadas gobernaciones compuestas en su mayoría por individuos raquíticos y prevaricadores, los que valiéndose de toda clase de artimañas se aferraban al freno del poder para gozarle gran parte en provecho propio, y con la restante llenar el bolsillo de sus cómplices, muy poco en bien del país y menos en pro de las clases productoras, por lo que los acusamos en parte haciéndoles responsables de nuestros fuertes compromisos externos; a las huelgas pasadas con sus trágicos desenlaces llevando a la República entera a la admiración de esos sucesos; a la crecida mortalidad de párvulos y adultos parte de ellos por debilitamiento orgánico motivado por los irrisorios salarios; por las aguas malsanas de consumo, y las habitaciones insalubres construidas de fierro galvanizado, las que hacen de horno durante el día y de frigorífico en las altas horas de la noche, por lo que los hijos de esos titanes que son los esforzados obreros del salitre, van pereciendo a

pausa en lenta agonía, dando margen a la generación de diversas enfermedades aún de carácter epidémico, las cuales hasta el principio de esta última paralización de oficinas no se ha combatido de manera eficiente debido a la casi absoluta deficiencia de servicio sanitario, y a la falta de un servicio médico organizado en buenas condiciones, pues, ha ocurrido que un mismo profesional en su afán de crearse una mayor renta, atiende varias oficinas, algunas muy distanciadas unas de otra, y cuyo conglomerado obrero abarca millares de individuos. Y como es lógico ese cúmulo de trabajo no permite al profesional respectivo atender a enfermos de difícil diagnóstico, y de ello se deriva que en la mavoría de los casos funciones tan delicadas hayan estado entregadas durante luengos años en manos de practicantes o de novatos, como lo ha podido constatar la Comisión de la Dirección General de Sanidad que en el mes de Marzo de 1928 recorrió todos los cantones salitreros de Antofagasta y Tarapacá.

Se querrá argumentar qué, hoy día en el faenar de la pampa las deficiencias que afectan a la vida del obrero señaladas en este libro, han disminuido en su mayor parte. Que hay muy pocas oficinas en actividad, pues, en las que están trabajando se observan no sólo cuadros de miseria si que también anomalías de parte del patrono, cosas que indignan, la sangre sube a borbotones a la cara al contemplar estos cuadros en el seno de la familia chilena.

No sólo el viático de 5 y 7 pesos diarios, que durante luengos años se ha venido dando a los trabajadores (ocupados en la extracción) con familia, han sido a ración de hambre, si que también el jornal del día 8 pesos, tomando en cuenta lo carísimo de los artículos de consumo primordial, por lo que se hace necesario fijar un salario mínimo que permita un nivel de vida llevadera a solteros y casados. Que por medio de una legislación especial se declare libre zona comercial a la región salitrera, con acceso a las callejuelas de los campamentos a todo comerciante ambulante, pues, así cesaría ese monopolio de algunas pulperías, y los cuales a su vez dependen de la abolición del comercio ambulante dentro de la población, so pretexto de evitar la internación del alcohol, mientras por ironía en algunas oficinas se expende a destajo, ya en fondas u hoteles. Que se suprima la labor infantil a imberdes, los cuales en varias oficinas les hemos observado trabajando como herramenteros; en las canchas de salitre cosiendo sacos; en las bateas de rayadores estos últimos en las altas horas de las noches rígidas de invierno,-no obstante haber una ley que impide a todo industrial el empleo de menores.--Que se les pague a los costreros y boleteros lo que les corresponde por sus horas extras, y no se les haga simplemente un pequeño abono por el cual el patrón se queda indebidamente con una parte del pago de ese trabajo. Que cese esa trasgresión a la ley de empleados para que a estos se les reconozca como ta-

les, ya que el trabajo no es de esfuerzo físico sino intelectual. Que termine el sistema de especulación con el músculo del obrero, esto es, arrojándoles por una puerta de acceso so pretexto de una reducción de fuerza, mientras por ironía en la otra de entrada reciben a los que van llegando con más bajo jornal. Que por medio de un cálculo matemático y científico se standarize el trabajo de extracción, esto representaría la resolución ansiada desde hace luengos años de un enorme e imprescindible bien social, no sólo en pro del trabajador si que también del patrono, pues, así cesaría ese mar humano en su ir y venir a través del desierto en búsqueda de mejor suerte. Que se tome en cuenta la vida del trabajador pampino con su trabajo duro y agotador, así se le dará una buena vivienda, una agua sana de consumo, y todo aquello a lo cual se haga acreedor para que pueda vivir como pueblo civilizado y laborioso, porque así sus hijos cesarían del nacer tuberculosos, raquíticos y contrahechos,-como esos arbustos que por fuerza vegetan a las orillas del insalubre Loay nazcan fuertes y rollizos como nace el hijo del labriego o del inquilino en los campos sureños, y con el heroismo de esos hijos de los bravos que cantara Alonso de Ercilla. Que el Directorio de la Asociación de Productores de Salitre haga una revisión de sueldos, a fin de que se tome en cuenta esos sueldos gigantes de varios empleados que actúan en las Compañías Salitreras, quizá alguno de ellos de muy escasa preparación—cuyos enormes pagos además de succionar la vitalidad económica de la industria, es un obstáculo para que el obrero sea mejor remunerado.

Todos estos tópicos que afecta a la vida del trabajador en ese suplicio de Tántalo, y los cuales pueden solucionarse con preocupación y voluntad demostrada por nuestros gobernantes, son los que pasamos a estudiar en los capítulos siguientes de esta obra, aportando las ideas que en nuestro concepto son oportunas, para terminar con el malestar latente de las clases productoras, y a fin de arribar no sólo al incremento de la industria matriz nacional, si que también acimentar en forma sólida la necesaria armonía entre el capital y el trabajo.

El día en que se haya arribado a estas finalidades tan humanas y tan patrióticas, significará precisamente la alborada de ese Chile progresista, laborioso y respetable que anhelamos, y que marca los rumbos más levantados del actual Gobierno de

la República.

MARCIAL FIGUEROA.

Santiago de Chile, Abril de 1931.

STIN MECHANISM ACTION

FORMACION GEOLOGICA

Esta la pampa de la región salitrera, queda a una elevación de 7,000 pies más o menos sobre el nivel del mar.

Su situación principia a los 17° 5' y termina en el 25° 7' latitud sur del meridiano Greenwich.

Después de ese caso geológico y sui-géneris del salitre, allí también la naturaleza entre el derroche de capricho se aprecian varios oásis cada cual con una pequeña población que se encarga del cultivo de esas tierras, y son los que proveen con frutas y verduras a los pueblos y puertos de la región.

Siguiendo la observación, se ven varias cadenas de cerros en distintas direcciones de una esterilidad aterradora, algunas al parecer inexploradas, las cuales en su capa superior a través de diversos rumbos se observan de un lado varias pastas metálicas, predominando los almagres cobrizos, el negro fibroso, el carbonato azul, el negro silicatado y la atacamita degenerando en metal de regular ley de cobre; más allá el hierro y el manganeso.

Por otra parte, entre el multicolor de esos cerros se nota la abundancia de rocas plutónicas las que hacen un papel importante en la geología del país, y cuya composición es para que se le divida en dos clases.

Una formada por rocas feldespáticas en que forma también parte dominante el granito, la sienita, los pórfidos cuarcíferos, los cuales están formados por una masa compacta de feldespato muy silicoso, al que se hallan esparcidos cristales de cuarzo con pequeños granitos de hierro titanado.

Al cuarzo se halla adherida la mica que se pre-

senta bajo la forma de prismas exagonales.

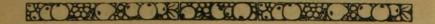
En esos cerros como en algunos ciclópeos de la costa se pueden observar no sólo vetas con indicios de cobre, si que también otras que acusan existencia de plata y oro, al parecer con ley apreciable des-

de su superficie.

Después de las riquezas indicadas tenemos en Tarapacá las renombradas Salinas de "Punta Lobos" yacimientos de indiscutible mérito; en Antofagasta el buen azufre, el bórax o borato de sosa, y según indicios y exponentes de geólogos autorizados tenemos el codiciado líquido "oro negro" llamado petróleo.

He ahí a la pampa con el esplendor de la gran-

deza en sus ricas capas pétreas.



TRAS DEL ESPEJISMO DE LA PAMPA

Aunque el río Loa desborde al más alto acantilado de sus riberas. Perdurará el recuerdo de la pampa salitrera.

EL AUTOR.

Hace varios años que remontando uno de esos cerros que a lo lejos circundan al simpático pueblo de Chillán, descendiendo a una explanada existía una villa, cuyo nombre al correr del tiempo ha ocupado el osario sin fondo de las cosas olvidadas.

Esa villa estaba rodeada de coposos y frondosos árboles de distintos tamaños, por lo que en la época primaveral daban a sus calles y callejuelas, en unión del físico contento y satisfecho de sus paseantes homogéneos, un aspecto de un pueblo que vive encantado con los mayores halagos de la naturaleza.

En aquel Edén, pajarillos de distintos ejemplares desde las primeras horas de la mañana se les veía salir de entre el tupido ramaje de los árboles. Que unos ocupando el extremo de las ramas. Que otros los pedúnculos de las flores. Los últimos ocupaban las yerbas frondosas de bellos colores de esos campos, todos entonaban sus trinos melodiosos, como dando gracias a la naturaleza por el producido ubérrimo de esas tierras.

En las estaciones anteriores y posteriores a excepción del lluvioso y glacial invierno, los habitantes de esa región seguían siendo invitados a la vida bien vivida por la noble naturaleza de esos campos, exuberantes en cereales y frutas distintas, que hacían para cada poblador un nido con olor a paraíso.

Con los buenos años unos en pos de otros, la villa adquiría la pretensión de una ciudad, donde no sólo se veía en el centro algunas anchas calles como tiradas a cordel, si que también sus plazas con todos los aderezos que se requieren para sus paseantes.

Allí también en los alrededores existía una calle ancha con pretensión de Boulevar, paseos todos que formaban en conjunto el solaz para los habitantes del pueblo, y la realidad del ensueño de sus visitantes.

En las calles preeminentes se observaba un bullicio ensordecedor, producido por un pueblo activo e inquieto en carruajes y a pie, ellos eran los empleados de casas comerciales, vendedores ambulantes, agricultores, modistas, etc., algunos de estos con pasos tranquilos y carácter pacífico demostraban ser hacendados propietarios modestos, o empleados fiscales jubilados, demostrando cada cual en su sem-

blante la satisfacción de aquel hombre que a cada paso la buena suerte le lanza una carcajada.

Más, llegó un año en que la naturaleza sorpresiva e indómita, derramó su capricho de rigor sobre esos campos, a fin de que el arado de fuerte y afilada trompa no hiciera su hendimiento con los resultados satisfactorios de los años anteriores.

Así fué, vino un año malo, tan malo, que llevó con caracteres de dolor la miseria y el hambre a muchos hogares de inquilinos, tanto de la población como de los campos donde habían numerosas familias, por lo que cada jefe de hogar procuraba de no echar en saco roto sus desesperados esfuerzos, para conquistarse la vida para sí y para los suyos.

En los alrededores de esa villa, vivía un buen número de trabajadores humildes, entre estos habían varios propietarios cada cual de una parcela de esos campos, el resto eran trabajadores de distintos matices. Que unos del pueblo. Que otros de los fundos cercanos. En esta pequeña población había una casita, situada en un rincón apasible, la que estaba rodeada de añosos árboles; con sus paraísos, sus álamos, avellanos, copihues, y sus sauces carcomidos, al frente de esa habitación un grueso tronco de ombú con sus retoños de un verdor exuberante como presidiendo la alegría y el buen humor de esos habitantes.

Allí vivía Cirilo, en unión de sus padres y de sus hermanos menores, los que en estado infantil y adolescente no hacían otro trabajo que el cuidar de unos pocos cerdos, cabras, y algunas aves de corral, todas de su propiedad, y con las que se servían para estimular las tripas cuando las sentían aterridas por el hambre.

Era este Cirilo un mocetón esforzado, nunca se le veía en su rostro la expresión del temor al frío, o a las lluvias torrenciales del invierno.

Tenaz en el labrar la tierra, se levantaba muy temprano, antes de que los livores de la aurora rompieran el negro manto de las noches encapotadas y sin luna, por lo que hacía un pequeño esfuerzo, y enyugando sus favoritos Clavel y Coral, se dirigía al campo envuelto en el clásico silencio de ese paraje; calma absoluta que sólo de vez en cuando era interrumpida por el rumor de las hojas de los corpulentos árboles azotadas por un viento proveniente del macizo andino.

Cuando nuestro hombre terminaba de cruzar los caminos y potreros, y llegaba al sitio de labranza, un sol con rayos acariciadores empezaba a levantarse, como dando más vida y calor en sus energías orgánicas a este esforzado compeón del trabajo, el que de pantalón arremangado daba comienzo a su labor del cultivo de su tierra, dando por terminado su trabajo diario después de la puesta de sol, y junto con la extinción de los colores áureos de esos atrayentes nimbos que a diario aparecen en ambos Puntos Cardinales de esa región.

Era la época del resurgimiento salitrero y cuprífero, y como desde mucho tiempo se había establecido un procedimiento que consistía no sólo en que hicieran eco los rotativos del norte, centro y sur del país, si que también en mandar a dos o más personas a Rancagua y demás pueblos del sur, para que valiéndose de toda suerte de medios, muy especialmente del engaño, lograran apresar el mayor número de incautos campesinos y aldeanos. Y como esos enganchadores conocían el carácter mudable de varios obreros nacionales, a su regreso reclutaban trabajadores en los puertos de Valparaíso, Coquimbo, Antofagasta e Iquique.

Algunos de estos conquistadores de mala ley, con las ansias de obtener una buena propina de parte de sus patrones, trataban de enganchar a cuanto jovenzuelo encontraban a su paso en los pueblos de Valparaíso al sur, sin averiguarles sus antecedentes, ni tampoco el espíritu de trabajo que los guiaba, con tal motivo formóse, lógicamente una pequeña parte de esos enganches con la cofradía de la canallería, ladrones, borrachos, tahures, y otros degenerados de pellejo duro que no se ruborizan. Los mismos que llegando a estos puertos de la región salitrera se escabullían del enganche para entregarse a toda clase de fechorías, haciendo poner los pelos de punta a los tranquilos vivientes de los barrios que ellos frecuentáran, por lo que las autoridades se vieron obligadas a tomar enérgicas medidas con las cuales se extinguió a esas cuadrillas de maleantes.

En muchos de los casos, engancharse significaba hacerse deudor por una suma de dinero, y que recibía tanto el casado y el soltero para el pago del pasaje.

Los administradores de la industria con mirada inteligente, encontraban fácilmente al hombre capaz de cumplir con la importante misión del hacer un gran enganche. Y ese hombre siempre era un ayudante del jefe de pampa, o un costrero, ambos sureños y que conocían a su provincia natal.

El enganchador con una energía en el deseo de apresar los más que pudiera, ya que tenía buen sueldo, buen viático, y un pago aparte por cabeza de cada incauto, para hacer su viaje se ataviaba con el mejor traje, sombrero estilo Tarapacá, un buen reloj luciendo cadena de oro, en algunas falanges de la mano derecha gruesos anillos de apreciado metal, y con una larga bufanda de lana vicuña adquiría la similitud de un enviado californiano por la época del oro.

Ese enganchador al día siguiente de llegar a un pueblo hacía sus anuncios en los que se decía qué, todo aquel que deseara venir a trabajar a la región salitrera a ganar buenos jornales, ya fuera casado o soltero, "de preferencia los primeros" con o sin oficio, recurriera al restaurant u hotel, sitio donde se encontraba el encargado de enganchar,—los en búsqueda de mejor suerte,— allí se daría al casado y su familia, todas las facilidades que el largo viaje requería. Mientras el enganchador a cuantos encontraba a su paso les hablaba con entusiasmo de

los crecidos jornales que ganaban los trabajadores; de las buenas habitaciones que se les daba; de que los artículos de la pulpería eran a precio de costo; la vida muy barata; que en la pampa todo el que quiera puede hacerse rico en poco tiempo, el dinero corre a torrentes. Entre otras cosas les hablaba de consideraciones tales por parte del patrón, que ni San Pedro las tiene en el otro mundo para con sus adeptos.

Ese estrépido formidable de tales anuncios, era como la benéfica y copiosa lluvia caída del cielo

sobre el pueblo, aldea y campos vecinos.

Los campesinos, gente buena y sencilla, piensan sentados a la sombra, bajo la enramada de un árbol o de su rancho, en la situación presente y en el porvenir, y como lo ven muy tardío labrando el campo, meditan. Y los casados principian con entusiasmo a invitarse los unos a los otros, al oir los fabulosos jornales y las condiciones de vida en el Edén prometido.

Otros, mientras estaban trabajando pensaban en lo que les había dicho el señor del enganche. De vuelta del trabajo, consultaban a su mujer para llegar a la conclusión que el viaje les convenía y, así esos matrimonios de uno en uno, iban cayendo en las redes de ese hombre. Y algunos de esos infelices sin saber lo que les esperaba con profunda pena optaban dejar su rancho, su pedazo de terreno, vender su vaca y sus cabras que les daban buena y abun-

dante leche, después el brioso corcel, la yunta de bueyes y todas las aves de corral.

Por otra parte algunos solteros también se entusiasmaban de tal modo qué, si los padres no les daban el permiso para venirse al norte en ese enganche, se escapaban, como se comprenderá dejando a sus padres pálidos, temblorosos, con lágrimas en los ojos y sollozos en la voz, al notar la ausencia de sus vástagos queridos.

Otros conseguían el correspondiente permiso de sus progenitores, prometiéndoles enviarles dinero, y volver cuanto antes con un ahorro que les permitiera comprarles vestuario a sus hermanos menores

y duplicar la hacienda.

La halagadora noticia de tales anuncios llegó a los oídos de nuestro Cirilo, como el eco de una clarinada alegre, por lo que cada una hora de labranza, y después de terminar un surco detenía sus bueyes brevemente para darles descanso; mientras él descansaba en la esteba de su arado con la vista levantada, en su retina le parecía estar viendo a los trabajadores del salitre, contentos y satisfechos, teniendo cada cual en sus manos como economía un grueso rollo de billetes, con motivo de la buena remuneración de sus trabajos. Era el falso espejismo, como la ilusión engañosa de un sediento que extraviado de la ruta en el desierto desconocido, parece ver el agua a pocos centenares de metros al frente de donde se detiene y, todo por no haber se-

guido tras el verdadero camino entre lo enmarañado del terreno.

El buen Cirilo sugestionado por el espejismo decía a sí mismo, yo debo partir como otros a ese camino de la fortuna, más cuando haya ganado el suficiente dinero regresaré a casa, trayendo el consuelo de la vejez a mis padres y amplia satisfacción en la vida a mis hermanos.

Como un autómata durante todo el día en su trabajo, cada vez que terminaba un surco y después de dar la vuelta, nuestro hombre se detenía un momento impulsado por el cerebro, a fin de meditar sobre su viaje a la tierra que a él los anuncios le hacían creer de promisión.

Ese día regresó a casa por la noche, persuadido de que no debía prescindir de su viaje a la región del salitre bajo el peso de cualquiera circunstancia, por lo que manifestó sus deseos a sus padres, don Pacífico y doña Restituta, quienes en su juventud habían tenido bien poco espíritu de aventura, tal vez recordando al proverbio que dice más vale un peso en casa que no tres en plaza.

Las horas corrían a la noche, y aunque tarde, Cirilo sentado muy próximo a la lumbre del fuego, en unión de los de casa, después de comentar la triste situación de muchas familias del pueblo, y de los campos cercanos, como de lo imposible que se haría la vida con un segundo año de escasez, el buen Pacífico cedió al pedido de su hijo, aunque con dolor de su corazón ya que éste era también el brazo derecho del hogar.

Al día siguiente, cuando el cielo empezaba a bañarse en los primeros resplandores del amanecer, arregló su equipaje todo, una cama y una bolsa, metiendo en ésta última, hasta su traje Dominguero que lucía en la plaza de su pueblo.

Un fuerte abrazo de sus padres y hermanos, entre lloriqueos, deseándole felicidades al viajero, fué la despedida triste para nuestro Cirilo. El se retiró sonriente, y lleno de optimismo y, porque no tenía la menor idea de la suerte cruel que le esperaba.

Como cuerpo arrastrado por el viento del infortunio, llegó nuestro hombre al hotel, donde se hospedaba el enganchador.

Allí le encontró ofreciéndole a varios mauchos con y sin familia el cielo y la gloria eterna. Los salarios no los hay iguales ni en California por la época del oro. Se pagan hasta las ganas.

Terminada de extender su red, y cuando los tuvo en ella a todos incluso a nuestro viajero, les dió el viático, y como llapa les invitó un pequén remojado con un trago del corriente (Chateau Damajoin), pero del mejor viñedo que se encontraba a su alrededor, mientras tanto los rústicos aldeanos se habían tragado el anzuelo.

Al día siguiente esa columna humana siguió tras ese falso apóstol en dirección a la estación.

Allí después de ser embarcado el equipaje, el mistificador se paseaba feliz en medio de ellos, sin duda muy orgulloso de su obra, dándoles sus últimas órdenes.

Allí estaban reunidos los que se iban y los que se quedaban, cada cual de los primeros tomó colocación en los coches de tercera, y así llegó el momento de la partida que fué triste, abrazos efusivos, apretones de manos, constituyeron el adiós con muchas lágrimas asomadas a las ventanas de los ojos.

Muchos asomados en las ventanillas de los coches, otros de pie en la plataforma o balcones de los carros, daban la última mirada a sus bondadosos campos, y se despedían de ellos demostrando en su faz y en su mirada un presentimiento de dolor, como pensando que ya no volverían a verlos para gozar de sus tierras magnánimas y de sus encantos.

Momentos después, la hora de la partida era anunciada por un prolongado y estridente pitazo de la locomotora, como esos de un tren inaugural que con un rodar certero va en marcha camino de la victoria.

Un sinnúmero de pañuelos se agitaron en el aire como para alegrar la partida, y entre sollozos de unos y las carcajadas de otros, el monstruo junto con extremecerse dió un resoplido arrastrando velozmente sobre su recta y ancha trocha el largo convoy, dejando atrás la angustia, el dolor de muchos padres, novias y hermanos, "comprendido que", de una gran parte de los enganchados.

Ese tren partió bajo un cielo azul, cruzando esos hermosos campos, donde parece que los elementos de la natura se hubieran puesto de acuerdo, no sólo para dar vida con su aire vivificante si que también para producir sorpresas en el observador.

De improviso el cielo se tornó gris, encapotándose la atmósfera en bambalinas de tupidas nubes, por lo que se descargó una lluvia torrencial acom-

pañada de truenos y relámpagos.

Fué aquello el único caso asombroso del año. Parecía que las cataratas del cielo se hubieran abierto.

Ese caso insólito fué como una protesta de la madre Naturaleza, contra varios de sus hijos porque éstos valiéndose del derecho de ser fuertes y falaces, mistifican a los débiles e ignorantes para arrastrarlos a un destino inhumano duro y cruel. Felizmente la tormenta fué transitoria. Vino la quietud. El sol volvió a brillar, y todo quedó lleno de poesía y de vida.

En los pueblos intermedios a Santiago, ese enganche como los anteriores y posteriores, fué objeto de admiración por grupos de ambos sexos cuando el tren detenía su carrera en las estaciones, y que cada cual trataba de inquirir a qué parte viajaba aquella gente con la faz tan alegre, no obstante de las incomodidades del viaje.

Algunos de los viajeros se decían que aquel malestar proporcionado por el viaje iba a ser transitorio, y como un atenuante se bebían unos cuantos tragos de vino que habían sido puesto de antemano

en la bolsa del cocaví, riendo y cantando, éstos hacían el viaje, mientras por otro lado anfitriones y gastrónomos estimulaban sus tripas con sus vitua-

llas preparadas para el camino.

Así, cuando llegó la noche, el tren detuvo su marcha en la estación Alameda, donde al día siguiente el enganchador apresó en su garlito otro buen número de trabajadores, con los cuales, a decir de su rostro se sintió más satisfecho, y todo porque sus cálculos le decían a las claras la bonita suma de dinero que tendría en su cartera cuando entregara esa masa de incautos.

Al día siguiente un nuevo tren con un mayor convoy de carros de la misma clase de la anterior, partió trayendo a Valparaíso a esos buscadores de días mejores y de futura felicidad.

EN VALPARAISO

El desembarque de ese inmenso racimo humano despertó la natural curiosidad de los porteños, y como muchos de ellos se las dan de despiertos y galantes, dirigían sus bromas y expresiones amorosas a las recién llegadas y simpáticas aldeanas.

A las 8.30 A. M. de una mañana fría se dió principio al embarque. En grandes y desaseadas lanchas, se fueron colocando esas colmenas humanas, como una carga que se acomoda sóla.

Allí los infelices trabajadores con sus mujeres y retoños iban con su equipaje; camas, cajas, canas-

tos, y demás objetos de casa, incluyendo algunos sus aves y animales.

Nuestro Cirilo principió a entristecer con varios otros solteros y casados que venían a su lado, y como presagio de un mal viaje, se oyeron los llantos lastimeros de los tiernos niños en brazos de las madres al caer de la tarde.

Un griterio ensordecedor de la gente marítima, fué un factor para observar en parte ese cuadro de aspecto semi-macabro, hasta los animales sobrecogidos se acercaban como los niños al regazo de sus amos.

Crispaba los nervios del observador más tranquilo, la indiferencia musulmana con que las autoridades permitieron esos espectáculos, y todo porque el hombre de la cadena de oro con aire de un enganchador especial de la región del oro blanco, arrastraba con facha de protector a centenares de hombres—gordos y rollizos como un rollo de manteca — con numerosas familias, para resultar que pronto quedaran muchos de ellos en el más completo abandono en la pampa inclemente, los mismos que eran arrancados de los campos que con vida risueña hacían producir tranquilos y contentos.

Ya por la tarde, un pequeño barco esperaba en sus cubiertas y entrepuentes a esa avalancha humana.

Cuando esa gente estuvo a bordo con su equipaje, se les hizo estrecha la cubierta aún para permanecer de pie, por lo que gran parte de ellos con y sin familia incluso nuestro hombre, tuvieron que hospedarse en la cubierta inferior donde viajaba una buena cantidad de ganado vacuno y ovejuno.

Como se comprenderá allí tuvieron que entrar a soportar esas emanaciones pestilentes del estiércol.

Al caer la noche, y junto con la puesta de un sol con rayos de un rojo cristalino poético, y cuando el bello puerto de Valparaíso—la joya del Pacífico—adquiría su nocturno Edén, con esa similitud de una mujer venusta que tendida reposa de un modo conveniente para exhibir su regio ajuar de alhajas, la nave rompió las aguas y se hizo a la mar, adormecida en el clásico silencio por una noche alumbrada desde el cenit, con los débiles rayos de la luna envueltas en nubes con el aspecto de una masa encefálica.

Ya en la cubierta desmantelada del barco, empezaron los sufrimientos a embargar el alma de esos

viajeros con y sin vástagos.

Echados sobre el suelo, el aire trasminante empezó a palidecer el rostro de los recién nacidos y adolescentes, y aún de las mujeres. La navegación los enfermó; los mareó; la comida no era buena, y se le dió a horas que esa gente buena y sencilla no tenía costumbre de servírsela.

Con el cabeceo del barco, a sus cuatro costados muchas mujeres no podían tenerse de pie, por lo que se sentían como acorraladas.

Mientras el barco avanzaba, Cirilo subió a la cubierta superior con varios otros, y apoyados en la baranda de la nave miraban hacia tierra tal vez creyendo descubrir a través de la densa neblina de la noche, los misterios de la larga cadena de cerros que forman en gran parte nuestra costa.

Otros en grupo decían, qué importan estos transitorios sufrimientos. Ya llegaremos a la pampa salitrera y gozaremos con la vida bien vivida que

ofrece el paraíso de esa región.

Mientras un grupo de un lado piensan en sus padres, novias o hermanos, en otro piensan en llegar pronto para ganar todo el dinero posible, y dila-

pidarlo sin importarles un ápice el porvenir.

Por la noche de ese primer día de navegación, el mar adquirió un histerismo inesperado, por lo que el barco daba sus arfadas nada agradables, haciéndoles poner credo en los labios a varios de los viajantes. Y mientras un grupo de mujeres y niños subían
a la cubierta superior, huyendo del aire tibio y pestilente y otros asomaban la cabeza por los tragaluces
del barco buscando el aire puro; de improviso se
sintió como un ronquido quejumbroso, el que pareció salir del centro de la quilla, segundos después
vino un ruido producido por el destape de una cañería de vapor procedente de una caldera, el que
puso a los pies de los observadores la plataforma de
la incertidumbre.

Las gastadas y viejas maquinarias habían detenido su carrera, por lo que el pequeño barco pasaba en ese momento a ser juguete de ese mar encrespado, como que cabeceaba a los cuatro costados, y de vez en cuando la cubierta inferior era bañada por el agua que en gruesas bocanadas entraba por las claraboyas.

Los que viajaban en la cubierta superior también recibieron la visita de las enfurecidas aguas de ese mar agitado. Mientras en la faz de algunos varones se pintaba el asombro, de otro lado mujeres y niños que se habían dado cuenta del peligro inminente de la vida, prorrumpieron en gritos y llantos lastimeros.

El firmamento se presentaba tan encapotado que no permitía ni deslizarse una débil l'ucecilla de una estrella por entre las gruesas nubes; aquello era como para hacerles más horrible el fantasma de la muerte a los angustiados viajeros.

Por las escalas de acceso de ambas cubiertas corría una masa humana como loca escapada de un manicomio.

Así en el paroxismo del espanto transcurrió varios minutos.

De improviso se oyó sobre la cubierta de mando, una voz fuerte entre agri-dulce, imponiendo silencio y consuelo. Era lo voz del capitán del barco, y como que junto con el grito de mando, la nave dejó de ser esclava de las olas y la maquinaria echó a andar. El pequeño barco enderezó su proa, y en el ánimo de cada cual, poco a poco fué cesando la terrible zozobra que produjo el espectro de la muerte. Así, con todo esto, el falaz enganchador no se dió cuenta absoluta sobre lo ocurrido, y todo porque este hombre era bastante original en su modo de viajar a bordo, él que parecía estar poseído de cierta idiotez, las comidas se las hacía traer a su camarote después de las horas reglamentarias, para en seguida entregarse a los brazos de Morfeo. Y cuando aparecía por la tarde sobre cubierta, para charlar con alguno de los enganchados lo hacía brevemente, para después entregarse a la lectura de sus novelas favoritas sobre la vida del famoso Sherlock Holmes, libros que siempre los llevaba en buen stock en las hondas carteras de su gabán.

En Coquimbo subió un grupo de voluntarios tras la ilusión engañosa, por lo que no quedó pasillo desocupado en ese barco, formándose con esto un ambiente más insalubre, máxime para los que viaja-

ban en la cubierta inferior.

Como la nave hizo escala en puertos grandes y pequeños, en entrega y recepción de mercadería, muchos contemplaban con natural curiosidad la población de ellos desde la baranda de popa, recibiendo de los de último orden la impresión que es de suponer, al observar un caserío de aspecto triste edificado sobre playas arenosas, al pie de los ciclópeos y mustios cerros de la costa.

Esa pena para muchos habría sido mayor, si en Coquimbo no hubiese tomado colocación entre ellos un regular guitarrista, quién con su vihuela

mitigó en parte el cansancio de ese viaje.

El alegre bohemio, con su instrumento, mantuvo en parte la alegría sobre la cubierta superior, a la enorme masa de oyentes, el que en sus hermosas canciones empleaba una voz suave y atrayente. Las notas que arrancaban de su guitarra parecían sombreadas con dulces añoranzas de pasados tiempos, por sus tonos místicos, a veces con raudos alegres, luego de una melancolía extremada. Y luego después, para que todos los que le estaban oyendo dieran la nota total de alegría, les tocaba la tradicional cueca, (de pata en quincha) la que de vez en cuando era interceptada por uno de los oyentes con un trago del famoso pisco Pablo Rodríguez.

Así disiparon muchos con nuestro Cirilo, el

aburrimiento de ese viaje de tortura.

EN ANTOFAGASTA

Recordamos que era uno de los últimos días primaverales. La naturaleza caprichosa presentaba un cielo encapotado con una atmósfera fría, cuando esa nave ancló en este puerto.

Momentos después atracaron lanchas a los cos-

tados estribor y babor.

El desembarque se hizo rápido, y una vez que esa gente estuvo en tierra, la dirección del tráfico del Ferrocarril A. B. por orden del o de los agentes de las oficinas salitreras, colocó una regular columna de carros bodegas en la línea principal.

Allí fueron embarcados rápidamente con sus equipajes. Lo insuficiente del número de bodegas motivó que esa gente quedara unos sobre otros, ni más ni menos como un montón de lombrices.

Y no se crea que los carros bodegas estaban aseados para que viajaran esos seres humanos. No, muchos de ellos mantenían los indicios de las reses que, horas antes habían dejado con motivo del largo viaje a los camales de la pampa.

Aquello no podía causar extrañeza al observador, porque ese procedimiento para con los en-

ganchados se mantenía desde largo tiempo.

Un prolongado pitazo de la locomotora, con la semejanza de la épica clarinada de la victoria fué

la señal de partida.

El tren se puso en movimiento y rodó a paso de tortuga sobre su angosta y curvilínea trocha, arrastrando el largo convoy en forma semi-majestuosa como una serpiente que se enrosca, repechando, bajando y volviendo a ascender, entrando a la inmensa sábana salitrera, el que después de breves horas se aproximaba enfrentando a las oficinas de elaboración del nitrato.

Como hemos dicho anteriormente, así se procedió con los trabajadores durante largo tiempo en compañía de sus mujeres y de sus tiernos hijos. Con esos fructificadores de la riqueza mundial del salitre. Con los que iban a robustecer las cajas del Erario Nacional. Con quienes iban a ser los propulsores de los capitales nacionales y extranjeros. Con quienes iban a dar calor y vida a pueblos grandes y pequeños en la costa de esta región. Con los que eran los amasadores de las grandezas de la Patria.

Mientras nuestro protagonista viajaba en un rincón de un carro, recostado sobre un bulto cama, cabeceando, vencido por un sueño producido a través de las noches de insomnio pasadas a bordo, y sudando la gota gorda como todos sus compañeros de viaje,—efecto del calor sofocante que se había encerrado en las bodegas—el tren se aproximaba enfrentando a las oficinas salitreras, siempre bajo los rayos candentes del sol tropical de la pampa.

En el camino muchos de los rústicos aldeanos, estiraban el cuello hacia afuera, por las puertas de la bodega, creyendo encontrar en esta erizada y estéril región, campos bellos cubiertos de árboles y verduras todo circundado por canales de regadío.

Su desolación era infinita al contemplar la pampa áspera y monótona, que se extendía como una monstruosa serpiente gris, y ya empezaban a presentir la odisea que el destino les deparaba en estas regiones tan distintas a esos valles floridos del sur.

Después de siete horas de marcha, un pitazo estridente anunciaba que el convoy entraba a la estación de Pampa Unión, punto de término del pesado e incómodo viaje.

Fué un momento de espectación extraordinaria para todos, hombres, mujeres y niños se aprestaron a poner pie en esa tierra prometida donde pensaban encontrar el paraíso terrenal.

El enganchador pie en tierra, ordenó con voz bronca de caporal, que no era ya la insinuante o melosa que usara en el sur, les dijo lo siguiente:

Haber, listo toa la gallá que va pa la oficina Anita, apurarse con el equipaje que si no se quearán plantaos.

Cirilo que había observado estos detalles, admirado del tono imperativo que en esos momentos usaba el falaz enganchador, dijo en alta voz a uno de sus compañeros—Güena cosa que está cambiao el jutre iñor; si parece que fuera él sólo el dueño de estos minerales.

El enganchador que alcanzó a oir la voz del imprudente reclamó a su vez, allá en las calicheras te van a salir canas verdes si no afirmais las paletas.

Entre las risas de unos los comentarios de las sorpresas de otros, mientras las mujeres abrían sus ojos asombrados, y los niños temerosos se apretaban a sus faldas, subieron a los pequeños carros pertenecientes a la oficina que se encontraban adyacentes a la estación.

Muchos de los solteros que no tenían más equipaje que una bolsa de ropa, se dirigieron a pie a la oficina.

Transcurrieron doce minutos de viaje y el convoy de carros se detuvo con ese racimo humano frente a la fonda. Allí el sereno mayor con una huasca en la mano y un revólver en el bolsillo, con la similitud de un mandoncillo de arrabal que nuestros abuelos denominaban juez de campo, les indicó el camino hasta los corredores de la fonda, a fin de que descansáran mientras llegaba la hora de la comida, y el fondero les avisaba la pasada a los comedores.

Momentos después les indicaba a cada cual su

domicilio en el campamento.

Allí quedó nuestro Cirilo entregado a su propia suerte, y empezaban de inmediato sus pesadumbres, cuando el encargado de dar las piezas le indicó un estrecho cuarto de calamina, estrecho, sucio y mal oliente, donde habitaban unos cuantos que tenían por cama varios sacos extendidos sobre el duro suelo calichoso, y otros que se consideraban felices porque mantenían sus "pilchas" que hacían de cama sobre una chapa de calamina,-catre corriente en la pampa-mantenida sobre cuatro tarros repletos de tierra de los llamados de parafina. Cirilo se quedó un momento con la cabeza inclinada hacia adelante, contemplando su habitación dijo en sus adentros. ¡Güen dar como se nos engaña! Y estas víctimas que viven en este cuarto durmiendo como puercos sobre este suelo tan elao. ¿Que estarán brindaos que no les ha dao un costipao doble para que los coman los usanos? ¡Qué distinto es este dormitorio al que yo tenía en el sur! No aguantaré mucho estas penaliaes, porque en cuanto reuna algunos pesos me las echaré pa mi casita. En estos cuartos y en estas pampas pelás que aguanten los guatones.

LA EPOPEYA DEL SALITRE

Con los reconocimientos que se han hecho en nuestra madre Tierra, desde su superficie hasta en sus entrañas, hemos llegado al convencimiento que la naturaleza sorpresiva y benigna, ha entregado al hombre no sólo los mantos y filones de ricas pastas metálicas y otros tesoros en estado líquido, si que también esos yacimientos inconmensurables de (oro negro) carbón que hoy son un manantial inagotable de riqueza.

Pero lo que más ha llamado la atención dentro de esa sabiduría es qué, en nuestro desierto insólito, el cual visto desde lejos parece un azote de Dios, como una vía más de progreso bajo los dorados y ardientes rayos de un sol tropical, haya depositado desde su superficie esa maravillosa pasta llamado oro blanco.

A una distancia conveniente del océano por la naturaleza caprichosa, y frente a la barrera del macizo andino coronado de nieve y la suave ondulación de los cerros de la costa, y entre un símbolo diurno inexorable y la bruma pertinaz húmeda y grisácea, que cubre esa pampa lúgubre, se ha horadado una parte de este suelo único en ambos mundos, extrayéndosele el caliche ubérrimo lleno de bondades y virtudes.

Esta pampa extensa no era la roca muda, la piedra berroqueña, esa esfinge indescifrable de Chuquicamata que mira al oásis del legendario Calama.

Era la hembra cual doncella qué, no obstante su orgullo, murmuraba de sus bondades y virtudes y, todo por entregarse a las caricias del calichero.

Pero he aquí, que mediante la química, el mis-

terio de esa murmuración fué descubierto.

La rica pasta como un oro blanco inmaculado no sólo estaba al sol, ahondaba en mantos y en vetas encapadas sobre una capa que fué de vidas acuáti-

cas y terrestre.

Como hemos dicho anteriormente, en ese extenso y enmarañado desierto, único emporio de riqueza por su caso geológico, háse convertido en un mineral mundial por excelencia, al soplo de capitales de distintas nacionalidades, los cuales han sido propulsados al empuje del brazo nervudo del trabajador nacional.

Los ricos mantos y filones subterráneos están allí en tanta abundancia que habrá para muchas

decenas de años.

No se crea que ellos no se elaboren por falta de capitales nacionales, nó, es porque nuestros compatriotas millonarios sólo exponen su dinero en empresas fáciles y de inmediata utilidad.

Es así qué, han sido contados los chilenos que más tarde de catear el desierto hayan establecido la industria después del noble José Santos Ossa, representante genuino del chileno viril y pujante a través de la pampa inclemente, el cual obtuvo la crista descubriendo el ansiado fertilizante después de varios días de penurias, cruzando el desierto con otros de nuestros esforzados y valientes connacionales.

• El caso bíblico de la roca que virtió agua al contacto de la vara de Moisés, se renueva en el fenómeno de este desierto, donde la costra calichosa no vierte el líquido elemento de la vida; pero sí, al conjuro del empuje del brazo fuerte y robusto del trabajador nacional, arroja el virtuoso nitrato que también es vida en las tierras cansadas de ambos mundos, para el mayor accionamiento de la vida animal y vegetal, factor importantísimo para abrir caminos y horadar túneles a través de cualquiera dificultad puesta por la naturaleza, y como hemos dicho hasta con uno de sus extractos se dá vida a algunos morbosos, virtudes son éstas qué, glorifican al suelo trágico de su nacimiento.

EL OSADO TRABAJADOR EN LA TRAVESIA DEL DESIERTO

Hubo un tiempo no muy lejano en que con motivo de la falta de medios de transportación, y del auge de la construcción de las oficinas en la región salitrera, muchos chilenos de espíritu osado, y con una necesidad imprescindible del salir de la vida estrecha que produce la mala remuneración en los distintos trabajos, han tratado buscar un mejoramiento económico, por lo que no han trepidado en cruzar a pie enormes distancias de esa pampa áspera, bajo los ardientes rayos del sol y el frío glacial de la noche.

Algunos de esos esforzados trabajadores han salido de las oficinas del cantón Antofagasta, mezclándose confusamente con la niebla cálida y fría del desierto, para dirigirse a los Ingenios de la pampa de Tocopilla, caminando decenas y decenas de kilómetros por ese suelo ingrato y árido, en el que no hay ni la sombra de un arbusto bajo la cual reposar las fatigas del viaje.

Algunos de esos caminantes vistos desde lejos, parece fueran vahos de monstruos legendarios de-

jándose arrastrar por la fuerza del destino.

Otros han salido de ese último faenar, y han cruzado ese desierto que parece sin límites, y más que todo un azote de Dios, para llegar a los de Tarapacá por un camino áspero y dificultoso, y como si la suerte cruel gozase con el dolor de sus víctimas, en las noches encapotadas donde ni la débil lucecilla de una estrella les alumbrara en el camino, iban tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá entre esas sirtes y caribdis, siempre llenos de optimismo creyendo encontrar la remuneración correspondiente en sus trabajos, también un mejor trato de parte de sus jefes inmediatos y un sentimiento altruista en sus patrones.

No cabe duda qué, algunos de ellos también han sido llevados a través del desierto por delitos cometidos huyendo de la acción de la justicia, o por el espíritu de aventura que caracteriza a una pe-

queña parte de ese pueblo.

Cada cual de esos viajantes tiene un sello característico. Un sombrero de alas anchas que le proteje el rostro del sol ardiente, y del viento enfurecido en el inmenso suelo desolado. Un pañuelo grande al cuello, calzado de calamorros, y una faja de lana a la cintura, como para atenuar el cansancio que produce el andar sobre la tierra polvorienta de la vasta llanura. En la mano atada de un cordelillo una botella o un pequeño tarro con agua, para mitigar en parte la sed y la fatiga de la terrible caminata. A la espalda la bolsa con ropa, conteniendo una frazada y demás vestuario de trabajo.

Algunos de ellos han partido con paso firme y agigantado, como titanes pletóricos de una esperanza halagadora, llevando en sus labios una sonrisa comunicativa que marcaba en su fondo todos los optimismos, sin importarles el escaso recurso en el viaje, el poco dinero en el bolsillo, el poco alimento en la vasta travesía, ni tampoco que pudieran extraviarse en lo enmarañado del terreno, y para todo esto, cada cual confiaba en su fuerte energía orgá-

nica.

Al aproximarse al término del viaje se han observado a unos pocos de esos infelices erguidos y erectos, no obstantes sus penurias, pero su traje cubierto de polvo blanquizco, siempre con pasos firmes, otros con la cabeza gacha caminando lentamente los ojos enrojecidos e hinchados, ellos eran el relieve no sólo de las noches de insomnio si que también de los sufrimientos experimentados en esa batalla campal, que les presentára la Naturaleza con todo el rigor de esos páramos.

Sin duda tú lector te preguntarás: ¿Cuántos habrán caido en ese desierto para no levantarse más víctimas de su osadía? Los caidos han sido muchos! Unos por falta de agua para satisfacer la terrible sed en la jornada. Otros extraviados en el camino sin auxilio de ninguna especie allí habrían muerto en la más terrible desesperación.

A todo esto, pues, no era raro tiempo atrás encontrar las blancas osamentas de esos desdichados viajeros vencidos por las condiciones expuestas en ese desierto inclemente.

El ex Gobernador de Tocopilla don Víctor Gutiérrez, cuando asumía el mando se preocupó de la suerte de esos desventurados, como que en una nota pasada al señor Intendente de Antofagasta le

decía más o menos lo siguiente:

"Para evitar que los trabajadores hagan sus viajes en condiciones fatales, creo a mi juicio qué, bastaría que los administradores de las oficinas de ese cantón, fijaran un aviso en su establecimiento, haciéndoles saber a sus operarios que entre Sierra Gorda y Chacance hay 15 leguas sin ningún recurso, y que el que emprenda el viaje con una botella de agua es casi seguro que perecerá de sed, que la única ruta segura es la del telégrafo, y que el que se aparte de ella se expone a extraviarse y, a perderse en el desierto, y por último que la segunda jornada para llegar a Santa Ana, es de 16 leguas también sin ningún género de recursos".

Esa generosa idea del señor Gutiérrez era digna de encomio, porque con ella se contribuía a evitar mayores desgracias.

Si hiciéramos una recopilación de las publicaciones hechas en aquella época en la prensa, por las contadas plumas liberales en los puertos de esta región sobre esas cruzadas trágicas, sin duda que tendríamos para aumentar a considerable volumen las páginas del presente artículo.

Pero como dato ilustrativo, vamos a publicar un suceso que mencionáran algunos diarios de Tarapacá, en época del fragor de esas trágicas odiseas.

"A principio del año 1910, fué encontrado en estado agónico por la sed, en una mina cercana a Norte Lagunas un individuo llamado Ceferino Martínez. Unos trabajadores que venían de Punta de Lobos, dieron aviso del encuentro en la oficina Centro Lagunas. El corrector mandó a buscarlo y fué llevado a Iquique. Ese infeliz había salido de este puerto a pie con dirección a Punta de Lobos, y a poco de salir de la oficina Santa Lucía se perdió. Se encontraba en estado de extrema debilidad, y con la lengua cortada por la desesperación de la sed, por

cuya razón casi no pudo hablar y tuvo que escribir

para hacerse entender.

Corriendo el tiempo vino la gran obra del Ferrocarril Longitudinal, sueño que tuviera el eminente e inmortal patricio José Manuel Balmaceda, ilusión que fué llevada a la realidad por el gran Pedro Montt.

Esa gran obra vino a evitar las cruzadas lúgubres de un grueso conglomerado, mal remunerado hasta hoy, que a diario cruzan la vasta región del salitre. Y ya que de travesías se trata sobre esa pampa hosca y lúgubre, no olvidaremos aquella que hiciera una parte de nuestro ejército allá por el mes de Diciembre del año 1929 con motivo de esas ruidosas maniobras, en las que también tomaron parte los jóvenes y bizarros cadetes de la Escuela Militar, quiénes no obstante su virilidad y pujanza al mando de sus esforzados jefes sufrieron momentos un tanto amargos, lo que nos hace suponer tendrán para buen tiempo el recuerdo de esa jornada. Esa esforzada juventud como titanes se las tuvieron que ver con la inclemencia del desierto en la regular travesía de Tocopilla a las pampas de Antofagasta, luchando en páramos inclementes, talvez por entrever aquel clásico horizonte de pasadas glorias que conquistara nuestro ejército de ayer. Por una parte las maniobras no se hicieron tan fatigosas por haber sido echas en la mejor época del año, ya que el sol no era aquel riguroso del verano, el que desde el cenit parece calcinar hasta los huesos.

A principio del año 1929, la Junta Local Salitrera dió a conocer en un extenso informe, que fué comentado por la prensa antofagastina, en el cual hacía referencias a los grandes esfuerzos que han hecho las Compañías Salitreras en favor del mejoramiento de los operarios de la pampa, subrayando el fiel cumplimiento en decir de ellos de las leyes sociales en vigencia, y los cuantiosos desembolsos de dinero que esa acción les había importado.

En dicho documento, por cierto muy hábilmente concebido se mencionaba los contínuos movimientos de operarios de una oficina a otra, o la movilidad de obreros como allí se cita textualmente, y se advertía que ese fenómeno de traslado de gente de un sector a otro de la pampa origina perturbaciones en la marcha de la industria, y se señalaba finalmente que ello se debe exclusivamente al espíritu aventurero del hombre de nuestro pueblo.

Las aseveraciones en referencia adolecen de un profundo error, aunque claramente se comprende que obedece al propósito preconcebido de disimular un hecho por cierto lamentable, pero que está esencialmente basado en las defectuosas características del trabajo en las diferentes oficinas, ya fuere partiendo de la base de la formación del contrato, en el cual en la mayoría de los casos no se consulta la voluntad ni los intereses del trabajador, como los distintos detalles en las faenas donde el operario está sujeto a arbitrariedades e injusticias de parte no sólo de sus jefes inmediatos si que también de sus

superiores, ya fuere en la tasación del caliche, o en el precio bajo por carretada que no compensa al enorme esfuerzo para la extracción, como también en la forma brusca o despectiva con que se le recibe por cualquier reclamo justificado que formule.

Fastidiados los operarios del exponer inútilmente sus protestas y reclamos, puesto que las administraciones se hacen solidarias de las aseveraciones de los jefes de faenas, y comprendiendo que en todo momento serán víctimas de hostilidades insoportables de parte de éstos, optan por marcharse a otra oficina en busca de trabajo.

Bien saben ellos, que en todos los ingenios salitreros donde fueren el salario es regido por el tipo Standard de 7 a 8 pesos diarios, y que allí encontrarán las mismas irregularidades en la tasación de su labor, a fin de que no alcance un promedio de ganancia que les permita obtener alguna economía. Pero apesar de todas estas certidumbres alientan la confianza que en otras oficinas encontrarán un trato más humano, a la vez que algunas facilidades para poder retornar dentro de algún tiempo al pueblo del sur donde fueron contratados.

Ese es el origen de la movilización del operario pampino, y no es el espíritu de aventura puesto que la inmensa pampa salitrera ofrece características uniformes, y no así no más va ha arriesgarse un trabajador en penosas peregrinaciones, muchas veces exponiendo su vida en los páramos inclementes, y cuando existe por cierto ese atractivo de los largos

viajes de un país a otro y que han hecho célebre al chileno, puesto que puede encontrársele en los últimos confines del mundo.

Ahora bien, al ser despedido un operario de alguna oficina salitrera, en virtud de que no ha accedido ha amoldarse incondicionalmente a cuanta imposición se le formulare en una gran mayoría de las oficinas salitreras, se ha adoptado un procedimiento por demás irregular, injustificado y aún reñido con el concepto de humanidad.

No hemos referido a ese famoso sistema de la lista negra, y que consiste en anotar en un registro especial al obrero a quien se despide de las faenas, por cuanto sus reclamos relacionado con los procedimientos del trabajo se le ha llegado a considerar

indeseable.

Dichas listas circulan de una a otra oficina dentro de una Compañía periódicamente; y aún más se llega el caso de qué, apenas parte del campamento un infeliz obrero para lanzarse a través de la pampa a la búsqueda de un nuevo horizonte, o sea a ofrecer todos sus esfuerzos y todas sus energías compensadas con un mísero pedazo de pan, el teléfono de la oficina donde partiere empieza a funcionar activamente, demandando de las oficinas cercanas que no se admita a ese obrero en las labores, por haber sido, según ellos, elemento pernicioso.

He ahí que ese individuo que no tuvo más delito que reclamar una compensación equitativa a sus rudos afanes, trabajando en la áspera pampa desde que alumbra el sol hasta el caer las sombras de la noche,—otras veces en trabajos nocturnos donde el debilitamiento orgánico no se puede contrarrestar—por un tácito acuerdo de quienes no supieron comprenderle ni menos estimularle, marcha como el judío errante de la leyenda con la faz mustia y las plantas sangrantes, dolorido el corazón, desgreído de la justicia de los hombres, renegando de aquella hora en que partiera de sus benditos parajes sureños, y alentado sólo por la confianza de que algún día los hombres que rigen los destinos de nuestra patria habrán de dar la mano firme y generosa a quienes tienen tan nobles propósitos para labrar su grandeza.

Se impone la necesidad de que el Ministerio de Bienestar Social, envíe una circular a las diversas Compañías Salitreras prohibiendo terminantemente ese régimen de las listas negras. Existen Juzgados del Trabajo para dirimir los conflictos que puedan suscitarse entre los obreros y los patrones, y dispone también el contrato de trabajo que comisiones especiales deben visitar constantemente la pampa para imponerse de los reclamos de los trabajadores, para proceder a una unánime solución procurando en esa forma cimentar la necesaria armonía entre el capital y el trabajo.

Esos lanzamientos de obreros a través de la pampa desolada, están reñidos con todas las leyes de civilización, y contribuyen consiguientemente a diezmar aún más las legiones de esforzados trabajadores, que la pampa trágica vá consumiendo paulatinamente.

En el caso extremo de qué, no fuere posible advenimiento alguno entre los operarios que formulan reclamos y los patrones que no tienen el propósito de atenderlos, debiera establecerse que las Compañías están obligadas a reintegrar a esos trabajadores al pueblo donde fueron contratados; más de ningún modo debe permitirse que se les bloquee por el hambre, puesto que les asiste el legítimo derecho de vida, y el procedimiento de las listas negras el cual ha sido establecido hasta en el establecimiento cuprífero de Chuquicamata, debe considerarse en el fondo como un delito que merece severas sanciones.

EL ANTIGUO Y NUEVO PROCESO DE ELABORACION A VUELO DE PAJARO

Más de un siglo ha transcurrido hasta hoy qué, a través de la química, se descubrió las bondades y virtudes de esa ansiada materia milenaria, a la que gráficamente repetimos, se le ha denominado oro blanco.

En un principio los primeros industriales empezaron su labor haciendo los más desesperados esfuerzos, no sólo para cruzar el desierto bajo un sol ardiente caminando a pie, a lomo de mula o en carreta, si que también para pernoctar en las noches glaciales bajo el trapo de la tienda. El brazo vigoroso del chileno valiente y esforzado, ha sido el que ha contribuido al mayor auge de esta industria, exponiéndose y pagando con su vida donde el peligro era inminente.

El sistema primitivo de elaboración se hizo a la rústica pero con caliche de la mejor ley, valién-

dose de fondos de tamaño promediado.

Esos depósitos se llenaban con costras, y con el agua necesaria se hacían hervir sobre una hoguera, con el atizar constante de gruesos trozos de madera.

Después de varias horas de un hervir a borbotones la costra calichosa quedaba convertida en ripio, pasando a entregar al caldo gran parte de su ley.

Una vez cocidas las fondadas ese caldo era vaciado en canales especiales en comunicación con unos

depósitos hechos a flor de tierra.

Después de transcurridas varias horas, el nitrato granulado blanco y sin mácula como gotas de rocío congelado aparecía en el fondo de cada depósito.

Ese proceso de elaboración duró largo tiempo, y a esos pequeños ingenios o establecimientos se les dió el nombre de Oficinas de Paradas

A ese sistema de elaboración le sucedió el de cachuchos de menor tamaño que los actuales pero sin serpentinas de vapor.

El primer ingenio que adoptó ese sistema fué la oficina Esmeralda en Tarapacá, más o menos allá por el año 1880. El ingeniero y súbdito inglés don Santiago Humberstone, fué el primero que adoptó en Tarapacá el sistema de serpentinas a vapor dentro de los cachuchos, siendo administrador de la oficina Agua Santa.

Después algunos industriales creyendo abaratar más la industria del salitre, llegaron ha adoptar un sistema de cachuchos con la similitud de un huevo, pero que no les dió el resultado deseado, por lo que siguieron elaborando hasta hoy con cachuchos de gran dimensión, los cuales tienen la forma de una enorme caja de fierro consistente.

Haremos una breve reseña como se elabora en la actualidad en toda la región salitrera por medio de los cachuchos en referencia. — A excepción de la oficina María Elena. "El Chuquicamata Salitrero" de propiedad de los señores Guggeheim Hnos., cuyo sistema en frío es el más moderno. — El caliche de los acopios es cargado en carretas, carros o camiones por una cuadrilla especial llamada cargadores.

Se llama acopio el caliche extraído por el particular, el cual ha sido juntado en cancha en una fracción de tiempo.

La carga se hace a cualquiera hora del día o de

Una vez cargadas las carretas son llevadas a una rampa, donde son volcadas sobre grandes carros que en largos y continuos convoyes aguardan la operación. Hay también muchas oficinas que llevan el caliche a las rampas en camiones dedicados exclusivamente a este objeto.

A medida que van llegando las carretas o camiones a las rampas, hay un empleado en cada una a quien le dicen boletero, y es el que toma nota de las carretadas que le corresponden a cada particular.

En la mayoría de los casos, el caliche llevado a las rampas en camiones ha sido tasado de antemano en

metros cúbicos.

Hay también acopios particulares, (de la casa o sea de la Compañía) y es aquella existencia que van dejando los particulares cuando piden su arreglo.

Cuando se está cargando de esos acopios el empleado hace una nota especial que dice de la casa.

Una vez cargados los convoyes son llevados a la máquina sección molinos, muchas veces en un recorrido de varios kilómetros.

Esos molinos constan de varias acendraderas que muelen el caliche a tamaño promediado.

A medida que las carretas, convoyes o camiones van llegando a la máquina se van volcando sobre una rampa, inmediatamente una cuadrilla especial se encarga de hacer entrar el caliche a la boca de las acendraderas por medio de ganchos especiales, como se ha dicho anteriormente.

Molido el caliche, vá a esos depósitos especiales que ya conocemos con el nombre de cachuchos, los cuales en su interior desde el fondo hasta una altura conveniente están rodeados de una cañería a vapor de diámetro promediado, y que como hemos dicho se llaman serpentinas.

No olvidaremos decir que esos grandes estanques o cachuchos están situados a una altura conveniente, y se encuentran sostenidos por una fuerte mampostería de fierro teniendo como base un consistente piso de concreto.

El caliche acendrado, es elevado hasta esos cachuchos en algunas oficinas en carritos especiales por medio de un ascensor eléctrico, en otras por el sistema de una correa sin fin.

Llenos esos depósitos, se les hace entrar caldo de otros departamentos de la máquina y otras aguas depositadas en estanques especiales, el vapor a presión hace hervir esos cachuchos a elevada temperatura resultando la elaboración del salitre.

Cuando el caldo hirviente ha retirado las sustancias solubles, o sea el nitrato de soda, el cloruro de sodio y otras sales de menor importancia, se abren unas llaves en los cachuchos, ese caldo en algunas oficinas corre a unos pequeños estanques llamados achulladores para que la borra sea asentada y el líquido llegue clarificado a las bateas, en otras es largado directamente a estas últimas por largos canales, viene el enfriamiento, y el salitre se deposita en el fondo en gruesa capa, esto es, se cristaliza el nitrato de soda.

En esta sección bateas, hay oficinas que ocupan algunos imberdes como rayadores, los hay diurnos y nocturnos. Esas anomalías deben cesar ya que hay una ley que impide a los industriales la ocupación de menores en sus faenas.

Los cachuchos que han entregado el caldo a los achulladores o bateas, les queda siempre en el ripio un porcentaje de ley en sales apreciadas. Es entonces cuando la cuadrilla derripiadora se encarga de retirarlo, lo que se llama derripiar los cachuchos. Otra cuadrilla se encarga de recibir ese ripio y lo traslada en carros pequeños, ya arrastrados por mulas o en depósitos especiales por medio de un cable de acero, que a una altura conveniente los va llevando unos en pos de otros con el auxilio de un aparato de fuerza eléctrica hasta ser volcados en el sitio llamado bota-ripio.

Es de observar que este duro y pesado trabajo, sólo es interrumpido en los días de fiestas patrias del

18 de Septiembre.

Cuando una cuadrilla ha terminado su labor del sacar sus fondadas, el pito de la máquina llama a la cuadrilla reemplazante para continuar con la faena, por lo que como hemos dicho ese trabajo es continuo.

En las noches silenciosas, y aún en aquellas que sopla un viento huracanado, se sienten los golpes repetidos que dan los bota-ripio a los carros a fin de desprenderles la borra adherida a ellos.

Esos golpes continuos con eco de tristeza, parece que fueran a perderse en las lúgubres sombras de la pampa. Decíamos que el caldo en las bateas deja el salitre granulado y cristalizado en gruesa capa, por lo que inmediatamente se levantan unos tapones situados en las esquinas de cada batea, y ese caldo una vez de color ocre, otra vez anaranjado cae sobre canales especiales a otros estanques que han mere-

cido el nombre de depósitos de agua vieja.

Una cuadrilla especial llamados acanchadores, retiran de día y noche ese salitre a unas largas canchas de un piso especial y de un plano inclinado advacente a esas bateas. Una vez extraido el caldo que el nitrato puede contener, esos mismos trabajadores cargan ese salitre en carros pequeños dedicados exclusivamente a este objeto, los cuales son llevados a la sección cancha de salitre sobre una angosta vía, la que está instalada a una altura conveniente, sobre un consistente caballete hecho con madera de regular dimensión. Allí es arrojado a la cancha formándose grandes rumas, y cuando llega el momento de ensacarlo, se hace cargo de ese trabajo la cuadrilla de cargadores. Este trabajo está dividido, porque mientras unos mueven el salitre con picotas para separarlo del montón, otros proceden a ensacarlo, otros cocen con rapidez extraordinaria, v cuando los carros del ferrocarril están en la cancha de uno en uno con el saco a la espalda hacen el carguío de ese convoy.

No olvidaremos decir que entre estos y otros trabajos se presenta un hecho indiscutible. Si bien es cierto que allí hay trabajadores de las tres naciones limítrofes de esa región, pero los chilenos han sido los que han desempeñado no sólo en mayor escala los trabajos más difíciles, las tareas más duras si que también esas que han necesitado de mayor inteligencia.

CARACTERISTICA DE ALGUNOS TRABA-JOS EN LAS SALITRERAS

No diremos que en nuestro extenso desierto, el rigor de la naturaleza tiene toda la similitud de esa vasta llanura blancuzca del Sahara, donde el viento enfurecido constantemente traslada las arenas movedizas a largas distancias, formándose con ellas altos cerros, los que vistos desde lejos parecen cadenas de montañas, y que son las que obstaculizan la marcha al viajero de Oriente a Occidente.

Pero si, en nuestra pampa hosca el rigor de su sol ardiente, con su clima glacial en las altas horas de la noche, y sus torbellinos de aire que levantan la salada y polvorienta tierra, la que después de remolinear parece se elevara hasta el infinito, y la mala condición de vida del trabajador hacen de ella un sitio más holocausto a ese esforzado y rudo obrero del salitre.

La labor de toda oficina salitrera está dividida en tres grandes secciones.

La primera es la pampa y es la más extensa, porque ocupa mayor número de trabajadores formándose con ellos dos grandes secciones que son barreteros y particulares.

Los trabajos en ambas secciones son peligrosos por el uso constante de explosivos, dinamita, fulmi-

nantes y pólvora.

En estas secciones es donde desde el principio de la industria ha habido mayor número de accidentados. Que uno con el cráneo hundido por una costra de las muchas que ha levantado un tiro y que el infeliz no alcanzó a evadir su humanidad. Que otro fragmentado en el aire. Ese con los dedos menos por el estallido de un fulminante. Aquel con un brazo destrozado por efecto de la dinamita.

Entre los accidentados de esta sección en los tiempos que corremos, no dudamos que algunos lo sean premeditadamente, y eso se debe al brutal aburrimiento producido en esa lucha titánica consecuencia de los exiguos salarios, que no les permite ver un horizonte para salir del enclaustre o del en-

marañado de la pampa.

La segunda sección corresponde a la elaboración, también dividida en grupos, ellos son derripia-

dores, acendradores, cargadores, etc.]

También en la elaboración ha habido accidentes, como que en la máquina sección cachuchos cuando estos eran abiertos, han caído algunos infelices al caldo caliente en estado máximo de elevada temperatura. Que uno perdiendo una o ambas piernas. Que otro muerto momentos después de la caída en los más atroces dolores.

dor, es agotador porque estas labores exigen el máximo del rendimiento de energía orgánica. Los primeros trabajan semi-desnudos llevando zapatos con gruesas plantillas de madera, para escapar no sólo al calor de las serpentinas y muros de los cachuchos, sino también al ripio caliente. Estos trabajadores como los acendradores trabajan por fondadas y en cuadrillas!

Con el trabajo duro y agotador si se les observa después de la labor, se les verá agobiados por el debi-

litamiento orgánico.

Y pensar que esos trabajadores, en el pesado trabajo de derripiar esos cachuchos calientes están predispuestos a muchas enfermedades, por el cambio brusco de temperatura al entrar y salir de la labor.

Los acanchadores también están expuestos a un doloroso quebrantamiento de salud, porque se les observa desde las primeras horas de la mañana con un frío glacial dentro de las bateas a campo raso, traspasando el salitre de éstas a las falcas.)

Y se ha dicho que aquellos y estos trabajadores

son los que viven menos.

Los acendradores junto a la rampa, son los encargados de hacer caer a la boca de la máquina el caliche para su alimentación, para lo cual se proveen de ganchos especiales.

L'Ahí el trabajador está respirando una atmósfera pesada, producida por la inmensa cantidad de polvo que se desprende del caliche, cuando está pasando por la boca de los trituradores, por lo que la mayor parte de ellos están provistos de un pañuelo, o de una trompetilla de goma que les cubre la boca y las fosas nasales. Es indudable que la absorción constante de ese polvo es insalubre.

Ha sucedido algunas veces que la suerte cruel a más de uno les ha hecho resbalar, y han ido a caer a la boca de los trituradores arrebatándoles la vida

en forma trágica.

En la pampa el brazo nervudo del barretero es el encargado del perforar el terreno, para cuyo objeto emplea herramientas especiales, y que son pala, barreta, cuchara, barreno y martillo. Su primer trabajo, si hay tierra suelta es quitarla en una circunferencia promediada, después según la consistencia del terreno emplea la barreta o el barreno, sigue con este último y el martillo, quitando la tierra con una larga cuchara y valiéndose algunas veces de dinamita por la dureza de la capa calichosa, hasta abrir un agujero de forma cilíndrica, el que a través de la capa de caliche ha llegado hasta la conchuela o la coba, y que para dicho trabajo ha mantenido más de una vez el cuerpo inclinado hacia adelante porque la configuración del terreno así se lo ha exigido.

No olvidaremos decir que en esta sección, hay algunas oficinas que ocupan imberdes como herramenteros, lo cual nos apena mucho, se comprende que ese trabajo lo ejecutan esos muchachos en fuer-

za de la necesidad misma.

El barretero para cargar un tiro le ha colocado tantos sacos de pólvora según la profundida del agujero, y después de colocar una guía que siente sobre ese explosivo le agrega cierta cantidad de tierra bien pisoneada, y una capa de costra que llegue hasta la superficie del terreno, enciende la mecha y

alejándose grita:
"con fuego tiro
g r a n d e", los
obreros que están
cerca salen de sus
calicheras huyendo y repitiendo
el grito a medida
que se van alejando.

Momentos después la tierra se extremece como si un recio temblor la sacudiera. Luego una espesa polvareda que en días apasibles sube hasta la altura. Un verda-



dero torbellino de tierra y peñasquería que de lejos tiene la similitud de una tromba que no avanza, pero que se impone con la majestad que se levanta. Una nube de costras grandes y pequeñas cae con un rapidez, como el de la fuerza que las levantó teniendo estas últimas el mismo peligro de una pequeña bala de rifle.

Como se ha dicho anteriormente, con estos tiros grandes desde el principio de la industria, millares de obreros han sido heridos y muchos de ellos han muerto.

Después de tronar un tiro, el particular que tiene la práctica necesaria, se concreta a separar todos los trozos de caliche de los elementos como la sal, y la costra insustancial. Es aquí donde el particular novato pierde trabajo y tiempo, si el costrero no está en ese momento para indicarle o seleccionarle el caliche que ha de ir a las acendraderas, obteniendo ese obrero el aburrimiento que es de suponer.

Algunos correctores y costreros en la selección del caliche son demasiado exigentes, aunque el ensaye con la mecha diga que la costra tiene ley, para ellos es cosa que no sirve. Se entiende que el proceder de esos empleados es una ayuda inclinada en favor de los intereses de los salitreros, por lo que siempre el particular que conoce la materia ha estado en continuo disgusto en su labor.

En una cancha especial a medida que el obrero va separando el caliche bueno, va formando su acopio de tal forma que le permita un pago ya sea por metro cúbico o por carretada.

Desde hace mucho tiempo este último procedimiento se ha prestado para abusar con el trabajador y explotarlo en forma indigna.

Al respecto, hace algunos años con motivo de una crisis salitrera, una gran compañía de un improviso paró una parte de su faenar. En una de sus grandes oficinas había un administrador qué, aunque poseía un retumbante título universitario, era un desalmado con sus trabajadores. Llegado el momento de la tasación del caliche, — en el afán de acreditarse cada día más con la Compañía tal vez aspirando al puesto de Inspector General, Administrador o Gerente — quiso en forma procaz hacer la tasación, robando para la Compañía a cada particular un tanto en cada acopio que le permitiera a la casa obtener una cuantiosa fortuna ya que habían millares de carretadas en pampa.

Los trabajadores indignados al ver que se les quería usurpar el producto de un trabajo obtenido con tanto sacrificio, reclamaron en masa ante la autoridad correspondiente, pidiéndole se arbitrara en las medidas adoptadas por ese administrador. El Intendente de Antofagasta, sin duda ajustado a principios rectilíneos, nombró un árbitro a fin de que se hiciera una tasación justa para dirimir ese conflicto.

Eran los tiempos que en la mayoría de los casos el hilo de toda controversia se cortaba por lo más delgado. A estarnos de lo que se nos ha dicho por los trabajadores, ese árbitro hizo la tasación disminuyéndoles una pequeña parte del descontento. Los trabajadores entre queriendo y no queriendo aceptar y cansados de protestar ante sus jefes inmediatos se dijeron los unos a los otros, del lobo un pelo! aceptaron. En un estrecho círculo se dijo que el árbitro había procedido con honestidad en su cometido, pero se prestó a dudas, y más se dudó cuando tiempo después este señor era ocupado por la misma Compañía con un sueldo gigante, en un trabajo en el que haciendo una burda parodia de la vida bien vivida del trabajador en faenas donde el patrón no es altruista con los seres que le sirven; éste hacía el papel de apóstol.

El falso apóstol después de su buen sueldo, se dijo tener otras entradas, ellas eran las concesiones de teatros en las oficinas; y con facha de uno de esos altos encargados de la industria, en un lujoso auto turismo recorría de vez en cuando los ingenios, en los que daba sus conferencias, alguna de ellas de origi-

nalidad sorprendente.

Era la época en que con motivo de la restricción de la libertad de comercio, las pulperías de las oficinas mantenían el monopolio en los artículos de primera necesidad, el pan era pequeño y caro, las papas y los buenos porotos eran platos favoritos de los zares.

El falso apóstol poco miraba a las víctimas de las anomalías de los administradores, ni tampoco daba las miradas necesarias a las habitaciones insalubres y a la promiscuidad en que muchas familias vivían, claro está que eso no le convenía, él estaba en ese puesto para hacerles la pata a las autoridades y trabajadores. Hombre era éste, que se las daba de habilidoso y científico entre los trabajadores de las oficinas, y tratando de emborrachar la perdiz les decía así: "El hombre para mantenerse vigoroso, no necesita comer satisfaciendo el estómago; el pan no es necesario, no es un alimento, desde luego no es necesario en el hogar", a estos dislates venían otros tantos difícil de enumerar, como si los duros y agotadores trabajos del desierto se ejecutaran alimentando el organismo con oxígeno.

No dejaremos de señalar algunas otras de las muchas irregularidades cometidas en esos pasados tiempos, las que adquirieron proporciones de escándalo por lo que los trabajadores se mantuvieron distanciados con los que abusaban con tanta mezquindad. Y esos abusos consistían en lo siguiente: Teniendo dos particulares un acopio de cuatro a cinco meses al precio de \$ 2.60 la carretada, al momento del arreglo el administrador fijaba solo \$ 2.30 por ella; hacía cargar las carretas con exceso; encontraba el caliche malo en el acopio; hacía las tasaciones que le permitian a la oficina apropiarse en forma desvergonzada del trabajo ajeno; les botaban las carretadas en un punto cercano a la máquina so pretexto que el caliche era inservible el mismo que después era aprovehado en las acendraderas. Por cierto que el fraude era evidente. Este último abuso era cometido por algunos empleados a quienes se les conoce con el nombre de boleteros, se comprende que si estos empleados a diario cometían esos abusos, era en cumplimiento a órdenes aspeciales que ellos recibían de sus jefes inmediatos.

Esas dificultades y conflictos que dejamos anotados entre los obreros y los principales encargados de la extracción, son abusos que ninguno dejará de calificar de audaz piratería.

Con esos procedimientos deshonestos varias veces se ha perjudicado la misma oficina, porque los obreros que han sido víctimas del fraude, en todo descuido de los empleados han pasado carretadas de sal o de costra de la más baja ley.

Con lo expresado anteriormente queda establecido que la oficina ha sido la escuela de la injusticia.

Aún en estos últimos tiempos hay oficinas en que una parte de esos abusos no ha terminado. Ocurre que el particular es despedido cuando tiene una gran cantidad de caliche acopiado, entonces sus jefes inmediatos considerando convenientemente "según ellos" para que ese particular no pierda tiempo en espera de la pasada del caliche, se lo avalúan a la simple vista, de tal modo que si en ese acopio hay 500 carretadas la tasación la hacen por 400 más o menos, siempre pensando en que el particular salga debiendo a la casa a fin de enclaustrarlo. El obrero con ojo certero y que tiene bien calculada su exis-

tencia no acepta el engaño, y pide se le den carretas

para pasar su caliche.

Es aquí donde el jefe de pampa y su ayudante usan de represalia contra el infeliz obrero, haciéndole la situación más apremiante, porque pudiendo darle cuatro o más carretas sólo le dan una durante varios días, alegándole al particular que las demás están ocupadas y, todo por no haber aceptado la tasación de ellos. Ese pobre obrero tiene que resignarse muchos días en espera de la pasada de su caliche, un trabajo que debe llevarse a efecto de preferencia.

Con este procedimiento se crea en el obrero una situación aflictiva, porque gran parte de su haber queda en la oficina por conceptos de pensión y otros gastos necesarios.

Otro sistema de apresar al particular en algunas oficinas a fin de tenerlo enclaustrado es el siguiente: Es voz populi entre muchos obreros de la pampa que cuando un trabajador tiene una buena calichera y está ganando más de seiscientos pesos (\$ 600.—) mensuales se le cambia de calichera, so pretexto de que está saliendo salado o se valen de cualquiera otra artimaña. Ese hombre en su necesidad acepta la indicación del principal encargado del ingenio o de sus jefes inmediatos para abrir una nueva calichera, donde la mala suerte le espera, porque para descubrirla si es honda tiene que botar durante varios días una gruesa capa de tierra, donde más de una vez no se le abona nada por ese trabajo,

y en otras un mísero jornal, para salir descubriendo una delgada capa de caliche, cuyo precio bajo por carretada o metro cúbico no le permite cifrar sus esperanzas del juntar unos pocos pesos para regresar a su pueblo natal, máxime si es casado y con familia. La anterior y buena calichera que tenía y que tanto esfuerzo pudo haber hecho para abrirla, ha pasado a manos de otro obrero con familia, no como una protección sino para que pague a la casa una deuda que ha venido contrayendo con la oficina desde hace tiempo, con motivo de haber trabajado a precio exíguo por carretada en una calichera mala.

Con estas y otras trampas se enclaustra al particular en algunos oficinas, anomalías son esas qué, de parte de los principales encargados de la extracción deben cesar.

La tercera sección la constituye la Maestranza, la que generalmente se encuentra ubicada en sitio adyacente a la máquina elaboradora con material casi todo de lo más moderno.

En la Maestranza trabaja un buen número de operarios competentes como mecánicos, herreros, torneros, electricistas, fundidores, etc., todos ellos de extremada necesidad dentro del ingenio.

En esta sección son contados los que están bien pagados, los sueldos son exíguos tomando en cuenta el subido costo en los artículos de necesidad diaria. Hay mecánicos que apenas ganan diez pesos,

Debido a la misma condición del trabajo, aquí en la Maestranza, felizmente no son tan frecuentes los accidentes como en otros departamentos.

Tenemos entendido que, para hacer cesar las anomalías para con los trabajadores en las oficinas salitreras, los Directorios por el buen nombre de sus Compañías y de la industria, deben nombrar de administradores a ingenieros civiles ya diplomados en el extranjero o en el país, y no entregar esas administraciones a individuos que además de no tener práctica en la industria, son rústicos, considerando a nuestro roto como raza inadaptada e indígena. De estos administradores inciviles hemos observado ha algunos a través de la pampa.

LA NECESIDAD DEL MECANIZAR LA DERRIPIADURA DE LOS CACHUCHOS

Todo aquel observador que haya llegado hasta esta sección, para hacer un pequeño examen sobre las condiciones de este trabajo, se sentirá emocionado al ver que estos "derripiadores" trabajadores de máquina, para efectuar su labor, tienen que hacerlo semi-desnudos, por el sudor abundante que les corre en toda la extensión de la piel, mientras permanecen dentro de esos estanques o cachuchos a elevada temperatura. Sin duda que su interior le dirá: estos hombres tienen una salud de acero,... como si este metal en contacto con otros elementos

fuera capaz de hacerse invariable bajo una ley natural o una fuerza exterior.

Es así, que en fuerza de la necesidad de conquistar un mayor pedazo de pan, y más que todo por una ignorancia de lo susceptible que es nuestro cuerpo bajo las temperaturas opuestas, el trabajador nacional desde hace varios lustros ha venido aceptando y siendo testigo de un trabajo con el cual se ha estado diezmando a los suyos.

Y pensar en las cuantiosas fortunas que les ha proporcionado la industria a los salitreros, quienes con la sed que es de suponer en amontonar el oro blanco en su mayor estado de pureza, y con la indiferencia que le es característica al desalmado con los seres que le sirven, ha venido atentando en forma nada levantada contra la salud de esos infelices, que han tenido la desgracia de haber llegado a trabajar a esa sección.

Las condiciones impuestas en la derripiadura de esos estrechos estanques con sus muros y ripio caliente, son inhumanas, y estamos seguros que en el mundo de las industrias al trabajador jamás se le ha colocado en tan inminente peligro de salud y de vida, máxime donde gobernantes y patrones han sabido valorizar el cuerpo humano como factor económico, social y espiritual.

Si bien es cierto que los que allí trabajan, en mayoría son hombres corpulentos y de recia musculatura, pletóricos de juventud llevando parte de la pujanza de esa raza de los bravos que cantara Alonso de Ercilla. Pero tenemos entendido que el exceso de sudor cada dieciseis horas más o menos, unido al desgaste de energía orgánica que ese duro y agotador trabajo les exige; el cambio brusco de temperatura con la entrada y salida de los cachuchos a cualquiera hora del día o de la noche, así sea en las más glaciales del invierno, los vá debilitando gradualmente del organismo, hasta hacerles víctimas de una bronquitis seguida de un bronconeumonía siendo contados los que se salvan de las garras de ella. Enfermedades son éstas qué, por las circunstancias anotadas han llegado a hacerse endémicas en la referida sección.

Y pensar que cuando esos trabajadores han pedido con señalada justicia un 10 por ciento sobre el pago en cada fondada no han sido oidos, sino después de exponer numerosas razones para ello.

Tomando en cuenta el peligro que dejamos anotado en la salud de esos trabajadores, se impone la necesidad que los industriales como acto de humanitarismo hagan mecanizar la derripiadura de esos cachuchos, a la mayor brevedad posible, así se evitaría el tronchar de muchas existencias en el meridiano de la vida.

LA FONDA O EL HOTEL

Esta la fonda generalmente se encuentra ubicada en el centro del campamento, o al costado de un sitio espacioso con pretensiones de plaza, y se le puede distinguir a regular distancia de las demás casas de la población, por las grandes proporciones que se le ha dado.

Este establecimiento, es la posada donde acuden a comer en carácter de pensionistas un buen número de trabajadores sin familia, como también se dá alojamiento a todo aquel que vá de paso, o a los comerciantes ambulantes mientras el administrador de la oficina o el jefe del bienestar no dispone lo contrario.

En casi todas las oficinas su construcción es con material ligero, "fierro galvanizado" comprendiendo un comedor grande para pensionistas de segunda y tercera clase.

En una pieza adyacente algunas tienen un co-

medor para pensionistas de primera.

En varios casos el administrador es el que

arrienda dicho negocio.

El cánon del arrendamiento varía según la importacia de la oficina, y que puede ser entre ocho-

cientos y un mil pesos mensuales.

Hace varios años a esta época en que escribimos, en el cantón salitrero de Antofagasta, las fondas eran entregadas por concesión a antiguos empleados encanecidos en el servicio, a quienes de tal modo se procuraba dar una especial jubilación, con una explotación que formaría su cuantiosa fortuna a la vuelta de pocos años. Y esa gente con base principal del garito y de la coima, el expendio de cervezas, vinos y otros licores, siendo estos últimos casi siempre de la peor clase, reunía un dineral, permitiéndo-

les adquirir predios agrícolas en el sur, y disfrutar del esfuerzo del trabajador a quien esquilmáran.

Demás está decir que la alimentación ayer como hoy, en varias oficinas es irremediablemente mala, a base diario de frejoles viejos y de arroz y papas.

En cuanto a la higiene de las habitaciones, brilla por su ausencia, y allí tendría mucho que admirar la Dirección General de Higiene que se preocupa de las plagas sociales.

* *

Al caer de una tarde llegó a la fonda de la Oficina María, donde trabajaba como particular nuestro protagonista Cirilo, a quien, como hemos dicho los futres enganchadores lo habían arrancado de un pueblo de la provincia del Nuble, prometiéndole el Paraíso en la región del salitre. Iba cansado el buen mocetón, sudoroso, la cabeza gacha, sintiendo la nostalgia de su casita sureña, donde a esa hora su viejecita madre solía esperarle con las suculentas sopas y el pan sabroso, mientras se charlaba y reía en el ambiente familiar, alegrado por el murmullo del estero cercano, el rumor de los árboles y el piar de las aves de recogida.

Le sirvieron en la fonda la ración insustanciosa de siempre. Devoraba su ración algo molesto y cohibido, por la presencia de tantos seres a él extraños en ese mísero comedor, cuando de pronto, la voz de un obrero ya entrado en años que se plantó frente a él llamó su atención. -¡Güena cosa la casualidad! ¿Que no es Ci-rilo?

El mocetón observó, a quien interpelaba.

Dudó un instante; una luz de alegría y confianza iluminó en seguida su semblante, y al instante exclamó:

- -¡On Cipriano! ¿Usted también por estos mundos?
- —El mesmito en cuerpo y alma. Vengan cobro esos cinco jazmines. Cuéntame que es de tu padre, mi compaire Froilán, y cómo viniste a dar con tu humanidad por estas tierras de gringos.

Se abrazaron efusivamente, y Cipriano tomó asiento al lado de su joven coterráneo. Mientras comían charlaban de los parientes y amigos, de todas

las "cosas" de la querida tierra lejana.

Su encuentro les parecía algo maravilloso, una odisea a través de los mares y en un mundo muy diverso al que ellos habían conocido. Después ca-yendo bruscamente a la realidad, comentando su situación Cirilo dijo:

—Lo que más me carga en esta oficina on Cipriano, es que después de que trabaja uno como macho en las calicheras tenga que ormir pior en un rancho con la mar de tiuques, tendido a puro suelo, en gangochos, porque hasta pa ormir bien la mala suerte me ha costaliao, fiúrese que la cama que tréida, un lairón mientras estaba en la calichera se las echó con ella, di cuenta al sereno y no lo ha poío hallar en la oficina. Siempre me acuerdo de mi camita limpia en el sur, y de la Blanca Rosa, mi novia, que lavaba las sábanas todos los Sábados en el río bajo los sauces.

El veterano se rascó una oreja y filosofando exclamó:

- —De poco te asustáis niño. Debis saber que esta misma fonda, que es pa la gente adinerá, las sábanas son más negras que la conciencia del fondero, y el otro día tuvo que seguir a dos que se arrancaban llevados por los bichos. Pa que pasís la pena te voy a convidar un litro de mosto.
- —¿Y cómo está Ud., tantos años puaquí on Cipriano? Cuantuá yo las habría emplumado pal sur, yo en lo poco que llevo en estas pampas calichosas veo que no me conviene ná pal bolsillo, y hasta la memoria la he perdío porque de lo poco que aprendí en la escuela ya se me ha olvidao, estoy como aturdio con el tremendo caloraso que hace en la calichera.

Bebieron un largo trago, y el veterano respondió:

—Este mesmo trago que vale 4 pesos litro, fabricao en estos viñeos de la oficina el "chupe" más caro y lo mal pagao del trabajo, tienen la culpa niño, de que yo aquí esté empatillao. Figúrate, mi mujer la Filomena, me está escribiendo hacen diez meses que le mande unos doscientos pesos pa abonar a la hipoteca de la hijuela, y no quiere creerme que yo no tengo pa alpargatas nuevas. —Bien me ecía la Blanca Rosa que no me viniera, o que los casáramos y nos viniéramos juntos, dijo Cirilo con un triste suspiro.

Cipriano sonrió, y llenando los vasos, exclamó:

—Y bien que hicistes en cargar sólo con tu pellejo muchacho. Porque puaquí por toos laos el diablo tira el poncho, y a lo mejor hubiérais quedao hasta sin mujer, porque cualquiera de los gringos te la hubiera empalicao, y adiós mi plata. Ni mi vieja se libraría de los cuervos en estos tierrales.

—¡Lo que son las cosas on Cipriano! Y allá por la tierruca que lo hacen a Ud., convertío en un "palo grueso" bien cacharpiao, y misiá Filomena les ecía a toos que uno de estos días iba a regresar Ud., a la heredá con muchas talegas de pesos, pa comprar otras vaquillas y agrandar la tierra. Dígame ¿Entonces dónde quean todos los pesos que producen estas riquezas de la oficina?

El interpelado golpeó cariñosamente el hombro de su joven camarada, y respondió así, a su in-

genua interrogación:

—Tenís que aprender mucho en tus andanzas por estos parajes ingratos muchacho. Primeramente agregó en tono confidencial,— que el que recoge a puñados los pesos que uno logra recibir, es este fondero gringo o "bógate" como dicen puaquí, el cual vendiendo día y noche este mosto endiablao que no se parece al chacolo de nuestra tierra, en menos que canta un gallo se hace rico, arregla sus maletas, y mientras sigue camino a Punta Arenas o a su pa-

tria viene otro de los mesmos. Y hay que tomarlo no más, bautizao y todo, porque resulta en buena cuenta más barato que la comía yai que engañar al lión pa que no te case.

Cirilo pareció entender a las mil maravillas, las explicaciones filosóficas y pintorescas de su acompañante. Paseó su mirada por los huéspedes de la fonda, todos ellos envueltos en el humo de los cigarrillos, charlando en alta voz algunos en tono ya agresivo, mientras en sus ojos se notaba la expresión turbia del alcohol ingerido. Su acompañante con voz monótona prosiguió sus reflexiones:

—Después, chiquillo que todo el "suple" se vá en el comistrajo caro, y al arreglar la libreta no queda ni pa un par de zapatos. Pero hay que callar no más, porque si no te colocan en la "lista negra" y tenís que largarte a andar como el judío errante. Yo cuantuá me hubiera ido al lado de mi vieja y mis cachorros si hubiera logrado juntar algunos reales...

Por largo rato siguieron ambos amigos conversando en igual tono, alentándose mutuamente en sus penurias, y haciendo algunos proyectos risueños para emprender la vuelta a la tierra soñada. Ya bastante entrada la noche salieron de la fonda, en dirección a sus cuartos al campamento. Cipriano caminaba a grandes pasos, profiriendo de vez en cuando alguna interjección por los tropiezos del camino. Cirilo empezó a silvar una melancólica can-

ción campesina. Sentía encontrarse ahora menos solo en esos páramos desolados, y las luces de las oficinas le parecían las de unos grandes barcos en marcha hacia los mares del sur.

LA ODISEA DE CIRILO

Había transcurrido un largo tiempo, desde aquella conversación que Cirilo sostuviera con su camarada y coterráneo Cipriano en la fonda de la oficina María, cuando por una circunstancia imprevista en otra oficina volviera a encontrarse.

Decíamos que el joven operario Cirilo, que recibiera la más penosa impresión al instalarse en la estrecha y destartalada pieza que se le señalara como alojamiento en el campamento, sintió fortalecido su espíritu con una sensación de alivio al considerar que un amigo de su familia de su pueblo del Ñuble, iba a hacerle compañía en sus posibles peripecias.

Pero esa impresión moral para él muy preciosa iba ha aminorarse pronto, a diluirse con los afanes y penurias, con todas las amargas incidencias que habría de afrontar en el rudo faenar como en la vida cotidiana. Desde luego el sistema de trabajo, bajo el sol abrazador que parece calcinar los huesos humanos, luchando en páramos inclementes donde no se encuentra como en los campos sureños la sombra amable de un árbol donde reposar un momento, esa labor fatigosa en la calichera, desde que se levanta el astro rey hasta que caen las primeras sombras de la

noche, tareas iguales a los condenados a trabajos forzados en los presidios más famosos. Pesaba sobre el espíritu de Cirilo, como una carga angustiosa, abrumadora, presintiendo que cada día iba dejando en ella algo de su existencia de su ser todo.

Para mayor mal la alimentación aparte de cara, deficiente de la fonda, contribuía ha amargar su existencia. Los diarios frejoles duros y viejos, y el infaltable arroz de mala calidad con papas apolilladas, artículos de los cuales las fondas y pulperías se proveen por contrato y en grandes cantidades, no son los alimentos más adecuados para reponer las fuerzas del obrero desgastadas en una labor sobrehumana.

Recapacitando en ese sistema de alimentación insuficiente e inadecuado, y que sin embargo se lleva las 3 4 partes del jornal del operario, Cirilo comprendía por qué en el campamento de la oficina había tan considerable número de niños raquíticos, y de hombres y mujeres evidenciando en su físico que la terrible tuberculosis los iba devorando como un fuego intenso y abrazador.

Se explicaba también Cirilo así, el hecho de que algunos operarios entre estos unos pocos imberdes, para atenuar la sensación del hambre buscáran calorías artificiales en el alcohol, como a la vez para disipar momentáneamente sus penosas preocupaciones, he ahí que los primeros se embriagáran constantemente con los vinos adulterados de la fonda

de esa oficina, como en varias de la pampa se expenden sin cortapisas.

De ese modo la pésima alimentación no solamente forma falanges de escrofulosos y de raquíticos, sino que a la vez contribuye directamente a completar la obra destructora del monstruo alcohol.

Después de estar recluído en su fría pieza del campamento tendido en su mísero jergón o pavasa, que ya había adquirido,-ya que la cama, como habíamos dicho en anterior capítulo se la hurtaron al llegar a la oficina - en esas horas de aislamiento mientras tres o cuatro operarios roncaban tendidos en el suelo sobre miserables sacos, Cirilo recordaba con íntima amargura esa vida de sufrimientos, toda esa desconsoladora odisea que atraviesa el trabajador pampino. ¡Cuán diferente, por cierto del ambiente sano y puro de la vida organizada del trabajador agrícola, alimentado racionalmente, y donde hasta los alfalfales olorosos y los trigales limpios y dorados, el heno fresco acumulado después de las siegas fecundas ofrecen un lecho más cómodo e higiénico, que los cuartuchos pestilenciales de las vastas llanuras en la pampa trágica e inclemente.

Es así, se decía en sus reflexiones nuestro protagonista, que esa gente campesina que vive en comunión íntima con la naturaleza generosa, alcance luengos años de vida con ese carácter del chileno de aquellas épocas legendarias, viril, franco, jovial; mientras los mismos hombres siendo igual su contextura trasplantados a la pampa hosca e incomprensible, mustia y dolorosa como las Esfinges de Egipto, a la vuelta de muy escasos años se transforman en verdaderos espectros que parecen el bosquejo doloroso de un pueblo que debió de ser siempre

el más esforzado y viril de Sud América.

Hubiera Cirilo sobrellevado con resignación todos esos sinsabores, todas las amarguras que el destino le deparara alejado de su risueño terruño, divisara siquiera la perspectiva de economizar algunos pesos en su labor de galeote, para enviar una periódica ayuda a su familia, y para regresar después de un plazo indeterminado a su pueblo del sur.

Más hasta ese mismo trabajo que un día él aportara con los músculos firmes, y la sonrisa de juventud a flor de labios, en ese afán sobresaliente del pueblo chileno de afrontar el porvenir, se le hizo a poco ingrato, no solamente de la rudeza de la labor sino que particularmente por las dificultades que parecía de exprofeso se oponía a sus esfuerzos, y que acertadamente se pudieran llamarse hostilidades.

Por dos o tres veces trabajando Cirilo en calicheras que le producieran un buen rendimiento, cuando empezaba a palpar los efectos de su constante labor se le ubicó en terrenos qué, en realidad eran verdaderos tierrales. Estaba a punto de lograr sus sanos propósitos de mejoramiento económico, sentía latente todas sus fuerzas físicas y morales, soñaba con su independencia financiera, divisaba el porvenir risueño, cuando por el capricho de un corrector o de un jefe de pampa que quizá tuvo envidia de su pujanza, de su juventud viril, se vió desplazado y hubo de resignarse por largos días a una labor incompensada, mientras sentía a su alrededor un ambiente de injusticia y en parte de estímulo intolerable. Muchas veces en el desierto desolado, mientras por su frente juvenil corrían gotas de sudor angustioso alzó sus puños al cielo y pensó, si en verdad la justicia de los hombres es nula, siquiera debe existir una Providencia, que ampare a los humildes que ofrecen toda la savia generosa de sus esfuerzos y de sus sentimientos, muchas veces para labrar la fortuna de seres cuyos espíritus además de estar lejos de toda noción de humanidad, y que ni tampoco han nacido en este noble suelo de Chile.

Al caer de una tarde, terminaba su ruda labor al regresar al campamento, Cirilo, mientras se dirigía a su pieza con sus herramientas al hombro, razonando se dijo: Me voy del todo de estas pampas donde todo es angustias, así mi vida dejará de ser tormentosa, y quiera el destino que en otro punto sea más humana. Recordó vagamente aquella conversación que una noche tuviera con su viejo camarada Cipriano en la fonda de la oficina, en esa hora de amargura y de desolación sintió que la flor de la amistad venía a flotar en su espíritu, pero huellas tan hondas habían dejado en su espíritu y en su cuerpo las pesadumbres y las miserias, que una sonrisa que más era un ríctus de amargura entreabrió sus labios, al recordar la canción campesina que silvara aquella noche de la entrevista al digirse al

campamento, el corazón impregnado de optimismo por las palabras rudas pero afables del viejo camarada del pueblo del Ñuble.

En esa hora decisiva que para él se habría un horizonte oscuro, sentía también renunciamientos, y quizo con la valentía de un joven león que mece su melena bravía a todos los vientos del desierto, seguir su destino cual su estrella le fijara, renunciar a la amistad del amigo que pudo compartir sus infortunios, y en ruda peregrinación esperar lo que la suerte le deparara.

Al caer de la tarde siguiente, Cirilo con su modesta bolsa de ropa al hombro y una botella de agua se lanzó a través de la pampa hosca y sombría, que bien podía ser su tumba, o en caso imprevisto abrirle sus puertas como un nuevo Eldorado. Tras penosa caminata llegó a la oficina Lina, donde logró colocarse igualmente de particular, debido a la suerte suya de que la ponderada lista negra no había rezado con él, por no haber tenido mayores incidencias con sus jefes inmediatos en la oficina María.

Más tampoco la suerte le fué favorable en dicha oficina, por explicable razón de que los sistemas de trabajo y el tratamiento para los obreros como en tácito acuerdo son uniformes en toda la región del salitre.

Sufrió iguales expoliaciones en las calicheras en cuales se le ubicara, la vida era igualmente costosa, muchas veces no tuvo ni para comprarse un par de calamorros, otras tantas por razón de que no se

pagaba correctamente la extracción ni el carretaje. Sintió que el hambre hacía presa en sus entrañas, las mismas hostilidades que experimentó en la oficina en la cual iniciara sus labores pampinas. He ahí que optó entonces por seguir su vía-crucis trasladándose a la oficina Rosario del cantón Aguas Blancas, en cuya travesía de ese enorme trayecto Cirilo caminaba con la cabeza gacha, sus pies manaron sangre, y como un atenuante a su martirio de vez en cuando levantaba su frente y extendía la vista al trasmontar el suelo ingrato de esos cerros que se presentáran en su camino, los cuales eran de una esterilidad aterradora sin árboles ni arbustos, por lo que nuestro hombre pensó más de una vez en perecer de sed, o por un frío intenso en la noche rígida de la pampa. Abismado en tan tristes reflexiones, caminaba bajo un sol ardiente, empujado por el ideal de una mejor suerte. A su paso sobre un terreno accidentado una sorpresa invadió su espíritu encontrándose con unos despojos humanos, osamentas blancas que parecían calcinadas en breve tiempo bajo los rayos candentes del sol abrazador. Esas osamentas yacían sobre pequeñas excavaciones, las cuales tenían la característica de haber sido hechas por esos desventurados, sedientos de encontrar agua en los estertores de la muerte. Nuestro protagonista observó esas osamentas y en su interior se dijo: he ahí a las víctimas en el suplicio de Tántalo, y sin más que esto volvió la cara y siguió su camino. Varias horas

después llegó al referido ingenio; y donde para mayor pesadumbre la suerte no le fué más favorable.

Al empezar este artículo presentábamos a Cirilo después de ocho meses de rudo faenar. He ahí que nuestro joven protagonista después de aventuras incontables, y de ser víctima de dolores puzantes o agudos con motivo del mal trato que recibiera de sus jefes inmediatos en la oficina Rosario — a quien los trabajadores llaman la cárcel — había llegado a la oficina Francisco Puelma, halagado por los datos de ciertos trabajadores; quienes le decían que las condiciones de trabajo y el tratamiento del operario eran allí más benévolos.

La tarde de aquel día de su llegada se dirigió Cirilo a la fonda, después de ubicarse en la pieza que le indicara el sereno de la oficina, un hombre con toda la similitud de un juez de campo o de un mandoncillo de arrabal. He ahí que vuelve a encontrarse con una inesperada sorpresa. En el momento en que apurado consumía un plato de frejoles que los consideraba de los tiempos antidiluvianos por su grue-

sa coraza, sintió una voz que llamó vivamente su

atención, decía así:

—Pero oiga patrón, no le igo que mi libreta me la arreglan mañana, por qué no me pone otro litro cuando yo le estoy ejando casi too el prouto del trabajo, — Benti boga, — ya pidió demá pu iño y si querís te la hago con un trago pa que no siai cargoso En ese momento se para Cirilo, y con gran entusiasmo abriendo los brazos se acerca al punto de la discusión diciendo:

—On Cipriano, usté puaquí como los volvimos a encontrar. Venga a sentarse conmigo y vamos a platicar la amistá un rato acompañada de unos buenos tragos.

Don Cipriano abrió tamaños ojazos, y retribuyendo un fuerte abrazo a su joven camarada exclamó a su vez, en medio del asombro y mal tenida satisfacción del fondero al ver que llegaba un nuevo cliente.

—Venaiga Cirilo, la suerte de nosotros, que siempre tenimos que toparlos. No te ecía yo que no te alejárais porque en toas partes tenías que hallar la mesma utopía. ¡Ya me estaba este bógate sacando los choros, a tiempo llegastes vos a librarme de este lío. Cuéntame que ha sío de tu vía por esos mundos, y por qué te alejastes sin despeirte de mí?

Sentados ambos ante una gran mesa como para dar cabida a cincuenta comensales, y mientras los demás concurrentes del establecimiento proseguían las conversaciones que habían interrumpido ante el incidente momentáneo producido, llegó el fondero con un jarro de vino, un cubierto y otro plato que colocó frente al puesto de nuestro joven protagonista, retirándose después de dirigir unas frases zumbonas al viejo Cipriano y otras de halago al nuevo comensal que llegaba a su casa.

Después de breves frases de comentarios, Cirilo se expresó en los siguientes términos:

-La pura verdá on Cipriano, que usté tenía toa la razón cuando me ecía que por estos mundos la vía era muy aporriá por onde uno enrielara los pasos. He andao por un seremil de oficinas y en toas partes a uno lo tratan como si fuera un tipo caío de otro planeta, y no de carne y hueso, y que tiene ne-cesiá igual que toos los mortales. Qué más le iré que he estao en esa oficina que llaman la Lina, y onde cambian los operarios lo mesmo que un jutre cuando se remúa camisas, y también después de una penosa caminata estuve en la famosa oficina Rosario. a la cual le llaman la cárcel, nombre bien merecío por cierto, on Cipriano, porque le aseguro a usté que hasta los suspiros y bostezos quean allí prisioneros. Y en toas partes he encontrao las mesmas hostiliaes en el trabajo, sin que uno tenga la menor probaliá de reunir unos centavos para volver a su queria tierra.

Don Cipriano miró con expresión de simpatía a su joven amigo, se llevó la mano a la encanecida y luenga barba que le llegaba hasta el pecho, llenó de vino los dos vasos y ofreciendo uno al mocetón exclamó filosóficamente:

—Mira Cirilo, si todas estas cosas no van a terminar nunca mientras nuestros gobernantes no vengan por aquí a poner orden, — yo creo que nuestro Presiente que es el salvaor del pueblo, puede obligar a toos estos extranjeros a que traten al hijo del pueblo chileno en forma más humana — pero eso podrías verlo tú o la juventud nueva que llegue por estas tierras, que tanto costaron conquistar a los bravos soldados de la otra época. Pero te iré que a mí ya me ha llegao a crecer la patilla de tanto esperar que se ablande el corazón de esta gente de puaquí: Así que te propongo que en la primera ocasión arreglemos los monos pa que nos bajemos al puerto y las raspemos pal sur.

Cirilo escuchó con la mayor atención las observaciones que le hiciera su viejo camarada, y después de brindarle un trago, replicó lo siguiente:

—Precisamente on Cipriano estaba pensando yo lo mesmo que usté, yo traigo unos (\$ 200.00), que he lograo reunir con cien penurias, y como por el boche que tenía usté enenante con el bógate de esta fonda, llegué a percatarme que se encuentra usté más pobre que las cabras, le voy ha ayuar pal pasaporte hasta la tierruca, que allí usté me los devolverá como las circunstancias se lo permitan.

Se produjo entonces un fenómeno curioso pero muy explicable. En la anterior conferencia en la fonda de la oficina María, había sido el viejo campesino don Cipriano quién diera la voz de aliento a su joven amigo, y éste otra ocasión le devolviera con creces sus frases de ánimo. Se desprendió una lágrima de los ojos del viejo trabajador pampino, la cual fué a perderse en su enmarañada barba blanca, y alzando su vaso lleno hasta el borde de ese vino adulterado que mitiga las penas a la vez que enve-

nena al pueblo trabajador, exclamó con voz ronca

por la emoción:

-Mira, chiquillo, yo fuí amigo de tu padre desde que ibamos a la escuela, desde muy pequeño, y después correteábamos mataperriando por los bosques cerca a la hijuela del patrón, y siempre le ví el corazón más sano que el agua cristalina de los ríos y el alma tan blanca como esa nieve que en las mañanitas temprano se nota que cubre como una sábana blanca las montañas; y tú chiquillo como buen ca-chorro ni tú que conmigo fueras tan cumpa, habéis hereao toos esos sentimientos tan levantaos que forman al hombre güeno. Los vamos hijo mío a tirar otra vez el trigo en esos campos fecundos y generosos, aonde se levantan las espigas doraas que dan el pan sabroso, donde el hombre puede tener su techo hospitalario y donde sus hijos se crían sanos y robustos para el bienestar y grandeza de la patria. Todas las lágrimas que pueden erramar millares de obreros no podrán hacer florecer un pequeño sentimiento de piedá en estas pampas desolaas, que parece que no fuera ná de nuestro querío suelo, sino una región extraña donde a uno se le mandara a pagar culpas que nunca a cometío.

Yo te ecía Cirilo en la oficina María, que habías hecho bien en no traer a tu mujercita por estos mundos, porque aquí no hay Dios ni ley ni respeto, ya ves tú como mejor que hayas pasado solo toas tus penurias, porque los hombres de estos desiertos no son como los cóndores de nuestras montañas que luchan frente a frente con el enemigo, y que tienen la nobleza de respetar ha aquel que está vencido, si no que como los cuervos que se ensañan en los despojos de los vencidos y no paran hasta arrancarles los ojos.

Había escuchado Cirilo las anteriores reflexiones con su cabeza de negra cabellera apoyada en ambas manos. Al terminar su amigo, con la manga de la cota se limpió sus ojos humedecidos y dijo así:

-Sabe usté on Cipriano que no me he acobardao ante uno ni ante diez hombres, pero frente a todas esas nubes preñadas de amenazas que parecen descolgarse sobre quién está dispuesto a luchar con valor y con entereza, prefiero dejar este camino tormentoso y que volvamos a nuestras rucas donde nos espera la familia cariñosa, y donde podamos luchar en mejor forma por el porvenir de Chile. La pura verdad on Cipriano que cuando lo ví yo a usté emocionao como un chiquillo, sentí un no sé qué en el corazón, y pensé que los hombres bravos de mi tierra, aquellos que saben derribar selvas enteras al golpe del hacha, y esos que luchan frente a frente con los jaguares más escondíos ya se van acabando; pero después, viejo amigo, pensando en toas las iniquidades que sufre el chileno en estas tierras ingratas; que nunca podrán ser suyas ni con todo el derroche de su sudor y de su sangre, y cuando usté me puso frente a los ojos la visión del lejano hogar y de la tierra querida, sentí un aletazo de recuerdo en el corazón y vine a comprender por qué usté llegaba a emocionarse.

—Nos vamos on Cipriano, antes de ser unos más de los tantos que han dejao sembrao sus huesos en estas pampas áridas e ingratas. Vamos, como usté dice, a comulgar otra vez con la tierra bendita y generosa que compensa los esfuerzos del hombre que la comprende. Es verdá que ejamos aquí gran parte de nuestra existencia perdida en una labor ingrata, pero siquiera usté salvará su ancianidá que precisa el reposo al lado de los suyos, y yo llevaré aún mi juventú vibrante pa librar nuevas campañas por los míos y por la patria.

Ambos se miraron un momento en silencio, se estrecharon vigorosamente las manos y absorvieron el líquido que llenaba sus vasos. A continuación don

Cipriano dijo:

—Has hablao bien muchacho, y hay que marcharse. Es la única salvación; bien sé yo que hasta el último momento tendremos que ser sacrificaos. Figúrate que hasta las libretas del seguro obrero en las diferentes oficinas onde he trabajao no me han sido puestas al día, y en otras al alejarme se me ha dicho que las cobre en la oficina del seguro local en el puerto. Pero todo es preferible antes de seguir en una situación de vida insoportable para todo ser humano, con excepción de unos pocos que puaquí les ha sonreío la suerte.

Después de breves momentos más de conversación, en las cuales removieran sus incidencias en el faenar diario y recordarán las gratas emociones de su pueblo del sur, ambos trabajadores salieron de la fonda, Cirilo dando su brazo nervudo y robusto al viejo Cipriano, que por cierto en esta ocasión no era el más optimista y levantado como en aquella escena de la oficina María, si no que por el contrario, parecía precisado de impregnarse en algo de la valentía y de la fuerza dinámica de aquel rudo mocetón, que aquella noche lleno de una fé ingenua se dirigiera a través del campamento silbando una melancólica canción campesina, y confiado en que tenía el porvenir seguro en sus puños viriles y en su corazón bien puesto.

Al día siguiente previa las tramitaciones del caso, ambos obreros se preparen para bajar ha An-

tofagasta.

CIRILO Y SU CAMARADA RETORNANDO A SU PUEBLO NATAL

Decíamos que nuestro protagonista con su compañero, amigo y coterráneo, ambos con la energía que se requiere para luchar con la vida cara a cara, retiraron su proa visionaria de ese desierto mistificador para tomar el tren ha Antofagasta.

Era uno de esos días de invierno en el que azotaba un fuerte viento, por lo que la tierra polvorienta de la pampa remolineaba formando espirales que parecía se elevaran hasta el infinito, momentos en que nuestros viajeros salieron de la fonda de la oficina Francisco Puelma, y se dirigieron a la estación. En el trayecto encontraron varios conocidos trabajadores de pampa ciñendo la característica cota. Cada cual les decía. Adiós ño Cirilo. Adiós ño Cipriano, que vayan con buena suerte para que no vuelvan más a estos peladeros, ambos contestaban dando las gracias sin volver la cabeza. En la estación se encontraron con un grupo de obreros esperando la llegada del tren de bajada. Unos para saludar al amigo en viaje. Otros en demanda de hacer algún encargo. Por otro lado algunas mujeres de mirada lánguida y cara paliducha acompañadas de muchachos enclenques que hacían de changadores. Esas mujeres ofrecían en venta refrescos u otras golosinas a fin de ayudar al sostén de los suyos.

Breves momentos después de la llegada del tren, ambos camaradas tomaron asiento en el extremo de

un carro.

La locomotora dió un estridente pitazo, y rugiendo como una bestia brava que a desgana y por rigor ejecuta su trabajo, se puso en marcha perezosamente sobre su angosta y curvilínea vía, dejando atrás a millares de esforzados luchadores, los cuales siempre estaban soñando con la conquista de una vida más llevadera.

Junto con ponerse el tren en movimiento nuestro mocetón sintió un vuelco de tristeza, y en su interior se decía: ¡Ay, Dios mío! ¿Cuántos serán los que quedan en estas tierras ásperas e inclemente llevando una carga pesada, y en lucha titánica con la vida cruel de este desierto? ¡Ay, desdichados! Algún día el cielo se encargará de algunos de ustedes para oir vuestras quejas sepultando vuestras extenuadas carnes, ya que no hay ningún hombre en estas tierras que alivie vuestros males.

Luego en su imaginación vislumbró una luz irradiadora de esperanza la que parecía decirle. En los campos sureños seguid luchando que pronto la vida se te hará más llevadera. En esos momentos se sintió fortalecido por una voluntad de acero, para encarar todas las circunstancias hasta conquistar una vida más humana que desde tanto tiempo anhelara.

Cipriano con la vista inclinada, y los codos apoyados en las rodillas se tomó la cabeza con ambas manos, y mirándose su luenga y encanecida bar-

ba en sus adentros decía:

—Qué suerte tan cruel la que el destino me deparó en estas pampas ingratas, haciéndome perder los mejores años de mi juventud. Y su imaginación llegó hasta cruzar a través del espacio dorado de sus pasados juveniles en su pueblo natal. Fortalecido un poco en su espíritu, se decía: Aún me quedan energías, con las que seguiré aventurando en lucha cotidiana en una tierra más humana, hasta conquistar mejores días para mi vejez.

Llevaban algunos minutos de viaje, cuando ambos compañeros cambiaron una mirada significativa de alegría, sacando cada cual segundos después la cabeza por las ventanillas del coche, para lanzar sus últimas miradas al desierto hosco con su tierra que en algunas partes a jirones parece que ha sido besada por un cielo de fuego.

Ambos camaradas casi a un mismo tiempo volvieron el cuerpo a su posición normal, siendo Cipriano el primero porque le pareció ver salir de entre un lago o archipiélago, un fenómeno formado por el aire movido y sutil, éste tenía la semejanza de un ogro, el que por su forma amenazante parecía decirle, en otra vuelta por acá de mis garras no te escaparás.

El mocetón con una sonrisa franca de esas que caracteriza al hombre sincero cuando el alma ríe, trata de atenuar el pasado triste de su compañero y le dice:

—On Cipriano, agora sí que me siento recontento porque voy ejando atrás estos pelaeros donde hasta las cabras sienten el mortal calor del hambre en las tripas.

—Qué te iré yo, noble Cirilo, si a tu lao voy más felicucho que un chiquillo mamando en los

brazos de su maire.

En el trayecto ambos compañeros venían charlando alegremente, cuando zas, el pitazo de la locomotora anunciaba su entrada a la estación Baquedano, sitio de recurso donde los viajeros que van al sur o al norte, vía longitudinal, compran su almuerzo y demás artículos para el viaje para matar el hambre en la larga travesía del desierto.

No bien el tren detenía su andar de tortuga, cuando nuestro mocetón dice a su camarada: Aquí on Cipriano espéreme un momento, voy a comprar algunos sánguches y unas dos botellas de mosto, pa que en el viaje vamos echando al olvío nuestras pasaas penaliaes. Güeno, muchacho, apúrate que vengan luego los sánguches porque tengo más hambre que un tiburón encaletao. Momentos después Cirilo volvió con su paquete de provisiones, el que fué abierto y su contenido devorado con la ansia de ambos mientras el tren seguía rodando.

—Benaiga chiquillo, dijo Cipriano, cuando la fatiga del estómago la sintió abandonada, hasta el pan con cebollas es bueno pal ambre, la carne me pareció estar un poco olisca, por eso la ejé a un lao. A mí me está doliendo la barriga on Cipriano—repuso Cirilo—pero pa este mal ¿No hay remedio? ¡Oh! sí muchacho, contesta el interpelado,— un

trago.

Mientras ambos bebían, acertó a pasar el mozo del tren ofreciendo al destajo almuerzo, vino y cerveza.

—Traiga dos tazas de caldo y una botella de mosto del corriente, dijo Cirilo,— on Cipriano, hay que calentar las tripas, dicen que el calor es vida.

Todo fué servido a paso de tortuga.

¿Cuánto se le debe? Preguntó Cipriano Nada más que siete pesos contestó el mozo. Cipriano con ojos que parecían abandonar sus órbitas dijo: Qué te parece Cirilo, la vida en esta región, este mosto no tiene más que el nombre de tal, pal sur no puede pasar su costo de cincuenta centavos el litro y

y sin bautizo, es recaro. El jutre que tiene la concesión de vender comida y trago en estos trenes, creerá que en estas pampas él está en California por la época del oro!—Voy a pagar on Cipriano, aquí no hay que protestar porque si no, así no más le digo—contestó Cirilo— mirando de reojo hacia el balcón del carro, y entregando los siete pesos de la deuda.

—Lo comprendo, querido muchacho— repuso Cipriano — por estas tierras la mayoría de los comerciantes son de un carácter especial, al comprador que le encuentran la cara fácil le cobran por la mercancía el doble y más del costo, lo mejor es doblar esta hoja, todos estos casos unidos a nuestras penalidaes nos servirán a modo de entremés cuando estemos con nuestros amigos pasando nuestras horas de alegría, bajo los frondosos sauces llorones en nuestra tierruca.

Mientras el tren seguía rodando por una hoz prolongada, y la locomotora con una avidez hambrienta tragaba y devoraba la angostura negruzca y cenicienta, esos viajeros charlaban de los parientes y amigos, y de esas alegrías que tendrían cuando llegaran a la oriunda y bendita tierra.

Había llegado la hora que, el tren se aproximaba al sitio en que los pasajeros pueden divisar las aguas del océano. Era también el momento en que los últimos rayos del sol teñían de púrpura el horizonte, para que en seguida las primeras luces artificiales alumbraran entre pestañeos en esa noche de un cielo encapotado y sin luna las calles de esa legen-

daria ciudad modelo llamada Antofagasta.

—Cirilo asomándose a la ventana, divisa el mar y dice — On Cipriano ya vamos a llegar, mire usté el mar, bendito sea Dios!—D'ionde habrá salido tanta'gua p'eharla aquí, dicen que la mar es viva y cuando está brava es traicionera ¿no?

—Así dicen, muchacho, que es viva y traicionera — contestó Cipriano — pasándose el pañuelo a modo de escobilla a fin de quitar el polvo depositado por el viento durante el viaje en el sombrero

y su traje.

—Cirilo, mirando el rancherío triste al costado de la línea y ha algunos niños descalzos y harapientos el traje de pordioseras de algunas madres pálidas y delgadas, "verdaderos asientos del bacilo de Koch", exclama—apuchas on Cipriano, en este pueblo parece que hay mucha pobreza! — Se dice que en esta población vive mucha gente a ración de hambre y, todo porque la vida es cara, carísima tomando en cuenta el jornal que ganan, y que también hay otros que viven de farsa y de apariencia— respuso su camarada.—En esta conversación el tren dió su último pitazo y entró a la estación.

Ambos compañeros con sus bolsas bajo el brazo, desembarcaron entre una muchedumbre de viajeros Cipriano por un descuido entre esa masa humana, abandonó un momento a su camarada, ya en la puerta de salida se dijo, ¡Caramba! Aquí me pe-

lotió la gallá pa ofrecerme hotel. Y así fué.

- -Pal Sol de Setiembre, pal Sol de Setiembre.
- -No iñor.
- -Pal Sol de Setiembre que es bien regüeno patrón.
 - -No le igo que no iñor.
- —Pal Buenos Aires, pal Buenos Aires caallero, es regüeno.

-Pal Colón que es lo mejor dice el otro.

-El Español, caallero, el Español, bien barato.

-; Por la maire, no le igo que no iñor! quieren hacerme el farol de ejarme tranquilo.

Este le ofrecía carreta para el equipaje, aquel coche, el de más allá le decía, mañana hay vapor pal sur patrón, tengo carreta y bote. Y a cada momento los ofrecimientos brotaban como callampas a raíz de un aguacero.

A todo esto Cirilo se le pone al lado, diciéndole, —ya tengo la cabeza mala yo también, arranque on Cipriano puaquí vamos bien, mi bolsa está en aquel coche y la tiene aquel joven que dice tiene una casa de pensión barata y regüena.

Cipriano rompió el círculo de corazones caritativos y se metió con su camarada en el coche. Y, a la pensión con mantel largo los niños!

Ya tarde de la noche mientras dormían, el sonido vibrante y clamoroso del Cuartel General de Bombas anunciaba un incedio. Entre la alarma de los de casa se levantaron ambos camaradas y salieron a la calle dirigiéndose al lugar del siniestro.

Mientras Cirilo entre el grupo de espectadores, contemplaba con asombro las llamas que brotaban con fuerza destructora amenazando las casas contiguas. Cipriano había puesto oido al siguiente diálogo:

-¡Cáspita, decía uno, que la casa del austriaco

estuvo a punto de quemarse!

-"Yo creo que le habría importado muy poco exclamó el otro. - Ese hombre dicen que tiene muchas propiedades y dinero en el banco, como muchos otros de sus connancionales.

-¿Así? - Exclamó el primero con ansias de continuar la conversación— ¿Y no encuentra Ud. algo extraordinario que algunos de ellos hayan he-

cho fortuna con suma facilidad?

-No hay nada de extraordinario en esto,replicó el interpelado.-Dicen que para algunos de ellos su fortuna toda la han obtenido en razón de su carácter, y otros deben no pequeña parte de ella a esas que llaman oportunidades. ¡Usted recuerda, hace más o menos 24 años a la fecha que la construcción de las oficinas salitreras unas en pos de otras, motivó la llegada de una montaña enorme de mercadería surtida en abarrotes y tejidos,- algunos de estos últimos muy apreciados-por lo que los patios y almanecenes de la Aduana se hicieron estrechos! He ahí, que mucha mercadería fué depositada hasta en las calles adyacentes. La escasa vigilancia y la poca y nada competencia en los encargados de entrega, dió origen no sólo a la pérdida del control de ella, si que también a robos con caracteres de escándalo, por lo que algunos de estos señores que se dicen ser hijos de la patria de Francisco José, habrían obtenido parte de lo robado a precios irrisorios.

-Pero hay algunos de éstos que poseen una cuantiosa fortuna,-replicó uno de los del diálogo. Ah! verdad, respondió el otro.—Se dice que uno de ellos llegó a las playas de Iquique hará 35 años más o menos, sin otro bagaje que la aventura, su traje imploraba lástima, parecía un mendigo, días después de su llegada vendía sandwiches en un canasto bajo el brazo, después pasó a ser mozo de hotel, de ahí, con ansias de sangre hebraica se instaló con una carnicería. Y hoy día posee tantos millones que es el inolvidable Mahoma de sus connacionales, con otros que también en ese y en este puerto, que uno de mozo, ese otro de vendedor de marisco, el de más allá de verdulero, todos estos en el afán de hacer pronto fortuna, emprendieron después toda empresa de sus conveniencias con lo que amazaron el caudal que hoy tienen.

—¡Entonces por lo que Ud. dice, ninguno ha llegado al país con capital efectivo!—repuso el otro.
—Hasta aquí, no conozco a ninguno, y varios que llegaron del vecino altiplano a esta región al olor de la riqueza emanada del salitre como buitres alrededor de la carniza, el capital todo, era la iniciativa quizá del hacer dinero bajo el peso de cualquiera circunstancia.

-Sin duda, usted conocerá a muchos de ellosinterrumpió su interlocutor.-Muy pocos mi señor,- respondió el de la narración. - He conversado brevemente con alguno de ellos y es gente que no me agrada, entre ellos hay algunos despachadores de menestras al por menor que ni siquiera se lavan las manos para expender los artículos que exigen higiene, además los encuentro de una ambición desmedida, presuntuosos, egoístas y mal educados, después he observado que miran a nuestros connacionales con desprecio tal, que parece que los creyeran tipos caídos de otro planeta, tal vez por un concepto erróneo sobre la valía de nuestro pueblo. Es indudable que entre estos extranjeros hay algunos decentes, aunque tal vez en muy contado número, porque a decir de las malas lenguas, varios de ellos no han sido otra cosa en su tierra que unos infelices pescadores, y hoy día en este hospitalario suelo se encuentran dentro de un círculo de vida bien vivida, y si por ahí hay algunos que se consideran pobres no querrán volver a su vida de miserables.

—¿Usted recuerda aquella época en que la administración de las oficinas salitreras de la Compañía de Salitre de Antofagasta pasó a cargo de algunos de ellos? — Pues entonces se notó la decidia y mala voluntad para los nuestros, porque al personal de empleados chilenos se le fué desplazando poco a poco, tanto en la pampa como en las pulperías, fondas u hoteles. — Y no hay duda que dentro de

la brutal ignorancia que ha algunos les caracteriza, hasta se crean que son de una raza superior a la nuestra. Sonriendo, lo que faltaba — repuso el otro -nuestra raza no está compuesta de desperdicios, es homogénea. Si tengo este último concepto-repuso el narrador,-es porque en este momento recuerdo aquel caso, un minuto de silencio, el cual hace poco tiempo impusieran sus representantes de la industria del salitre a todos los trabajadores de sus oficinas, en homenaje a la muerte de un famoso bógate, alto representante de la industria. Ud., comprenderá que ese acto de humildad impuesto al trabajador pampino estuvo fuera de derecho, tal vez aprovechando la ausencia de la justicia en esos parajes, en síntesis, eso constituyó un abuso de fuerza, por individuos que se creen capaz de imponerse en su faena por el hecho de que son fuertes, política que no puede ser honesta - ya lo creo, repuso el otro. — Ese silencio estaría bueno para recordar a uno de los más grandes héroes de nuestra patria, y no a individuos que han amasado fortuna especulando con el músculo e inteligencia del trabajadorcosas de gringos que se creen dioses-dijo el hombre de la narración

He notado — dice el otro — que los negocios de menestras al por menor están casi todos en manos de estos señores, como lo tienen los chungwá en aquel otro caracterizado puerto de Iquique, siguiéndole esta ciudad modelo en algunos negocios de carnicerías. — Sí, y no hay duda que los primeros

mantendrán acá por largo tiempo el monopolio de sus negocios, (hasta que una ley natural se interponga a este estado de cosas) porque es indudable, que las casas fuertes de sus connacionales aparte de darles buenas garantías, les den un tanto por ciento más barato que a otros que no pertenecen a su nacionalidad.

Por el momento, hasta aquí es cuanto puedo decirle sobre algunos de estos que tal vez estén soñando con su patria llena de islas y algún puerto en el Adriático.

Momentos después nuestros viajeros regresaron a la pensión. Pasado un momento, un hermoso día despuntaba en el horizonte. La mañana era fría, pero un sol acariciador iba bañando los altos cerros y las calles húmedas de la población.

Después de tomar cada cual un suculento desayuno, ambos amigos hicieron las tramitaciones de embarque para tomar un vapor rápido de la P.S.N.C. surto en la bahía, y que partía a las 10.30 A. M.

de ese día.

Llegaron al muelle con su bolsa bajo el brazo, se metieron en un bote, minutos después estaban a bordo apoyados sobre la baranda de popa, contemplando el panorama clásico que ofrece la ciudad con sus manchas de verduras y sus árboles de atrayente follaje que pueblan la avenida.

Mientras Cipriano había inclinado la cabeza para observar el verde cristalino de las aguas al costado del barco, Cirilo levantó la vista hacia los cerros mustios, cuya mirada fué transmontando poco a poco, y descendiendo, en su mente atrajo al recuerdo la tierra del martirio que hacía poco dejáran. Entre tanto Cipriano restregándose los ojos junto con suspirar penosamente le dijo a su compañero: — ¡Mira, Cirilo! te diré que esos cerros pelaos me causan tanta pena que me parece estar mirando aquellos otros que circundan a esa pampa trágica, cementerio de nuestra raza, por lo que te propongo bajemos al camarote para que durmamos un rato, así descansarán nuestros fatigados músculos mientras la nave se hace a la mar.

-Bien on Cipriano-repuso Cirilo-me creerá

que yo estaba pensando lo mesmito.

Bajaron las escaleras de popa y se metieron en su camarote.

Esos cuerpos extenuados, cansados con los trabajos agotadores del desierto no tardaron en quedarse profundamente dormidos. Ese sueño reparador fué para ambos como un escudo en el cerebro a fin de que no penetrara en éste a cada instante la avalancha de esas horas tristes que, la pampa terrorifica les produjera horas antes en su visión fatídica.

Después de varias horas que la nave iba rompiendo en alta mar las encrespadas aguas del océano, el pesado ruido formado por el chirrido al rozar de los eslabones de las gruesas cadenas, y el crugir constante de los engranajes del timón, las risas sonoras de los camareros de ambos sexos, hizo que nuestros viajeros despertaran en forma tan contenta, que cada cual sentía que el corazón le bullía de alegría.

Desde ese momento subieron alegremente a la cubierta charlando hasta el declinar de la tarde. donde en seguida contemplaron la llegada del sol al ocaso en medio de resplandores de fuego, y con esto, los atrayentes nimbos y otras pequeñas masas de nubes blanquecinas apelotonadas con laberintos dintornos formando el aspecto de una masa encefálica, todas ellas parecía que besaban la línea ondulante de las ciclópeas cimas en la alta costa recortada sobre el cielo en parte enrojecido. Por otra parte ese espectáculo esplendoroso y magnifico lo secundaba la ancha chimenea de la nave, largando al viento una ligera nubecilla de humo, la que hacía zigzaguear ha algunas gaviotas que con sus alas abiertas y su triste piar merodeaban en contorno de la nave hendiendo el límpido espacio.

Ese hermoso espectáculo terminó con la penumbra misteriosa de la noche, la cual envuelve la vasta llanura del océano y de la costa.

El viaje hasta Valparaíso fué feliz, sólo que la cama y la comida era tan mala que, ante la cual se podía volver todo pasajero delicado.

Tan luego pusieron pie en tierra ambos viajeros sin pérdida de tiempo se dirigieron a la estación, a fin de tomar el tren para llegar lo más pronto a la querida tierruca. Mientras Cirilo sacaba los pasajes sintió que una mano le golpeaba suavemente el hombro y una voz que le decía— ¡Pucha ño Cirilo por la maire!

Rápidamente cogió los boletos y volvió la cabeza; una alegría indescriptible se apoderó de su espíritu cuando vió a su lado a Pedro un amigo y coterráneo, compañero de correrías en su adolescencia, en un fundo cercano al domicilio de su padre. - Seguido de un fuerte apretón de manos, Cirilo exclamó: - Hola! ño Peiro, quiase usté puacá. -El interpelado contestó, me vine aquí en busca de mejor suerte, y hará cinco días estuve a punto de irme pal norte con un jutre enganchaor que parecía vichicuma, pero éste no iba pa las salitreras, iba pa unas minas muy mentaas que llaman Chuquicasmata de Antofregaste pa entro, me ofrecia pa principiar hasta 7 pesos el niño, yo vi la cosa mala y no aguanté el salto. Y aquí me tiene usté ganando \$ 6.50 pa barrer la calle, mientras tanto me encuentro otra pega mejor. Ayer no más ei sabío quesas minas son diuna poderosa empresa yanqui pero de esas judaicas, digo ésto por el bajo jornal que allí se paga. Y pensar los millones de dólares que gana esa compañía, fiúrese usté que el anteaño pasado, icen puallí, la libra de cobre les salió a un costo entre 4 y 5 centavos oro, y vendieron a 14, 16 y 18 y onde producen centenares de millones de libras al año, que enorme ganancia tienen ¿no?

Ya me lo figuro ño Peiro — repuso Cirilo — Y usté ño Cirilo, cómo es que anda tan repobre, tan

patillúo, y hasta con calamorros, que no se había

ido pa las salitreras a ganar harta plata.

—¡Oh! ño Peiro, en las tales salitreras he sufrío tanto que poco me faltó pa quesas tierras me sepultaran, salándome el cuerpo pa siempre, lo que hay allí es miseria y esnudés con motivo de tantas gabelas y de tan bajos jornales.

Pedro que había escuchado atentamente a Cirilo exclama — yo siempre he pensado lo mesmo, y no les he créido nunca a estos jutres enganchaores que icen que los 7 u 8 pesos son pa empezar y que después se pueden ganar doce y más pesos al jornal aliviaito, pa mi son puras patillas, puro cuento del tío, porque muchos de los que se han ido en estos últimos tiempos una gran parte han vuelto puaquí que dan lástima.

—Cirilo, no es pa menos amistá, fiúrese Ud. que pagan 7 y 8 pesos al hornal, y con una vida tan cara, y si uno pide una calichera aunque esta sea buena, de la noche a la mañana el jutre de la oficina si no se la quita le paga un precio tantiaíto pa que uno no pueda moverse tan luego.

-Pedro repuso. - Con esta nombrá a mí no

me llevan pal norte ni amarrao iñor.

Iba a continuar Cirilo narrándole a su amigo su triste odisea a través de la pampa, a tiempo que el pitazo de la locomotora se interpuso con su anuncio de partida.

-Pa otra vez le contaré ño Peiro mis aventuras pua quellas pampas, dice Cirilo a su amigo, despidiéndose con un hasta luego, seguido de un fuerte abrazo.

Mientras el tren se alejaba de la estación, Pedro quedóse un momento cruzado de brazos y en sus adentros decía: ¡Apucha de la que me he librado! con no haber aceutao la carnaita que me tiró el jutre. ¡Y qué suerte tienen estos enganchadores con sus paliques, pa llevarse tanto inocente pal norte! ¡Pobre Cirilo! si parece un mendigo.— Qué dirá on Pacífico y ña Restituta con la Blanca Rosa cuando lo vean en esa traza de espanta pájaros en compañía de su camarada con cara de presidario, sin duda por los arañazos que da la suerte cruel en esas pampas. Momentos después continuó su labor.

Al día siguiente después que nuestros viajeros partieron de Santiago, se descargó una lluvia torrencial acompañada de esas tormentas que la atmósfera en su época descarga en esos parajes.

Cipriano con faz alegre contemplaba esa tempestad la cual no la observara desde sus años juveniles. Por otra parte recordaba los dulces y tranquilos días que pasara en su adolescencia al lado de sus progenitores. Entre tanto Cirilo se decía: Güen dar que dirán mis padres, mis hermanitos y la Blanca Rosa, cuando me vean en esta traza de pordiosero en compañía de on Cipriano, creerán a primera vista que somos unos degenerados, ya les diré la causa de nuestra pobreza.

Mientras nuestro hombre pensaba de este modo, doña Restituta apenada y entre lloriqueos decía: Mira Pacífico, qué te parece, qué le pasará a Cirilo que no escribe en tanto tiempo que anda por esas salitreras. ¡Me parece que el corazón me avisara que este muchacho ha sufrido muchas penalidades en aquellos mundos!

Pueda ser que así sea, señora,—contestó don Pacífico,—pero si le ha ido mal, el chiquillo no es de los que aguanta muchos pelillos en el lomo, y ya verá que luego lo tendremos puacá.

Entre tanto el tren seguía rodando después de

dejar y tomar algunos viajeros en las estaciones.

Al declinar de esa tarde borrascosa, la locomotora dió un fuerte pitazo, era el de llegada a la estación de la bella ciudad de Chillán.

Ambos viajeros con ansias de estar pronto sobre esa tierra generosa, desembarcaron rápidamente, y tomando un coche se dirigieron por la carretera a la Villa.

Mientras avanzaban, de improviso vino la calma, y la naturaleza dadivosa les presentó su cielo azul, sus campos encantadores tapizados de frondosa yerba cruzada por arroyos de agua cristalina, todo lleno de poesía invitándoles a una nueva vida.

El viejo Cipriano contemplando ha ambos lados del camino la campiña risueña, decía en sus

adentros:

-¡Qué hermoso es esto!

Todo estaba tan en calma qué, sólo de vez en cuando un pequeño intervalo producido por un movimiento lento agitaba los árboles gigantes y frondosos, el que también parecía besara a la par las gotas de cristalinas aguas que la pasada lluvia depositara en los cáliz y sépalos de las flores silvestres de esos campos, y en las verdosas hojas de las plantas acuáticas a lo largo de los canales de regadío.

En otros momentos, mientras algunas bandadas de pajarillos cruzaban el camino con trinar alegre, otras descansaban sobre la yerba de verdor exuberante entonando sus cantos melodiosos, como dando gracias a esa naturaleza benévola, cantos que se mezclaban con el mugido de las vacas, el bramido de los toros, el balar de las ovejas, el relincho de los caballos y el canto lejano de algunas aves de corral.

La cruzada de Cipriano por aquel paraje sonriente con su sol vivificante que esa tarde clásica
le presentara en su declinar, le hizo experimentar
una sensación de tanta alegría qué, le parecía tener
las mismas energías que tuviera en sus años juveniles. Y mientras esos efluvios de vigor le invadían
su alma, él se iba diciendo, hoy soy feliz, porque en
breve estaré al lado de mi Filumena, ya me encuentro entrando a un polo de vida opuesto al del martirológio dejado, porque aquí la naturaleza húmeda
de estos campos bondadosos con su sol acariciador,
no sólo da alimento al cuerpo si que también al espíritu sin mucho sacrificio.

En los momentos que el carruaje se acercaba al ruiseño hogar de nuestro protagonista, con motivo de la escampada, los padres de éste, sus hermanitos y hasta el fiel guardián, un hermoso mastín mimado por Cirilo desde cachorro, se encontraban en el corredor de la casa, todos con la faz alegre parecían hacer reminiscencias de los clásicos nimbos de esa tarde.

Por otra parte, mientras don Pacífico contemplaba al despejado firmamento con su titilar de las estrellas y la salida de una luna hermosa, cuyos rayo parecían acariciar las frondosas alamedas de esos campos, el perro que había sentido el chapotear producido por las pisadas de los caballos en la carretera semi-inundada por la lluvia, a grandes saltos avanzó dando ladridos a través del camino. De improviso éste calla.

Doña Restituta dice a su marido: Mira Pacífico, hace rato que he estado por decirte que sientuna alegría tan regrande que vos no podrías imaginar. — ¡Apucha! Yo te iba a decir lo mesmito, le respondió don Pacífico,—papaíto y el Punch no la-

dra, dice uno de los chicos.

De repente divisaron que el carruaje se detenía frente a la casa, e inmediatamente descendían dos hombres que a la par avanzaban hacia ellos por entre los árboles. Entre tanto el perro dando saltos como un felino, llegó hasta los pies de don Pacífico haciendo fiestas y meneando la cola, como diciendo vayan a encontrar a esos viajeros.

Don Pacífico lleno de alegría y como empujado por una mano oculta echó a correr seguido de todos, y mayor fué el contento de esos padres cuando divisaron a su hijo en compañía de su antiguo y caro amigo don Cipriano.

Se produjo un cuadro indescriptible de regocijo con un tanto de pena, en el que tomaron parte algunos lloriqueos al ver a su hijo y a su amigo con

sus trajes en estado lastimero.

Cruzaron el patio de la casa llevando de la mano don Pacífico a Cipriano y doña Restituta a su
hijo, entraron a la habitación y después de tomar
asiento, Cirilo con la voz ahogada en la garganta,
principia a referirles su triste odisea a través del
desierto trágico, en los intervalos que hacía nuestro mocetón, Cipriano refería una parte de su larga
cadena de penurias a través de los muchos años en la
pampa hosca e inclemente, y en una parte de su relato decía, a mí siempre la suerte me fué adversa,
y por un milagro de la providencia no dejé mi cuerpo sirviendo de abono para el futuro en esas tierras.

Y mientras Cirilo relataba su vida en el desierto a través de sus horas negras de improviso enfrentó al amplio patio de la casa un magnífico auto turismo con todo el escape de sus cilindros. Frenó delante de la puerta, y una larga acelerada a fondo llamó la atención de todos los de casa. Mientras todos salieron a la puerta, el chofer abre la portezuela y desciende Blanca Rosa, venusta, discreta y honesta aldeana, iba vestida de un impecable traje

con un vaporoso lila que a los rayos de la plateada luna la hacía más encantadora. Los hombros redondos y perfectos, destacaban sobre el fondo de la carne blanca y satinada la ténue redecilla azul de las venas que buscaban amoroso refugio en sus atrayentes axilas. Blanca principia a repartir sus saludos de amistad sincera en los ascendientes de su prometido, y termina con éste en amoroso apretón de manos.

Brevemente tomó asiento en un rincón de una humilde sala, y después de cambiarse algunas miradas significativas con su novio, conversaba con éste, y en sus bellos ojos se reflejaba la expresión de toda creencia en los exponentes que Cirilo le hiciera. Parte de la conversación fué en voz tan baja que nadie se dió cuenta de lo que se dijeron. Momentos después se despidió de todos con una alegría indescriptible para regresar al día siguiente.

Luego después don Pacífico haciendo reminiscencias de la vida de amargura de su amigo en el desierto le dice: On Cipriano aquí cesarán todas sus penurias, desde este momento le ofrezco un trabajo muy aliviado en una finca que he tomado en arriendo, y ya verá que no le faltará nada en com-

pañía de su mujercita mientras viva.

Cipriano sintió su corazón embargado en aquel hogar con el ofrecimiento de su noble amigo, y haciendo un breve recuerdo del cariño que ambos se tuviéran en la adolescencia le dice: On pacífico, desde niño bien comprendí a tu noble corazón

cuando correteábamos a través de la campiña, las bellas mariposas y los pajarillos de distintos cantares que en ella habitaban. Yo te prometo serte fiel servidor con los poco grados de energía que todavía me quedan. Y este tu hijo Cirilo, noble muchacho, él también con sus acciones generosas será mi otro acreedor hasta los últimos momentos de mi vida.

Después de beber algunos tragos del buen vino que en esas tierras se producen, esa misma noche Cipriano se despidió de aquella casa y siguió camino a la suya que distaba poco de la casa de su amigo.

He aquí como terminó la odisea de esos dos esforzados trabajadores que, a través del desierto no encontraron la remuneración en sus trabajos.

Tiempo después casaba Cirilo con su prometida Blanca Rosa, y vivían feliz en el seno de los suyos, con las caricias halagadoras de ese bendito pedazo de suelo que les vió nacer.

LAS INSALUBRES HABITACIONES OBRERAS

En realidad, jamás nuestros gobernantes se han preocupado de este problema de vital importancia para la raza, y el cual tenemos fé en que abordará de frente el actual Gobierno de la República en sus tendencias de bien popular. Las insalubres e imponderablemente defectuosas habitaciones de obreros en la región del salitre.



Nunca es más gráfica aquella consabida expresión de mataderos humanos que aplicada a las viviendas pampinas. En aquellos rancheríos, estrechos y destartalados, construidos de fierro galvanizado o de viejas maderas, fraguas en verano y verdaderos frigoríficos en invierno; esos titanes que son los esforzados obreros del salitre, van pereciendo a pausa, en lenta agonía. La realidad muy palpable y dolorosa es que la raza chilena que un día fuera orgullo del Continente Sudamericano, por su virilidad y pujanza, se va diezmando fatalmente, bajo la hoz de todas las epidemias que tienen en esas viviendas su prolífico gérmen y que arrasan con millares de vidas útiles e irreemplazables, así fueren con los capitales más poderosos.

Nuestros estadistas, los legisladores, los hombres de ciencia, los escritores y periodistas cuantos hombres buenos, sinceros y patriotas se han preocupado del porvenir y del bienestar de las clases proletarias, columnas éstas las más sólidas que sostienen al Estado, debieran abordar de una vez por todas este problema esencial para el devenir de

Chile.

Es en verdad una utopía, pensar en la constitución legal de las familias chilenas, en la dignificación moral del obrero y en su independencia económica, mientras existan esos cuchitriles tenebrosos de la pampa salitrera, martirio chino inconcebible, visión fatídica que pudo ocupar una página preferente en el Infierno del Dante. Cuatro calaminas agujereadas sostenidas por puntales forman esas famosas viviendas. Ni en las factorías del Africa Central, ni en las más ignotas de Matto Grosso del Brasil, pudiera encontrarse nada más inadecuado como viviendas humanas. Las excavaciones de los seres primitivos en la Edad de Piedra, fueron más cómodas y sanas.

Se dirá: ¿Pero no tienen las Compañías Salitreras su Departamento de Bienestar, a los cuales una ley social obliga adoptar de viviendas higiénicas a los obreros y velar por las condiciones de salud de éstos? Pura y simple teoría respondemos. Con el pretexto de cumplir la ley, se ha hecho una burda

parodia de ésto.

Muchas oficinas presentan una fachada vistosa, decorativa, llamando la atención de los santiaguinos y de las comisiones oficiales que han solido recorrerlas superficialmente, ponderando después su excelente construcción, en los agasajos suntuosos en el comedor y salón de la Administración, mientras se les sirve exquisitas viandas remojadas con licores y vinos generosos. Han recorrido también, las confortables habitaciones del personal superior de empleados, mejores que las de cualquier ciudad "modelo", bien amobladas, con estufa a calefacción, W. C. de patente, baños, etc. Más no observaron siquiera en rápida ojeada lo que ocurre en el campamento obrero, donde centenares de hombres, mujeres y niños, viven amontonados en aquellos cuartuchos tétricos que ya hemos descripto, piezas que no cuentan siquiera con piso de madera, pues, sobre la tierra salitrosa húmeda en la noche sobre gangochos, reposa la mísera gente su cuerpo fatigado por el rudo trabajo y las privaciones, ya que así se alberga a esa gente, debiera por lo menos establecerse que todo obrero enganchado en el sur, está obligado a traer a la pampa un modesto colchón y catre de los llamados de campaña.

Pero como medida esencial e imprescindible para evitar esta inaudita destrucción de la raza, debiera dictarse una ley concebida más o menos en los tér-

minos siguientes:

Ninguna oficina salitrera será autorizada para prender sus fuegos e iniciar la elaboración, mientras préviamente una comisión dependiente del Ministerio de Bienestar Social no baya informado como resultado de una visita ocular que dispone de campamentos bien acondicionados para albergar a sus obreros.

Porque es preciso arribar a la realidad de que el capital-hombre es ireemplazable, que nada podrá sustituirlo, y que por mucho que las industrias produzcan, con la eliminación de aquel, se llegará a la catástrofe irremisible.

En las poblaciones de todas las ciudades, se invierten muchos millones de pesos en disposiciones sanitarias. En tanto ellas no rezan con la pampa salitrera, verdadero campo pestilencial y mortífero. No son solamente las viviendas obreras inadecuadas los factores del mal. Es la ausencia de la higiene más elemental en los campamentos. Baste señalar que en la mayoría de éstos, ni siquiera se dispone de servicios de desagües y alcantarillado, y no sólo los hombres, si que también las mujeres se ven obligadas a alejarse algunas cuadras en la pampa aislada para ciertas necesidades fisiológicas. Se comprenderá las inmoralidades a que este hecho da margen.

El desaseo enorme y las aguas servidas arrojadas por doquiera, hacen brotar nubes de zancudos e insectos infecciosos, contaminados de fiebres y epidemias en la población. De ahí también proviene la pavorosa mortalidad infantil en la pampa salitrera, según acusan las estadísticas demográficas.

Las deficiencias de los servicios médicos, de boticas y sanitarios en general, completan esta obra de destrucción de un conglomerado trabajador tan digno de mejor suerte, y cuya salvación hay que

procurar por todos los medios posibles.

Hasta ayer de 70 oficinas salitreras más o menos en explotación, muy contadas eran las que mantenían sus campamentos en mediano estado de higiene y comodidad. Entre éstas pudieran mencionarse en el cantón a Bolivia, las oficinas Francisco Puelma, Chacabuco, Cecilia, Vergara, Brac, — en Tarapacá, — Vigo y algunas otras. En iguales condiciones puede considerarse el campamento grande de María Elena, ex Coya Norte, cantón de Tocopilla; pero en cambio el número de viviendas en algunas de estas oficinas ha sido sumamente reducido y en piezas estrechas habitan aglomerados y en inmo-

ral promiscuidad hombres mujeres y niños que an-

tes ni siquiera se conociéran.

En esa amalgama humana se rebajan todos los sentimientos de dignidad y pudor, y como complemento con frecuencia se producen incidencias y desórdenes que llegan ha asumir proporciones trágicas.

Y no se crea que esas deficientes habitaciones sólo existan al por mayor en oficinas antiguas, pues, la oficina María Elena siendo una de las más modernas mantuvo largo tiempo un campamento para obreros, cuya construcción además de constituir un atentado a la salud de los trabajadores, mantuvo en este mismo a muchas familias en una promiscuidad vergonzosa.

Meses después que ciertos órganos de esta provincia habían puesto el grito en el cielo, a raíz de esas insalubres y pestilentes habitaciones, tuvimos la oportunidad de informarnos de que la Compañía María Elena iba a contratar un ingeniero norteamericano, al efecto de que reconstruyera y ampliara los campamentos demoliendo el llamado "lata" y levantara allí viviendas higiénicas. Ha expresado el Gerente de esa gran oficina, que las aglomeraciones obreras se debieron al hecho de que nunca imaginó la compañía que se alcanzaría a contar allí con tan numerosa población; calculada en 15,000 almas, y es por ello que se construyó habitaciones sólo suficientes para la tercera parte de ese número.

Siguiendo el procedimiento que ha empezado en el gran emporio salitrero que hemos mencionado, debiera adoptarse un plan igual de construcciones obreras en todas las oficinas y hasta en sus campamentos aislados, donde también hay muchos de ellos con numerosa población. Pero para ello es indispensable como lo hemos manifestado anteriormente. que el Supremo Gobierno obligue a las diferentes empresas a llevar a efecto ese plan de edificación, pues, es ilusorio esperar que de ellas misma parta la iniciativa, dado que su única preocupación es explotar el esfuerzo del factor hombre, sin considerar en lo más mínimo su salubridad y bienestar, ni siquiera su conservación, que bien saben las compañías que los obreros que se eliminan o invalidan en las faenas, prontamente son sustituidos por otros partidos de ilusos contratados en ciudades y aldeas sureñas, y que llegan atraídos por ese espejismo fascinador de la pampa donde sueñan con encontrar la panacea maravillosa para todas sus miserias.

Compeler a las Compañías Salitreras a las necesarias edificaciones obreras, es tanto más necesario en razón de que el Departamento de Bienestar de cada oficina, jamás ha dado la menor importancia a este problema, siendo una simple pantalla opuesta a las leyes sociales que no se cumplen. Departamento de Malestar lo denominan gráficamente los trabajadores pampinos, con esa ironía y agudeza de un genio que en el hijo del pueblo sale a lucir aún en las situaciones más difíciles.

Es necesario adoptar en la pampa un tipo "Standard" y general de viviendas obreras, similar a los campamentos modelos de las grandes empresas industriales de Estados Unidos de Norte América; con piezas ventiladas y construidas con material adecuado al clima; con patio, baño de lluvia, servicio de desagüe, etc.

Es indudable que estas edificaciones demandarán crecidos desembolsos a las compañías, pero esas inversiones tendrían pronto una liberal retribución, con el mayor esfuerzo que el obrero albergado en buenas condiciones pondría en la faena, aumentando así la producción. Y por otra parte, por cuanto se librarían las compañías de los constantes enganches que se ven obligadas a hacer en el sur, para reemplazar a los obreros que por enfermedades originadas por las habitaciones insalubres de las oficinas parten a los hospitales de las ciudades próximas o retornan a sus pueblos de procedencia.

El día en que el obrero del salitre viva en condiciones humanas, en habitaciones higiénicas, donde pueda conservar su salud y la de su familia, se habrá también beneficiado enormemente el Erario Nacional y la Patria. El primero por cuanto economizará muchos millones de pesos en hospitalización y asistencia médica, de las legiones de trabajadores que contraen graves enfermedades en las antihigiénicas viviendas pampinas, siendo el terrible bacilo de Koch el que más estragos origina, pues, arroja un porcentaje del 85 por ciento de los en-

fermos de la región del salitre, que según las estadísticas oficiales, acuden en demanda de auxilio médico y económicos al policlínico y a la Caja de Seguro Obrero.

En seguida se beneficiará enormemente la Patria, repetimos, por cuanto se evitaría que todos los años centenares de hombres y mujeres, párvulos y adultos, todos sanos y robustos oriundos de los pueblos sureños vayan a perecer en la pampa trágica y desolada, turbando la serenidad del observador tranquilo al ver cómo perecen a montones los hijos de los trabajadores nacidos en cuchitriles destartalados, y afectados luego de raquitismo agudo o meningitis por falta de cuidados oportunos y de una alimentación racional.

Serían innumerables las vidas que se arrancarían de una muerte prematura, conservándolas para la mayor grandeza de nuestro país.

En consecuencia, el de las viviendas obreras en la región del salitre es un problema trascendental, de intensas proyecciones nacionales, de vida o muerte puede decirse exactamente, y su solución no debe retardarse por mayor tiempo.

EL SERVICIO MEDICO Y EL DEFICIENTE ESTADO SANITARIO

Al comenzar a escribir sobre este asunto de capital importancia, para hacer un pequeño exponente de lo que es el servicio médico y el estado sanitario de la pampa, tal vez el público bien compenetrado de lo que son estos servicios lo considere pálido ante la realidad.

Empezaremos por manifestar qué, el clamor constante de los trabajadores, unido a nuestras observaciones, nos da margen para decir que una parte de los doctores en sus atenciones acerca del servicio sanitario desde hace más o menos medio siglo en la región del desierto, ha demostrado ser hasta hoy asaz deficiente para con el infeliz caído, en el duro y agotador faenar de la primera industria nacional.

En las famosas ruinas de Egipto y Babilonia, las cuales datan de 3 a 4 mil años, donde se sepultaron cosas dignas de observación para los arqueólogos, éstos, desde hace luengos años han venido preocupándose con tesón, y en lucha titánica con los obstáculos de la naturaleza, a fin no sólo de descubrir esos admirables objetos de arte, si que también para recordar con todo respeto la fuerza divina y el enorme sacrificio que los hombres de aquella época se impusiéran, ya que no contaban con las herramientas que esas labores les exigían. Y es por eso, que sus descubridores han ocupado páginas enteras en la historia de la arqueología, para hacer reminiscencias de esa ciencia llevada a efecto por el ser más amado y perfecto que ha creado la Naturaleza.

Más por eso, todo aquel que haya dado una mirada a las industrias a través del mundo civilizado, habrá observado que cuando el factor hombre ha caído víctima de un accidente por enfermedad contraida en el trabajo, ha sido objeto inmediato de conmiseración de parte del patrono como del galeno encargado de mejorar el estado del morboso.

Sin embargo, nuestras pasadas gobernaciones nada han hecho en pro del mejoramiento sanitario del obrero y, que venga a organizar el servicio médico sobre una base más racional, a fin que se asegure la existencia de los que caen malogrados en la mustia región del salitre.

Problema es éste, y en el cual tenemos entera fé será abordado de frente por el actual Gobierno de la República, el cual tiende en toda su amplitud al mejoramiento de vida de todos los que amasan la

prosperidad y la grandeza de la patria.

Allí en esa pampa hosca y dolorosa, han sido trasplantados millares de obreros de los campos sureños en los cuales estaban acostumbrados a beber el agua pura y fresca, y en las oficinas del desierto inclemente se les ha dado a beber extraída de profundos piques en estado tal como se obtiene, otras pasadas por un condensador deficiente para eliminar la fuerte proporción de sales insalubres que contiene.

Por otra parte, el exiguo salario que recibe el obrero en pago de su penoso trabajo, y el alza considerable de los precios en los artículos de necesidad diaria, la costumbre del comer un grano fresco y carne en buen estado, y que esto último en muchas oficinas nadie se encarga de examinar, por lo que hasta los chinos se permiten pulular por las callejuelas de los campamentos de algunas oficinas ven-

diendo sus menudencias, quizá muchas de ellas en mal estado; el cambio brusco del clima debido a esas habitaciones que no tienen más que el nombre de tal y que ya hemos señalado, la inmensa montaña de polvo en forma de humareda que se desprende del caliche al pasar por las acendraderas invadiendo las fosas nasales y la tráquea de los trabajadores respectivos; la falta de ventiladores eléctricos en la fabricación del yodo a fin de evitar en parte ese olor asfixiante a los que ahí trabajan.

Todos esos factores contribuyen a pagar el primer tributo rendido a la nueva vida, porque con ellos se forma no sólo la enorme cifra necrológica de adultos, si que también la horrorosa de esos párvulos caídos bajo la terrible hoz de la consunción y de la tuberculosis. Ejército de caídos es éste qué, bien podríamos haberle llamado futuros baluartes de la patria.

Frescas se mantiene en nuestra memoria aquella época en que la indolencia de algunos doctores extranjeros llegó a lo indecible,—y por qué no decirlo también de algunos nacionales,—no obstante que todo trabajador en cada ingenio salitrero, contribuía con una parte de su haber para pagar a ese profesional indigno de ese título humanitario, como lo demostraremos más adelante. Y, aunque esa contribución no subía de 2 pesos, pago que el trabajador lo consideraba insignificante dentro de ese espíritu generoso y desprendido que a nuestro pueblo le caracteriza. Los primeros miraban con indiferencia tal al infeliz enfermo cual si hubiese sido un-indígena o un tipo caído de otro planeta— elemento indeseable dentro de una buena sociedad.

Por cierto que en esas boticas de los ingenios se daban los medicamentos, los cuales no tenían más que el nombre de tal. Esa deficiencia unida a la falta de desatención y, a la falta de jarabes generosos y de otros imprescindibles reconstituyentes, produjo más de una vez en el ánimo de los trabajadores un estado de indignación el cual era bien justificado.

Ocurría que en esas boticas el doctor suministraba los famosos medicamentos de su peculio, hecho por cierto, en desmedro de sus entradas, y como el odio era incontrarrestable de parte de los profesionales en referencia, las tales medicinas no eran otra cosa que pomadas sin valía, purgante baratos y algunas tomas incípidas, que más de una vez los enfermos rehusaban diciendo que aquello se asimilaba a la llamada agua del tiempo,—que se usa en la elaboración del salitre—por lo que se veían en la necesidad de comprar todo reconstituyente en la bocona insaciable de la pulpería, a precios exorbitantes.

Otro de los motivos de indignación en el ánimo de los trabajadores, era lo indocto en aquel que se creía procedente de la ciencia de Esculapio. Lejos de tan humanos conocimientos, se dijo que esos señores para curar una laceración le suministraban al paciente un papelillo cuyo contenido habría hecho reír a carcajadas a cualquier estudiante novato en medicina.

Eran los tiempos en que para recibir el título universitario de doctor, - como otros títulos, - no se necesitaba de esa inclinación que se requiere a fin de hacer un detenido estudio sobre la medicina, porque para ello predominaba la influencia social y política. Así el que había nacido con vocación de pequeño hortelano ya que no había hecho otra cosa que plantar ajos y cebollas, de la noche a la mañana estimaba más conveniente hacer un corto estudio para el curar de algunas enfermedades, con lo que se creía predestinado para médico, y, pechando y más pechando en la pequeña barrera, de un momento a otro ese medicastro se encontraba autorizado no sólo para diagnosticar la enfermedad difícil, sino también para amputar brazos y piernas, como si la profesión de médico no hubiera tenido ninguna importancia trascendental para la vida del cuerpo humano.

Eran los tiempos en que predominaba la mentira en el arte de curar, porque si un enfermo de simple resfrío buscaba al doctor, este considerando de su conveniencia le decía que el caso era grave, porque estaba próximo a una bronco neumonía, y como la curación la hacía con una sola receta,—ya que con ella adquiría la plataforma de la buena fama,—ese galeno con esa y otras curaciones que el público las estimaba como un milagro, pronto pasaba a obtener la reputación de buen profesional.

A río revuelto, los milagrosos en el arte de curar brotaban como callampas a raíz de un aguacero, y sin prescripción facultativa los charlatanes viendo el desacierto de algunos doctores, hacían su agosto, estudiando las aguas expelidas por los enfermos, haciéndoles creer que la enfermedad era una hechicería,—un mal impuesto— y que se hacía necesario conjurar algunos bichos que causaban el tormento.

Por otra parte, el profesional en el afán de hacer pronto dinero, abarcaba varias oficinas, — lo que se sigue haciendo hasta hoy — y sólo visitaba a los enfermos uno o dos días en la semana, quedando esos infelices el resto de ella al cuidado de un individuo, el que sin más práctica que saber pesar las drogas para hacer una mezcla y hacer los ensayes del caliche, se creía con derecho a competir con el doctor en el mejoramiento de un tuberculoso o de un accidentado.

Como se comprenderá la muerte en párvulos y adultos era segura, si los padres de éstos no tenían los recursos necesarios como bajarlos al puerto, o trasladarlos a un pueblo de esos de la pampa, donde había un doctor que gozaba de fama por su acierto entre gente sensata.

Después de largo tiempo quedó abolida esa cuota que pagaba el trabajador a esos profesionales, por lo que las Compañías Salitreras pasaron a contratarlos, pagándoles un sueldo que según ellos está en relación con los sacrificios que impone el empleo.

Para felicidad de nuestros connacionales, de esos facultativos extranjeros que miran con desprecio

la vida de los nuestros, hoy día son pocos los ocupados por los administradores de la industria del salitre.

A tiempo de insertar estas líneas y en conversación sostenida, al respecto, sobre la atención médica deficiente en algunas oficinas salitreras, un compatriota y humanitario doctor de un ingenio de Antofagasta en el Cantón a Bolivia, cuyo nombre estimamos prudente omitir, nos decía lo siguiente:

Lacónicamente hablando, considero bien poca la conveniencia para el buen profesional que viene a contratarse a estos establecimientos salitreros en los tiempos actuales, animado del mantener un buen prestigio entre el elemento trabajador, ingenios donde tal vez se estén amasando colosales fortunas.

Ocurre que algunos administradores no se dan cuenta — nos dice nuestro galeno frunciendo el ceño — de la árdua labor que se impone el buen médico en el cumplimiento de sus obligaciones, y de ello se deriva que en varias oficinas el médico esté mal remunerado, por lo cual ese profesional se vé en la necesidad de tomar varias oficinas a su cargo, a fin de hacerse un sueldo que le permita no sólo el nivel de una vida llevadera en sus horas de reposo, si que también como es lícito y lógico hacer un ahorro para el futuro, máxime para mantenerse a la altura e independencia de esos administradores que siempre están llorando pobrezas de las pequeñas utilidades que deja la industria del salitre, y que

probablemente sólo residen en su imaginación de miserables.

Ahora veamos por qué hay esa deficiencia en el

estado sanitario, nos dice el interpelado.

Después de las habitaciones insalubres, y de las aguas malsanas de consumo con las cuales se está diezmando día a día al pueblo infantil y adolescente, ocurre que el profesional después de haber perdido el tiempo en un recorrido de larga distancia, ya sea a caballo o en auto, entre una y otra oficina, y de llegar fatigado por el viaje donde ha tenido que soportar el calor sofocante del desierto, ese facultativo no hace más que visitar rápidamente a sus enfermos sin poder darse tiempo en un morboso de difícil diagnóstico, convirtiéndose en una máquina de rápido despacho de receta, y todo, a fin de ganarse el tiempo que ha perdido a través de la jornada. También muchas veces tropieza con el inconveniente que en la botica no hay los medicamentos que requiere el enfermo, y hasta un sitio donde hospitalizarlo; por lo que en la Ley 4054 no hay retribución, y sólo resulta una imposición para el obrero en el pago del 3 por ciento, más no para atenderlo debidamente en caso de enfermedad, teniendo que ser mal atendido en su domicilio donde la habitación, repetimos, es insalubre, estrecha e inadecuada, dándose con esto amplio margen al peligro de que el enfermo toque poco a poco el frío símbolo de la cesación de su vida, y es por eso que muchos enfermos tienen que recurrir en grupos a los policlínicos de los

puertos, después de haber hecho ellos o los dolientes un supremo esfuerzo para los gastos de pasajes, y tampoco sería raro el caso por las circunstancias anotadas que mueran algunos niños sin que el doctor haya dado el diagnóstico, atribuyendo el caso fatal de una meningitis a una infección intestinal

Doctor, interrogamos, hay trabajadores en algunas oficinas que dicen el facultativo les trata con

dureza.

Nuestro interpelado levantando la cabeza y con la mirada franca, rápidamente nos dá la respuesta diciéndonos:

-No dudo que hayan algunos doctores que sean déspotas y traten con dureza al enfermo, y hasta que se nieguen ha atenderlo, pero esto sólo puede ocurrir con algunos contados colegas sureños, porque siendo jóvenes y recién salidos de esa vida embrionaria que generalmente ofrecen los pueblos centrales del país, llegan a esta región con la sed del dinero como mariposas seducidas por la luz. Además en los locos desvarios de la juventud, sin duda, no se dán cuenta de la vida de penurias que lleva nuestro roto tan digna de mejor suerte en esta pampa inclemente. El peor trato para los enfermos, no cabe duda, está de parte del profesional extranjero, tal vez en parte por conceptos erróneos sobre la valía de nuestra raza, por otra, el no poderles entender a los enfermos su lenguaje con el cual expresan sus afectos, ya sea por el dolor o el sentimiento, como tienen todos los pueblos de cualquier país del

orbe. Y pensar que muchos médicos extranjeros continúa nuestro entrevistado — han hecho su fortuna junto con tratar con desprecio al hijo del país.

—Nos dirá, amable doctor, — repusimos — ¿Cual es la causa que algunas Compañías Salitreras contratan al facultativo extranjero para sus faenas?

El interrogado con su contesta a flor de labios, nos dice:

—Sencillamente, se les contrata porque se contentan con ganar menos que nosotros y, aunque ese sueldo es exiguo en pago de cada oficina que toman a su cargo, ellos se sienten felices, porque en su tierra nunca lo obtendrían, por más que hicieran desesperados esfuerzos.

—Además, no hay que olvidar que en esta región del salitre, si bien es cierto que, antes hubieron varios doctores que no cumplían con su deber, por lo que muchas veces se hizo comentario en algunos órganos de la prensa de esta región, columnas que repletas de esos anuncios decían de esa falta de atención médica, también por estas pampas han desfilado varios colegas y compatriotas los cuales siempre han sido recordados por el trabajador pampino con cariño y gratitud, tal como a Isidoro Urzúa, Almeida en Tarapacá, y otros en la pampa de esta provincia cuyos nombres por el momento no recuerdo, Miguel de la Maza en el cantón de Tocopilla, Grohner, Lautaro Ponce, Anguita y Díaz en Antofagasta. El doctor Anguita en su humanita-

ria labor fué secundado por Froilán Jerez, hombre de buenos sentimientos, el cual durante largos años ha prestado sus servicios como practicante en varias oficinas de esta provincia. Después tenemos en Taltal al popular doctor Olegario Olivares.

No está demás decir que los profesionales en referencia, han dedicado todos sus desvelos y atención al servicio de todos los infelices enfermos, visitándolos diariamente en sus casas del campamento, verdaderos padres por sus dotes de humanitarismo y caballerosidad, y por lo cual muchos corazones son santuarios de sus recuerdos.

Entre otras cosas que nos habla nuestro entrevistado, como para dar término a su entrevista, nos dice: Lo curioso es que después de todas estas deficiencias que afectan a la vida del obrero, en esta pampa trágica, no ha faltado por aquí un doctor que dándoselas de escritor liberal y conferencista, después de ser empleado en esta pampa, nunca hizo referencias de la vida azarosa y dolorosa y, que en lenta agonía va minándose la energía orgánica del trabajador pampino.

La labor árdua de nuestro entrevistado y el cansancio que reflejaba en su mirada, nos impuso a no seguir en nuestro reportaje, y a fin de que continuara en el cumplimiento de su deber, nos despedimos del amable galeno con un bien comprendido aprentón de manos.

Nosotros proponemos qué, para terminar con esa desorganización y el mal estado sanitario, es de necesidad imprescindible lo siguiente:

- a) Todo doctor contratado para esa faena, debe ser chileno, hombre de buen carácter y que tenga la persuación que su profesión es de humanitarismo. Además, los industriales salitreros debieran contratar una matrona por cada oficina u campamento aislado, ambos rentados en buena forma y con toda la facilidad que sus labores les exija para el buen desempeño de su cometido.
- b) Exigir por medio de una ley que toda Compañía Salitrera construya un hospital en cada oficina, y aún en sus campamentos aislados donde hay una numerosa población. Esos establecimientos se construirían con todas las condiciones higiénicas que requieren los de esta índole. Un servicio de medicamentos completo es de necesidad imprescindible a fin de establecer a la brevedad posible la salud del infeliz caído, al revés de lo que hoy ocurre, pues, hay oficinas que tienen sus campamentos aislados con numerosa población, con una botica que no tiene más que el nombre de tal, por lo que el enfermo para obtener un tónico o jarabe generoso, tiene que recurrir a la pulpería y pagar por él un precio exorbitante. Esto aunque son casos aislados, pero indigna el poco interés que hay por la vida del obrero.
- c) También debiera crearse en cada cantón salitrero, por cuenta del Fisco, en sitio conveniente,

un hospital y un policlínico a cargo de uno o dos médicos especializados, a fin de mejorar una buena parte de esa multitud de enfermos de ambos sexos atacados del contagioso y terrible mal de la tuberculosis, cuyo conglomerado abarca millares de habitantes.

Y ya que de males se trata, muchos encontrarían alivio en esa enfermedad devastadora y de mayor repugnancia social que llamamos gonorrea, la cual en corto tiempo hizo centenares de víctimas a raíz de la descabezada Ley Long. Pues siempre hemos oido decir que muchos enfermos que carecen de recursos, no pueden bajar a los puertos a buscar curación en un especialista.

Con estas medidas profilácticas se evitaría la propagación de estos males, o que se hicieran crónicos, no sólo en el trabajador de las salitreras, si que también en los numerosos habitantes en los pueblos de la pampa, los cuales también aportan al Erario Nacional importantes sumas por capítulos tributarios.

Conocido ese bien social por unos pocos, se daría margen para extinguir ese pudor necio que a nuestro pueblo impone la sociedad en sus altos y bajos tramos y, con el cual se contribuye a la propagación del terrible gonococo que, como ya hemos dicho está debilitando y diezmando a nuestra raza.

d) Por último, estimamos conveniente insinuar la idea que se establezca una casa especial de sanidad en cada puerto salitrero, cuyos edificios se harían con todas las condiciones higiénicas que requieren establecimientos de esta índole, a fin de arrancar a las garras de la tuberculosis a los recién nacidos de padres tuberculosos, cuyo conglomerado también abarca un alarmante número, el cual es originado por debilitamiento orgánico. Esta obra de carácter social llevada a efecto por la Municipalidad de Buenos Aires, ha sido una de las más simpáticas, y con el apoyo unánime del pueblo por sus excelentes resultados prácticos ha sido objeto de encomio.

En nuestra vasta región salitrera, una obra de esta naturaleza vendría a llenar una necesidad social sentida desde hace muchos años. Y es indudable que el día que se lleve a efecto esta medida indicada se fomentará las reservas de la Patria, porque arrebataríamos a las garras de la muerte a un grueso conglomerado de niños que hoy día mueren de consunción, ocasionado por el hambre. Y para disminuir en parte ese presupuesto de gastos de alimentación se entraría a liberar de derechos aduaneros las harinas y la leche, así sean nacionales o extranjeras, tal como se ha hecho con otros medicamentos para atacar males contagiosos.

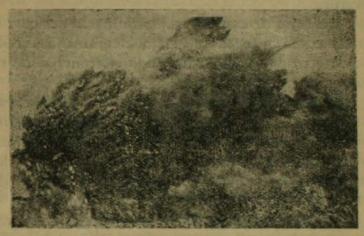
LOS ACCIDENTES

Si nos remontáramos a la fecha primitiva de nuestra portentosa industria salitrera, y pudiéramos descender de año en año hasta la fecha con una estadística exacta que dijera no sólo de las vidas tronchadas en forma inesperada y trágica, si que también de los accidentados, — y que estos en la mayoría de los casos sus miembros han sido mutilados — todo con motivo de las árduas y peligrosas labores que impone la industria en ese desierto hosco e inclemente, sin duda que retrocederíamos espantados al contemplar esa pavorosa cifra necrológica formada por millares de esforzados luchadores, propulsores de capitales nacionales y extranjeros, y a la vez amasadores de una gran prosperidad y de una mayor grandeza nacional.

En todas las industrias del viejo y nuevo mundo civilizado, se ha puesto todo el mayor cuidado a fin de eliminar el peligro en la vida de los trabajadores.

Sin embargo, las pasadas gobernaciones en nuestro país, nada hicieron en pro del obrero para evitar el peligro constante que ofrece el terrible explosivo de la dinamita, materia imprescindible en los trabajos de extracción y demolición de la roca calichosa, y donde al menor descuido centenares de veces han caído los trabajadores en el mismo sitio fatal, muriendo éstos, esos han salido moribundos, aquéllos en otro sitio cercano han escapado milagrosamente, los primeros sobre la terrible explosión, cuya muerte instantánea ha sido en forma horrorosa no dándoles ni el breve tiempo para dar el grito del ¡ay! que se pronuncia ante la eminencia del peligro, los otros por el efecto de la inmensa peñasquería la que im-

pulsada a gran altura cayendo sobre sus víctimas, han hecho el efecto de una bala de rifle. Y pensar que algunos de éstos últimos, después de un tiempo que sus miembros han sido cercenados han muerto por un debilitamiento orgánico.



Un peligroso tiro arrebatado.

Es de imaginarse el desprecio y el indiferentismo brutal con que siempre se ha mirado la vida del obrero, en la referida industria, por lo que siempre hemos creído en un tácito acuerdo entre los industriales y la mayoría de los pasados gobernantes para no mover nada, a fin de no conmover al pueblo el sacrificio que importaba no sólo la propulsión de los capitales, sino también la incesante fuente de entradas para sus presupuestos y los de la República.

Como dato ilustrativo de ese indiferentismo por la vida del obrero, pasaremos a hacer reminiscencias de aquel gravísimo peligro que encerraron durante largos años los famosos cachuchos descubiertos, por lo que los trabajadores de esa sección siempre estaban con el credo en los labios, mientras esos estanques con caliche hervían a elevada temperatura.

Esa falta de conmiseración de parte del patrono era como la espada de Damocles, amenazándole a cada cual en el menor descuido el tronchar de su

existencia.

Muchas veces tuvimos oportunidad de observar cuando esos cachuchos hervían sus caldos, desprendiéndose de estos un vapor ocre en forma de humareda, por lo que nosotros nos decíamos: ¡Infeliz del que aquí resbale una o ambas piernas o se vaya de bruces en alguno de ellos!

Así fué como varios de esos infelices obreros encontraron la muerte cayendo al caldo hirviente, el cual con su vapor en forma de humareda era como si fuera precursor de un tenebroso designio, que estos perdían una pierna; esos una mano; aquellos se resbalaban en forma tal que se quemaban gran parte del cuerpo; y esos de más allá caían como impulsados por la mano oculta del infortunio porque si no morían dentro del cachucho, expiraban momentos después de ser sacados en los más atroces dolores.

Y pensar que la manera de evitar esas desgracias era una cosa tan sencilla, como quedó establecido con el uso de las rejas de fierro después de una larga y humanitaria campaña que la prensa iquiqueña hiciera a fin de extinguir el peligro de esos cachuchos abiertos.

Por fin, el humanitario don Agustín Gana Urzúa siendo Intendente de Tarapacá, expidió un decreto ordenando el cierre de esas cajas hirvientes, decreto aquel que los industriales salitreros hicieron caso omiso de él. Como se vé, con esto se puso de relieve una vez más el indiferentismo brutal por la vida del obrero, se le miraba peor que a un indígena, y se le colocaba a más baja valía que la bestia. Hasta que una sentencia de la Corte de Apelaciones les obligó a cumplir el decreto de la Intendencia, llenándose con esto una aspiración sentida por los obreros pampinos.

El gasto de las rejas para el cierre de los cachuchos fué tan insignificante, que nos hace creer que los salitreros muy poco lo habrán tomado en cuenta, al revisar sus haberes comparado con la enorme utilidad que les proporcionara la industria del ni-

trato.

Cualquiera se preguntará cómo se retardó tantos años en esta obra de previsión.

Sencillamente, repetimos, era el desprecio y el indiferentismo por la vida de esos infelices y que ya se han anotado.

No olvidaremos decir que, muchas veces hemos oido a los trabajadores expresarse que cuando una mula sufría una dislocación o contusión grave, el administrador corría a ver el estado del animal accidentado, para en seguida hacerle atender debidamente, más cuando el trabajador caía en la desgracia de un accidente grave por el cual necesitaba de la palabra cariñosa y estimuladora de su patrón, éste hacía caso omiso de los atroces dolores del infeliz caído, diciendo, no importa uno menos, trabajadores hay muchos.

Era la época en que la prensa liberal de los puertos salitreros, sólo informaba al público de los accidentes ocurridos en unas pocas oficinas, ignorando por cierto la inmensa mayoría de los restantes, tal vez por no tener en ellas corresponsales, con tal motivo muchos venidos del sur y sin duda caídos en esa pampa trágica nunca se ha sabido de ellos, además, como la otra rama de la prensa ha sido del amaño de los representantes o propietarios de la industria salitrera, esos rotativos han guardado silencio sobre los malogrados o accidentados, comprendido que, por convenir así a sus intereses.

El asunto de los accidentes, lo consideramos hasta hoy un problema que urge la necesidad sea dilucidado cuantos antes, y en el cual tenemos entera fe que será abordado por el actual Gobierno de

la República.

Las causas de estos sucesos en la industria del salitre son múltiples, y lo que también en nuestra observación nos apena, es que en esa otra bocona insaciable llamada Chuquicamata, donde por desprecio a la vida del obrero o la negligencia de algunos jefes de secciones, en un corto período de 3 lustros más o menos que allí el cobre se elabora, los caídos por accidentes en el trabajo, forman otra ci-

fra pavorosa que puede crispar los nervios del más tranquilo. Y si no véase lo escrito sobre ese establecimiento por el autor de estas líneas, y otros escritores bien intencionados.

En la industria salitrera y cuprírera habrá muchas lágrimas que llorar, hasta que no se ponga el termo-cauterio a fin de extirpar esas gangrenas con la cual desde hace luengos años se ha estado no sólo diezmando a nuestro pueblo, si que también se ha estado entregando más inválidos a la República que los que dejaría una guerra.

Y ya que de accidentes se trata, para robustecer el referido concepto, recordamos haber leído el caso en el que un noble diputado inglés en el parlamento, llamó la atención del Ministro del Interior, al hecho del poco cumplimiento a las leyes de protección obrera, al mismo tiempo le hizo ver la necesidad de mejorar esas leyes y de mantenerlas en estricto cumplimiento, único medio de salvar a los "soldados de la paz".

Años 1898 a 1903

	muertos	beridos
Víctimas de la industria	25,470	615,392
Víctimas de las operaci	iones	
bélicas	8,678	23,773

He ahí, una prueba incontrarrestable que, urge por empezar un estudio detenido las causas de los accidentes del trabajo en la industria salitrera y cuprifera, a fin de establecer la verdad de un suceso del más alto interés para la Patria.

Al respecto, veríamos con agrado que la Inspección General del Trabajo, hiciera nombrar una comisión de peritos, para que éstos, después de un minucioso estudio, establecieran las causas que motivan esos sucesos, a fin de tomar las medidas tendientes a interceptar la entrega de esa enorme masa de inválidos que todos los años dan a la República las referidas industrias.

Tenemos entendido que si llega a efecto la indicación que hacemos, se habrá llenado una necesidad sentida, como lo hemos manifestado anteriormente en pro de uno de los mayores intereses de la República.

Tanto en Alemania como Inglaterra y Bélgica, etc., los Inspectores del Trabajo, alguno de ellos con título de ingeniero entran diariamente a las fábricas acompañados de facultativos, a fin de revisar los establecimientos en su más mínimo detalle, junto con hacer un examen prolijo en la salud de los trabajadores.

No está demás decir que, esa comisión está facultada para acusar al patrón ante el tribunal competente, en caso de que en su faenar se esté contraviniendo cualquiera disposición de las leyes respectivas.

También estimamos conveniente decir, que en aquellos países dentro del alto interés que existe por la salud de los trabajadores, se ha llegado a impedir al patrono que se abuse del trabajo de los obreros, esto es, imponiéndoles una labor excesiva, a fin de que no sean malogrados o debilitados prematuramente.

En nuestras visitas cotidianas a la industria salitrera, hemos venido observando que varios trabajadores se aniquilan antes de tiempo, porque se les obliga al trabajo de noche, se dirá que así la industria lo exige "bien que se haga" pero dejamos establecido que esa árdua labor nocturna debe ser mejor compensada porque ella debilita al organismo, de tal modo que ese trabajo resulta más fatigante que el diurno.

Además, hay algunas oficinas donde se les obliga a una labor excesiva, la cual a decir de algunos trabajadores, no está remunerada con el pago que reza el contrato de trabajo que se les da en la oficina.

El contrato de trabajo que establece la Ley 4053, el cual ha sido aprobado por la Inspección General de Trabajo, estimamos que adolece de una deficiencia muy legible en la región de la pampa, por no establecer las horas diarias de trabajo que indica la ley, dando así amplio margen al industrial para que especule con las energías del trabajador.

Al respecto, veamos lo que se dice en algunos

círculos obreros de la pampa.

Ocurre que algunos trabajadores que atienden a la extracción y al control de carretadas vaciadas a la rampa; pongamos por caso, ganan \$ 12 por día, cualquiera creerá que esos hombres trabajan 8 horas conforme a la ley social en vigencia, pero ocurre que no es así, porque trabajan 14 y más horas, por lo que el patrón trata de contentarles con un pequeño abono que sólo corresponde a una pequeña parte del sobretiempo trabajado, y que esos trabajadores se ven obligados a aceptar para subvenir a sus necesidades, de otro modo se verían en la mayor miseria, máxime si son casados y con familia.

El peligro de que se les bloquee o se les tome por elementos indeseables o subversivos, les hace

guardar silencio sobre esas anomalías.

He ahí una manera de imposición por parte del patrono, y una bonita manera en el pensar de

éste para apropiarse del trabajo ajeno.

Con las referencias que hacemos, quedaría manifestado en forma irrefragable que, la Ley de Contrato de Trabajo firmada en esas oficinas por esos trabajadores, resulta allí en esas faenas nada más que un adorno de nuestra legislación, una prenda de lujo, con la cual no sólo se le está debilitando en sus fuerzas orgánicas, si que también se le está esquilmando de su haber que le corresponde con la ley social vigente.

¿No es verdad que esto también indigna? ¡No, esto no es honrado ni es humano!

El día que en nuestra industria salitrera y cuprifera, la Inspección del Trabajo se haga de una manera sistemática y permanente, como se hace en aquellos países del viejo mundo civilizado a través de esas preciosas leyes, cuya utilidad está comprobada en pro del patrono y del trabajador, significará la alborada para el mejor desenvolvimiento de progreso en la República.

LA NECESIDAD DE ESTANDARIZAR LOS PRECIOS EN LOS TRABAJOS DE EXTRACCION

En los luengos años que lleva hasta la fecha esta industria matriz nacional, muy poco se ha hecho por extirpar un mal muy notorio entre los muchos males a que está sometido el trabajador pampino y, es aquel emanado del trabajo de extracción.

Las continuas discordias entre obreros y encargados de la industria, han tenido un transitorio atenuante, cuando un mutuo acuerdo entre los primeros y sus representantes respectivos con los jefes de la industria, han establecido una justa medida a fin de que no se arbitre antojadizamente lo que es una carretada por el principal encargado de esa labor, ya que algunos de estos en la mayoría de los casos por el capítulo de carguío han esquilmado en forma procaz a sus trabajadores.

Siguiendo la observación en esta sección extracción, hay un mal de vanguardia originado por sus jefes respectivos, cuyos procedimientos irregulares están reñidos con el concepto de humanidad, y es aquel que, de la noche a la mañana rebajan el precio de extracción en calicheras que exigen un máximo de rendimiento orgánico, por lo que solteros y casados sólo ganan un mezquino mendrugo de pan para sí y familia. Estas circunstancias obligan a varios obreros en cada ingenio a que sean enclaustrados y, otros se lancen en penosa peregrinación en búsqueda de un nuevo horizonte, a través de los inclementes páramos de esa tierra insólita para resultar que algunos den con su extenuada humanidad sobre ese suelo para no levantarse jamás.

Si nos reconcentramos en nuestro pensar, sobre el número de los que han y cruzan el desierto a pie con el corazón dolorido por las hostilidades insoportables de que han sido víctimas, tenemos no soro al obrero soltero, si que también al casado con familia,—aunque en estos últimos, los casos son contados — todos con la faz mustia, siempre alentándoles la confianza que en otro ingenio encontrarán un trato más humano, pero que en la mayoría de los casos se les hace el dolor más agudo e intenso.

Por el buen nombre de las Compañías, por el afianzamiento de la armonía entre el capital y el trabajo y, más que todo el humanitarismo, urge la necesidad que la autoridad correspondiente, de acuerdo con los industriales, establezca un precio Standard en esos trabajos de extracción a fin de evitar esa irregularidad notoria en el pago de esas labores. Luego después, se evitaría esos cuadros un tanto tristes, en el ir y venir de esa columna humana que a diario se moviliza,—protestando de la nada conmiseración en la industria — de un punto a otro

tras el irrealizable deseo de una mejor suerte en la vasta región del salitre.

Este mencionado descontento en los obreros, se ha hecho tan notorio en estos últimos años que, en algunas oficinas los principales encargados de la extracción, para evitar un tanto la evacuación en esa sección, y, hacerse la reclame por unos pocos, de que son patrones sinceros en el pago de esos trabajos, han hecho una parodia - un emborrachamiento a la perdiz - del legítimo derecho que le asiste al obrero en pago de su labor, esto es, con cálculos hábilmente preconcebido, no se ha tomado debidamente en cuenta el verdadero desgaste orgánico del calichero; pero que han hecho ganar a unos pocos en cada sección de la pampa, mientras el resto por más esfuerzo que han hecho algunos de este grupo escasamente han ganado para responder al mezquino viático, y los demás se han ido endeudando con la casa.

Es indudable que para llevar a efecto esta obra humanitaria en pro de esa clase desvalida, se necesitaría de un acuerdo matemático acompañado de esa parte científica para tomar en cuenta el desgaste de energía orgánica, — desgaste que, según nuestra opinión no debiera de pasar de un 62 por ciento, dadas las condiciones del clima — desde que esos obreros dan principio a escarpar sus calicheras, comprendido que, para efectuar con la corrección del caso ese pago de extracción ya fuere por carretada o metro cúbico, se haría siempre sobre la base de las

distintas características del caliche ya en su calidad o espesor.

El día que él o los técnicos hayan llevado a efecto la resolución de este problema de trascendental importancia de acuerdo con el Ministerio respectivo, se establecería un enorme bien social entre obreros y patrones, porque algunos de éstos con alma bien puesta, verían con agrado la estabilidad de sus operarios en la industria, por otra parte se beneficiarían los obreros porque día a día se darían cuenta del pago justificado de sus árduas labores de extracción, mediante una tabla cuya impresión sería de fácil comprensión para su consulta, después de haber aplicado la cinta en las materias extraídas.

Antes de terminar este artículo vamos a establecer otro hecho dentro de este trabajo, el cual ha sido desde el principio de la industria una mayor exigencia de rendimiento orgánico para muchos. En conversación sostenida con personas que nos merecen absoluta confianza de ser oídas sus opiniones sobre los trabajos de extracción, se nos ha dicho que, el mazo de 25 libras comunmente usado en esos trabajos, es de un peso excesivo para varios en cada sección de la pampa, pues, hay que considerar a un cuerpo que trabaja ocho horas y, que una excesiva parte de ese tiempo tiene que mantenerse en estado anormal levantando continuamente ese peso, inclinación del cuerpo que más de una vez la configuración del terreno así lo exige. En estas circunstan-

cias el exceso de desgaste orgánico es un hecho incontrarrestable, pero que la práctica demuestra que el machacar se ejecutaría igualmente economizando vigor con un mazo de 20 libras. Este es otro punto que el Ministerio respectivo debiera tomar en cuenta en pro del buen funcionamiento orgánico de esos trabajadores.

LA LEY 4055, SOBRE ACCIDENTES DEL TRABAJO DEBE AMPLIARSE

Un suceso eventual, como en movilización a la faena, tiene derecho a reparación; informe que sienta precedente sobre la materia.

Este punto de la indemnización por accidentes del trabajo, aunque está perfectamente explicado por la Ley 4055, dá margen a continuos conflictos, en los cuales los obreros son los directamente perjudicados por el desconocimiento de sus derechos legales, o por la falta de medios oportunos para defenderlos.

En convencimiento de tales dificultades, día a día viene ocurriendo que operarios gravemente accidentados, y que debieran percibir por ello varios miles de pesos, han optado por aceptar una cooperación ínfima. Es verdad que la Ley de Contrato de Trabajo establece un plazo de 2 años a raíz de

ocurrido el accidente, para que la víctima interponga reclamo por indemnización deficiente o irregular; pero, en la mayoría de los casos apremiado por la necesidad, sufriendo hambre y penurias, precisado de buscar de inmediato otro trabajo para sostenerse a sí mismo y a su familia, abandona el obrero su legítimo derecho, y retorna al pueblo del sur donde en mala hora fuere contratado.

Para disminuir en buena forma estos conflictos, de los cuales muchas veces no pueden posesionarse plenamente los Juzgados del Trabajo, por sus múltiples labores, ni las partes que han reconstituido el accidente en el propio terreno, dado en que en este último caso siempre existe marcada parcialidad, consideramos de oportuno lo siguiente:

Que se constituya en cada ciudad cercana a distritos salitreros una oficina accesora de Juzgados del Trabajo, a fin de que establezcan en forma cabal y precisa cómo cada accidente se produjo, y cual es la exacta indemnización que debe percibir el accidentado.

Por otra parte es de urgencia dejar establecido un hecho que la Ley 4055, explica, aunque no se cumple, irrogando enorme perjuicio a ciertos accidentados. Es este el derecho que tiene el accidentado, empleado u obrero, a percibir indemnización, aún en el caso en que no hubiese reanudado su labor o faena, y aún fuera de las 8 horas de trabajo, más siempre que estuviere a las órdenes del patrón; co-

mo por ejemplo, trasladarse al punto de su ocupación.

Así, por ejemplo, ocurre en las salitreras, (como también en Chuquicamata y en otros grandes centros industriales), que uno, varios o muchos operarios se accidentan en momentos en que se dirigen ha asumir sus ocupaciones, por siniestros en los carros movidos por locomotoras que a las labores les conducen; por choques o desrieles de los convoyes; por estallido de los fulminantes o explosivos que los "particulares" llevan en bolsas para las faenas, etc., hecho inaudito éste que a toda costa debiera evitarse, puesto que pone en inminente peligro a numerosas vidas.

En tales casos, el patrón o la Compañía respectiva, se consideran exentos de toda responsabilidad, y eluden el pago de la indemnización al o a los accidentados, aduciendo que la desgracia se produjo en circunstancias que los trabajos o labores no se iniciaban. Error profundo éste, o argumento capcioso, que está en evidente disparidad con lo que la Ley 4055 terminantemente dispone.

Vamos a comprobarlo, con la opinión autorizada de un ecuánime e inteligente secretario de Bienestar Social. El funcionario a que aludimos, el cual no sólo está integralmente posesionado de la legislación respectiva, si que también evidencia procedimientos justicieros y rectilíneos, ha sentado con su dictámen un precedente precioso y que es preci-

so adoptar sin demora en los conflicto del trabajo

que se suscitan en esta zona norte.

El 26 de Abril de 1928, fueron víctimas de un gravísimo accidente numerosos obreros que, en un convoy ferroviario, se dirigían a asumir sus faenas en el frigorífico Tres Puentes, de Punta Arenas. Muertos y heridos quedaron en el campo. Y estos últimos y los deudos de los primeros, se encontraron con una negativa rotunda al reclamar sus indemnizaciones.

Pues bien, el Secretario de Bienestar Social de Punta Arenas, respondiendo a las numerosas consultas que se hicieran al respecto, a fines de Marzo de 1929, expidió el siguiente luminoso informe, dejando claramente establecido el derecho que asiste a los accidentados para reclamar indemnización legal:

Según el artículo 1.º del Reglamento de la Ley 4055, entiéndese por accidente del trabajo, todo suceso eventual que en o con motivo del trabajo oca-

sione un daño al obrero o empleado.

De esta suerte la ley distingue, en forma clara, estas dos situaciones:

1.º Un suceso eventual que, en el trabajo, ocasione un daño al obrero o empleado; y

2.º Un suceso eventual que, con motivo del trabajo, ocasione un daño al obrero o empleado.

Es un error, por consiguiente, estimar que la ley sólo protege al obrero que se accidenta en el trabajo mismo, como consecuencia directa y exclusiva de él.

La ley ampara los accidentes que se produzcan con motivo del trabajo. Analicemos lo que debe entenderse por la frase "con motivo del trabajo".

Se accidenta con motivo del trabajo, el obrero que debe trasladarse de un punto a otro por órden de su patrón, sea dentro o fuera de la jornada de ocho horas, y en el trayecto sufre un daño como consecuencia de un suceso eventual: se accidenta, con motivo del trabajo, el obrero que, para ir a su trabajo, sufre un daño de suceso eventual, siendo transportado en medios de locomoción proporcionado por el patrón, como en el Frigorífico de Bories, como en la Cía Minera de Carbón Curanilahue, como en el Mineral "El Teniente", como en las Salitreras, etc., etc.

Si un obrero o empleado es contratado por un patrón para ir a trabajar en una industria alejada del punto de su residencia, y vá por cuenta de dicho patrón a hacerse cargo de su puesto y en un medio de locomoción proporcionado por él, ese obrero o empleado, en caso de un suceso eventual que produzca daño, tiene derecho para acogerse a los beneficios de la Ley 4055, porque el accidente se ha producido

"con ocasión del trabajo contratado".

En el caso presente, la firma Gildemeister y Cía., tenía implantado un servicio de transporte, según documentación que existe en la oficina; servicio que consistía en lo siguiente: (Copia textual del documento a que me refiero) "Transporte obreros. Se hace en dos camiones con capacidad de más o menos 60 personas cada uno, y cada camión hace dos viajes en la mañana y dos en la tarde".

Ahora bien, nadie va a entrar a rebatir que el hecho de transporte esté fuera de la jornada de trabajo, porque esto es evidente: pero nadie tampoco puede negar que el transporte de los obreros se efectúa, en todas las industrias que lo establecen, con motivo del trabajo.

En Curanilahue, funciona la misma Central ubicada en la población minera de Plegarias, a seis kilómetros de distancia de la ciudad. Cualquier accidente que se produzca en el ferrocaril que diariamente transporta cientos de obreros, caerá bajo las prescripciones de la Ley 4055, por cuanto dicho ferrocarril y, el transporte diario que se efectúa funciona con motivo de la explotación de los minerales de carbón. El accidente no se producirá en el trabajo, pero será ocasionado como consecuencia de la explotación que se hace de dicho mineral.

En esta situación se encuentran los obreros marítimos que deben trasladarse a los pontones a ejecutar su trabajo. Cualquier suceso eventual que en el trayecto pueda ocasionar lesiones, o causar la pérdida de vida de ellos dará margen a las indemnizaciones por accidentes del trabajo, por cuanto el suceso eventual se produce con motivo del trabajo.

Es la situación de los obreros de Bories, que para ir y volver de su trabajo lo hacen en el tren de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Un descarrilamiento puede costar la vida a centenares de obreros. Esto sería un accidente del trabajo. Los obreros tendrían derecho para acogerse a la ley, porque el suceso eventual se habría producido "con motivo del trabajo", ya que el servicio de transporte se ha implantado para favorecer el desarrollo de la industria. Los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente.

"En el caso de las víctimas de Tres Puentes ca-

be dejar establecido los siguientes puntos":

Los obreros accidentados trabajaban a las órdenes del Frigorífico de Gildemeister y Cía., eran transportados diariamente, para su trabajo en dos camiones pertenecientes al Frigorífico; y este servicio de locomoción se hacía exclusivamente con motivo de la explotación de la industria frigorífica de Tres Puentes. En estas condiciones no cabe duda con respecto a la situación jurídica de las víctimas del accidente ocurrido en la semana pasada. La firma no puede eludir su responsabilidad, frente a la ley, ya que el accidente ocurrió en un servicio de transporte que mantenía para conducir y traer a los obreros con motivo del trabajo en el establecimiento.

Como un dato interesante cabe precisar que la ley protege a los obreros que trabajan en las salitreras, en lo que se refiere al transporte en tren del personal de obreros y empleados.

El artículo 160 del Reglamento de la Ley 4055, dice: "Los patrones deberán también castigar con multas especiales a los maquinistas o conductores de trenes que transporten obreros o empleados en trenes que acarreen materias explosivas, o trenes calicheros."

Estas medidas establecidas en el Reglamento de la Ley, están encaminadas a evitar accidentes, es decir, accidentes del trabajo en ese servicio de locomoción.

Con las fuertes multas a los maquinistas y conductores, éstos evitarán que los obreros o empleados se transporten en trenes calicheros o cargados con dinamita. ¿Puede haber una disposición más clara que la transcrita? El legislador, tratándose de esa industria, quiere preveer posibles accidentes del trabajo, tomando las medidas del caso. Pues bien, con ese mismo criterio, en todas las empresas de transporte o servicios de locomoción que mantengan los patrones para el desarrollo de una industria, deben tomarse todas las medidas necesarias para evitar sucesos eventuales que produzcan daño o cuesten la vida a obreros, pues de otra manera, al producirse el accidente, éste caerá dentro de las disposiciones de la Ley 4055 sobre Accidentes del Trabajo.

Por todas estas consideraciones, esta oficina estima que, habiéndose reunido en el accidente ocurrido en la mañana del día 26 en el camino al Frigorifico de Tres Puentes, las siguientes circunstancias: Primero: Los obreros eran trabajadores del mencionado Frigorífico.—Segundo: Iban transportados por la Cía. Gildemeister en uno de los camiones del servicio de transporte que tiene establecido con ese fin, y Tercero: Este transporte se hacía con motivo

del trabajo. "Debe tenerse el suceso eventual producido y que ha costado la vida a dos obreros, como un accidente del trabajo conforme el artículo 1.º del Reglamento de la Ley 4055 del ramo."

LA NECESIDAD DEL SALARIO MINIMO

Ya hemos dicho, que millares de obreros pampinos viven a ración de hambre, con motivo del irrisorio salario que allí se les paga, y todo por carencia de altruismo en esos patrones, por falta de ese amor sincero que otros humanitarios tienen con los

seres que le sirven.

Y lo que también nos apena dentro de esa falta de humanitarismo en los industriales salitreros, es que durante largo tiempo se les ha estado engañando a esos obreros, por medio de sus agentes oficiales, que en la extracción del caliche el trabajador ganará un salario mínimo de doce pesos diarios, para resultar que destinados ha abrir hondas y malas calicheras, no alcanza a ganar para proveerse de los artículos necesarios para vivir como pueblo civilizado, y coadyuvar con mejor voluntad al auge de la más poderosa industria nacional.

Crispa los nervios del observador más tranquilo que quiere a su pueblo, al notar que este engaño proceda de personas cultas, lo que no puede ser más cruel e inmoral, porque así se enclaustra al trabajador a fin de que no pueda retornar fácilmente a su

pueblo natal.

Como se comprenderá, con la insuficiente alimentación, la terrible tuberculosis y otras enfermedades hacen su agosto en párvulos y adultos.

Y ya que de males se trata, no olvidaremos decir que, en los frecuentes viajes a través de los distintos sectores de la región salitrera, en nuestra observación, hemos quedado persuadidos que aparte de los males señalados, con los cuales se está diezmando al pueblo productor, también existe otro mal, y éste es el factor alcohol, que aunque es pequeño, pero, que con él se germina la miseria y la inmoralidad, suministrando cierto número de clientes a los hospitales; a los abogados defensores; a los manicomios; a las penitenciarías y a los cementerios.

Tomando en cuenta el hambre, la miseria y la desnudez del trabajador mal remunerado en los trabajos de extracción, consideramos de necesidad imprescindibles la implantación de un salario mínimo que permita un nivel de una vida llevadera, problema es este, en el cual tenemos entera fe que abordará de frente la autoridad correspondiente, dentro de ese espíritu con tendencias de bien popular que tanto caracteriza al actual Jefe Supremo de la Nación.

Es indudable que los industriales harán toda resistencia a fin de que esa anhelada implantación no se lleve a efecto, excusándose con el mal estado financiero de la industria, resistencia por cierto muy injustificada, mientras existan esos sueldos gigantes que la industria paga a ese tren de empleados

que lo componen Gerentes, Subgerentes, Administradores Inspectores, etc., etc.

Además, cualquier observador amante de la moral y de justicia social, no va a comulgar con la excusa de los salitreros, si dentro de ese examen toma en cuenta las facilidades y garantías del Supremo Gobierno para el mayor desarrollo y consolidación de la industria, y las enormes ventas las cuales en época anterior no se habían llevado a efecto en este mismo lapso de tiempo; por otra parte el número de abogados que mantiene la industria en los puertos salitreros, y otros gastos suntuarios los cuales se les puede observar alrededor de los círculos salitreros de Iquique, Tocopilla, Antofagasta y Valparaíso, con los que se succiona por cierto la vitalidad económica de la industria.

Con lo expuesto, está a las claras que la remuneración en los servicios de la industria toca los dos extremos, uno es, para que un regular número viva dentro del mejor círculo de vida bien vivida, y el otro, en que por la mala remuneración del trabajo hace de visión fatídica, de martirio chino, porque ese pueblo en desgracia está muriendo a pausa bajo la terrible hoz del debilitamiento.

Tenemos entendido que una revisión general de sueldos y gastos suntuarios, no sólo daría un amplio margen para la implantación del salario mínimo en los trabajos de extracción, si que también para la remuneración proporcional del resto de sus servicios.

El día que ese problema de justicia social hava sido resuelto, significará no sólo la alborada para la reconstitución de virilidad y pujanza de ese pueblo, si que también se habrá beneficiado enormemente el Erario Nacional y la Patria. El primero por cuanto las arcas fiscales disminuirían su enorme chorro de gastos, para asistencia médica v hospitalización de ese pueblo de trabajadores que contrae enfermedades debido a la obligada e insuficiente alimentación, y con un trabajo duro y agotador. Acto continuo se beneficiaría la Patria, porque se extinguiría en gran parte la terrible tuberculosis cuvo azote abarca un asombroso ejército de niños. Este termo cauterio permitiría que estos nacieran fuertes y rollizos como nace el hijo del labriego o del inquilino en los campos del sur. Además se evitaría todos los años que centenares de adultos de ambos sexos sanos y robustos, oriundos de los campos del sur, perezcan en esa pampa mustia como perecen las legiones de niños bajo la hoz terrible originada de la debilidad orgánica.

Hemos dejado establecido que, el salario mínimo en los trabajos de extracción, es un problema cuya solución urge no retardarla por más tiempo, a fin de extirpar en parte el cuadro de hambre, miseria y desnudez en la vasta región de la pampa.

EL ALCOHOLISMO EN LAS SALITRERAS

En nuestras constantes observaciones a través de las oficinas salitreras, en toda la extensión de la pampa, hemos contemplado esa campaña en contra del alcoholismo con caracteres de exageración, por lo que esos órganos de la prensa han ido a posarse hasta en los taburetes de la arena parlamentaria, motivando exposiciones erróneas a más de un senador de la República.

Esos periodistas y parlamentarios que conocen tanto de las costumbres de los trabajadores pampinos como nosotros de Hawai, han sostenido que esas

campañas son razonables y muy justas.

Con estos y otros exponentes un tanto distanciado del círculo de la verdad, nos hemos formado un concepto que merece nuestras más acerbas críticas en defensa de muchos de los nuestros, a fin, no sólo de interceptar ese desprestigio gratuito, sino también de persuadir a los altos gobernantes y demás autoridades que, en la pampa gran parte de los trabajadores no dilapidan en bebidas embriagantes el fruto de su trabajo.

Esto de acusar de alcoholizada a la clase trabajadora en general, constituye una infamia, una injusticia o una ignorancia, como lo demostraremos

más adelante.

Todo aquel que haya hecho un estudio detenido sobre la vida de los trabajadores, ya sea en una mina, fábrica, o en otro faenar, estamos seguros que no podrá decir que todos tienen el vicio de derrochar en alcohol el total del fruto de su trabajo, o que todos son abstinentes, pero sí, dirá que hay una minoría que son refractarios a la embriaguez, los cuales no se embriagan por ningún motivo en unión de los de su hogar, en cambio, hay otro grupo mayor que tienen el suficiente control mental sobre el vicio del alcohol, por lo que estos sólo beben cuando creen que hay un motivo justificado para ello, como ser, en un 21 de Mayo, 18 de Septiembre, Año Nuevo, en su onomástico o en un bautizo.

En otro pequeño grupo, notará que esos hombres se han desgenerado por medio de las ambriagantes bebidas, los cuales con sus constantes libaciones constituyen un peligro, porque lo poco que trabajan lo desean para alcohol, y cuando carecen de dinero empeñan sus ropas para obtenerlo, además brindan trago a otros obreros procurando contagiarles con el gérmen de la embriaguez.

Esos mismos desgraciados en varias ocasiones recurren al robo, ya en herramientas o ropa de sus propios compañeros con el objeto de satisfacer su sed de alcohol.

Igual cosa sucede en las oficinas salitreras, sólo que allí se observa a unos pocos que parecen buscaran calorías artificiales en el licor.

En ese enorme conglomerado de 80,000 trabajadores más o menos en el faenar de las salitreras hasta ayer, han existido esos tres grupos que hemos mencionado, los cuales son bien caracterizados e inconfundibles.

La mujer alcoholizada no la conocemos en las oficinas salitreras, pero sí, a decir de los trabajadores no es problemático encontrar a la mendiga de un beso en fuerza de la necesidad de estimular sus tripas o la de un pequeño vástago, ya con asiento en la oficina o en un Restaurante de los pueblos de la pampa.

Por nuestra parte tenemos entendido que, todo aquel que observe el salario irrisorio—por no decir a ración de hambre—que gana una gran parte de obreros en la región salitrera, no va a comulgar que la clase trabajadora en general tiene su merecido para caer en las garras de la injuria y el estigma de

alcoholizada.

Como hemos dicho anteriormente, ese pequeño grupo de obreros alcoholizados en cada oficina que constituyen un peligro, por inducir a otros obreros a embriagarse, ellos se pueden morigerar, y creemos que, para ello bastaría que la Secretaría de Bienestar Social de los puertos salitreros, gestionara un acuerdo con los principales encargados de la industria salitrera, a fin de llevar a efecto la clausura inmediata de todas esas cantinas clandestinas que existen en los campamentos adyacentes y lejanos de la oficina, después de clausurar la de la fonda u hotel.

En este caso la pulpería sería la única que podría expender el licor, bajo una orden estricta a cada cliente, en la que se indicaría el nombre de éste, fecha, valor y cantidad promediada, es decir, que no exceda de una botella diaria por cada trabajador,

y que ese licor no sea adulterado.

Con tal disposición no habría necesidad de pensar más en la implantación de la zona seca, porque con dicha prevención se arrancaría gran parte de la raiz de ese árbol bajo cuya sombra fatídica algunos van camino a la cárcel, manicomio y cementerio.

RECORDANDO EL ABUSO DEL CIRCU-LANTE ILEGAL

Es indudable, que el pensamiento de aquel gran filósofo de la época medioeval no admite contrarrestación al exponer que entre los muchos males a que está sujeta la naturaleza humana, hay uno a la vanguardia, porque no sólo es causante de lágrimas y dolores, si que también arrastra al sepulcro y ese mal brutal es la ambición.

Al respecto, estimamos conveniente exponer una parte de nuestro recuerdo sobre el abuso del circulante ilegal, el cual durante largos años mantuvieron los industriales del salitre dentro de la industria, y con el que no sólo se valieron como medio para apropiarse en forma deshonesta de una parte del jornal designado a sus trabajadores, sino también esa ambición se extendió cual pulpo de largos y

fuertes tentáculos ávido de hacer su presa asió de una parte el fruto del trabajo de los comerciantes establecidos en los pequeños pueblos de la pampa.

Esa famosa emisión de fichas de metal, caucho o goma, lanzada sin autorización alguna, y que como hemos dicho con fin expeculativo, fué una de las causas que originó los movimientos obreros que más de una vez dejaron tristes y dolorosos recuerdos, y todo, porque el trabajador gritó contra la injusticia, cuando se vió explotado en forma procaz de parte del patrón.

No olvidaremos decir, que la ficha sirvió al principio para reemplazar a la libreta de pedido que tenían los obreros para la pulpería, a fin de evitar-les a los empleados encargados del despacho de la mercadería una árdua labor, esa era el de las anotaciones, mientras se les arreglaba mensualmente en sus jornales a los operarios.

Pasaremos a demostrar como se mantuvo el abuso y la explotación, con el empleo del circulante ilegal.

Era la época en que principiaban a fundarse algunos pueblos de la pampa.

Como hemos dicho anteriormente, sus pobladores comerciantes llegados de los puertos salitreros, establecieron distintos negocios, entre ellos, almacenes de surtido completo en mercaderías de comestibles y tejidos, estos últimos desde el más ordinario hasta aquel para satisfacer el gusto más exigente, y todo, a fin de competir con sus bajos precios a las pulperías de las oficinas.

Y ya que de negocios se trataba, desde entonces no faltaron dos o tres en cada pueblo de esos donde se echa una despedida de soltero, actos por cierto de una necesidad social sentida.

Como cosa lógica, los bajos precios de la mercadería de los nuevos comerciantes llevaron un buen número de trabajadores de cada oficina, a hacer sus compras de necesidades imprescindibles, pagando con las famosas únicas monedas que recibían en pago del fruto de sus penosas labores.

¡Qué ocurrió! Vino la competencia, la cual alarmó a los salitreros y sus encargados. Entonces buscando los medios para terminar con esa situación que tanto los perjudicaba acordaron descontar un 10 por ciento del valor de las fichas a toda persona extraña que necesitaba hacer un cambio por moneda legal.

Días después, esa orden del descuento, se hacía extensiva para todos aquellos obreros de las oficinas que necesitaban del dinero nacional en pago de sus labores, antes o después de la fecha que indicaba la administración de cada ingenio.

Esa concesión se hacía un solo día en cada mes, a una hora indicada por el administrador de la oficina.

Con esta disposición, los salitreros obligaron a gran parte de los operarios, a dejar el fruto de su trabajo en la bocona insaciable de sus pulperías. Por otra parte, los comerciantes observando que las fichas habían sido cercenadas en su valor, no tuvieron otro atenuante a sus pérdidas que el subir el precio de la mercadería, algunos de estos con espíritu judaico lo hicieron en un precio superior al que la oficina cercenaba a la moneda.

Tiempos fueron aquellos en que salitreros y comerciantes explotaron a los trabajadores en la for-

ma más inícua.

Los primeros, además, de la exigencia que les hacían a que compráran en sus pulperías les obligában a perder un tanto por ciento de sus haberes.

Además debemos recordar que, cuando el obrero por cualquier motivo no podía presentarse el día u hora señalada por la administración de la oficina, para recibir dinero efectivo, tenía que esperar varios días.

Era frecuente en esos tiempos, que las oficinas salitreras no recibían de sus agencias con debida oportunidad el dinero para el pago de sus operarios. Entonces algunos trabajadores que tenían la necesidad imprescindible del viajar en la misma fecha que la administración había hecho el canje anterior, tenían que esperar, postergando sus obligaciones y sacrificando en gran parte su haber.

Ocurría que, esos u otros trabajadores después de dos o más días de súplicas infructuosas a la administración, recurrían a la fonda, allí les hacían el cambio vulgares explotadores que se dedicaban al negocio de fichas, descontando un interés usurario.

Después del fondero en esos negocios pingües, se dijo con frecuencia, que empleados de la administración de algunas oficinas se ponían de acuerdo con ese explotador, a fin de realizar tan lucrativo negocio en el cambio de las fichas.

Y pensar que cuando el trabajador era despedido sin aviso, cosa corriente en aquellos tiempos, ese pobre caía en la desventura de cambiar sus fichas por lo que le dieran, máxime si cansado de la vida azarosa del desierto necesitaba retornar a su pueblo del sur.

Nosotros preguntamos, ¿cuántos nacionales y advenedizos explotaron en forma desvergozanda al trabajador de las salitreras, para amasar rápidas fortunas en dinero efectivo y obtener predios agrícolas, con lo que en buena lid ganaba sudando a chorro, bajo el sol ardiente, el esforzado trabajador en el rudo y peligroso faenar de la pampa?

¡La pluma se detiene, y no nos quiere contestar tal vez por el buen nombre del país y vergüenza de sus autoridades!

Otro de los medios que se valieron los salitreros para retardar el pago de sus trabajadores que se retiraban de las faenas, para bajar a los puertos o irse a su pueblo natal, era de pagarles con letras. Sólo unas pocas Compañías indicaban en esas letras sus pagos a tres días después de ser emitidas, la mayoría de las oficinas lo hacían a quince y treinta días, y se decía que no eran raras las que señalaban un plazo de noventa días para ser pagadas.

El obrero que pedía su arreglo para hacer un viaje al sur, u otra parte en búsqueda de mejor suerte, y como no disponía de dinero para el pago del ferrocarril, tenía que recurrir al fondero, pulpero o cualquiera otro cambiador usurero para cambiar la letra lo que no se hacía sin un 20 por ciento por lo menos

Muchos obreros bajaban al puerto con esas letras en búsqueda de la agencia. Allí se les decía que no era hora de recibir esas libranzas, y que volvieran al día siguiente. Después de pasar tres días, los tranquilos obreros recibían un cheque por el valor de la letra. En desagradable caminata los obreros llegaban al banco el cual les entregaba la moneda corriente, fruto del valor de sus labores, obtenido después de un largo esperar.

Como se vé, para conseguir ese pago necesitaban de cuatro a cinco días por lo menos, no sólo por un estúpido capricho, sino también la exacción indebida del que desea que su capital no se aparte de su lado aunque un derecho se lo imponga, quizá

para que le deje mayores intereses.

Recordamos que, con las famosas letras en espera de su cambio, muchos obreros se perjudicaban enormemente en espera de un vapor de reemplazo al que se había ido, porque se gastaban unos cuantos billetes con la permanencia costosa que la vida exige a todo ser viviente en esta región.

Los mismos abusos y anomalías que se cometie-

ron con las fichas se ejercitaron con las letras.

Es así, como los salitreros sembraron y mantuvieron el odio en el alma de sus buenos y tranquilos operarios, ideas que probablemente el corazón de éstos no esperaba albergar, cuando un sentimiento de justicia se hubiera anidado en el alma de sus patrones.

En el fragor de esa ambición, los obreros y sus familias virtieron muchas lágrimas, y el manto lúgubre enlutó muchos hogares, al paso que las tres cuartas partes de los que militaban en las altas esferas gubernativas deliberaban y discutían, dentro y fuera de la arena parlamentaria gran parte de los 365 días con sus 6 horas astronómicas, por supuesto de todo, menos de la situación angustiosa de los millares de desventurados que estaban bajo la férula ensangrentada de los salitreros, los cuales con una hambruna simil de caimanes famélicos, diezmaban parte de esa sangre altiva, viril y valiente de Lautaro y Caupolicán.

Como hemos dicho anteriormente, no tenemos el espíritu de hacer reminiscencias de aquellos hechos más dolorosos en forma legible, porque bien podríamos hacer caer en la estigma de degenerados a unos cuantos que aún no han salido de este mundo, y que se creían autoridades en esos tiempos, los cuales con sus actos fuera de lo justo pisotearon el derecho de los débiles, a fin de enclaustrar a los obreros en la tierra trágica del desierto.

Las protestas cotidianas de los obreros por tales injusticias, dieron motivo a gritos con la similitud

del rugido de un león que, enclaustrado y sediento de hambre lanza su voz para que repercuta en el lejano espacio.

Por fin, esos gritos justicieros conmovieron a ciertas autoridades de los altos poderes públicos, y con suma justicia entraron a alarmarse, y a tomar nota de esos abusos incalificables con que se victimaba a los trabajadores, — suerte cruel de estos que conmovió a la sociedad entera de la República,— por lo que entraron a ocuparse para dar término a la explotación desvergonzada que se hacía con el circulante ilegal.

Al respecto, con fecha 16 de Noviembre de 1903, el Intendente de Tarapacá en una reunión sostenida en la sala de la Intendencia con los representantes de las Casas Salitreras, les manifestó que estimaba conveniente del cambiar ideas para llegar a un arreglo definitivo en la cuestión de las fichas, y además les expresó que tenía instrucciones del Supremo Gobierno para mediar en esa cuestión, a fin de establecer la armonía entre el capital y el trabajo.

Figurate lector estar mirando a ese puñado de concurrentes, representantes de la industria, que durante largo tiempo tuvieron la obsesión de un espíritu cruel para sus trabajadores, con sus caras lívidas, y mirándose los uno a los otros por lo bajo encogidos como cuncunas de Otoño en presencia del representante del Ejecutivo.

Después de una postura normal vino el cambio

de opiniones y se llegó al acuerdo siguiente:

Los principales encargados de las oficinas salitreras cambiarán las fichas a la par, a todo operario y particular que las presentare para su canje, debiendo verificarse ese cambio en cada ingenio una vez en la semana por lo menos, en día y hora indicada por la administración. Para constancia de dicho acuerdo firmaban el acta antedicha los asistentes a esa reunión.

Con ese acuerdo los trabajadores se dijeron, hemos obtenido un triunfo, el cual con razón desde

hace largo tiempo veníamos esperando.

Pero como en esta apartada región salitrera, tan lejana del gobierno central, la ambición de algunos es una especie de morbo endémico, para ellos los acuerdos, las leyes y decretos, los tienen en tan poca estima que, sólo se les hace acatar cuando una mano se los impone. Así fué como algunos principales encargados de las oficinas olvidaron esos compromisos, y breve tiempo después empezaron a descontar en el cambio un tanto por ciento de las fichas.

Aunque fueron pocos los que no respetaron la palabra y el acuerdo con la primera autoridad de esa provincia, pero el mal poco a poco fué cundiendo y abarcó la región salitrera en las oficinas de Antofagasta.

Nuevo clamor general, nuevos gritos de pro-

testa.

Había trascurrido alrededor de un quinquenio este estado de cosas, cuando el Gerente interino de la Asociación Salitrera de Propaganda en Iquique, dirigía una circular a los asociados, más o menos en los siguientes términos.

"Señores asociados:

Ha llegado a conocimiento del Directorio, que se han formulado quejas asegurando que en algunas oficinas de Tarapacá se cambian fichas con descuento, y aunque tal procedimiento sea del dominio privado de cada productor, el Directorio, en el supuesto de que fueran efectivos esos hechos, ha resuelto dirigirse a V. V. la presente circular con el propósito de evitar todo pretexto que quiera hacer valer para perturbar la tranquilidad en las oficinas de la pampa.

Confiado en V. V. no tendrá inconveniente en prestar toda atención a la presente en obsequio al propósito mencionado, me suscribo de V. V. señores asociados su más atto S. S. (hay una firma) Ge-

rente interino".

La nota que dejamos estampada, si nuestros recuerdos no nos engañan, se publicó en la circular N.º 42 de la Asociación Salitrera de Propaganda, y tiene al pie el siguiente comentario, escrito por la misma persona que la firma.

"Conviene notar, como se vé, por la redacción de la presente circular, que el Directorio se limitó a hacer una mera insinuación, por tratarse de un asunto de dominio privado de cada productor, y que fué dirigida exclusivamente a los industriales de esta provincia, enviándose ésto a las demás firmas sólo para su archivo e información como se estampó visiblemente en los ejemplares respectivos de dicha circular".

Con lo que acabamos de exponer, es incontrarrestable que los trabajadores tenían justísima razón para quejarse de esos escandalosos abusos de parte de sus patrones. Sin embargo, los industriales y algunos principales encargados de la industria, han mantenido fuera de derecho el arma favorita de acusar a sus trabajadores de perturbadores de la tranquilidad en sus faenas, secundados por el desprecio y el indiferentismo por la vida del obrero de algunas pasadas autoridades.

Y pensar, que cuando algunas autoridades han visitado la pampa para hacer un estudio de la situación de los trabajadores, "con honrosas excepciones" siempre han escuchado muy atentamente al administrador (al anfitrión) y demás empleados de la administración, pero muy pocas, y como hemos dicho un caso excepcional los ha llevado al campamento o a la calichera a conferenciar con los obreros. Y cuando en presencia del administrador o de un soplón de éste, uno o varios de los trabajadores se han abierto calle entre sus demás compañeros para hacer sus reclamos, lo hacen a sabienda que van a ser hostilizados arrojándoseles a la pampa momentos después que esas autoridades se retiren de la oficina.

Ese sistema de amordazamiento impuesto por los salitreros, es cosa que siempre ha mantenido timoratos a los trabajadores, máxime al casado con familia.

En los reclamos siempre se han destacado los libres de sus acciones, ellos son los solteros, quienes sin importarles un ápice el sufrimiento a través del desierto, con su bolsa o cama al hombro se sacrifican en favor de los suyos. ¿Será por esto que en los enganches prefieren a los primeros?

Años después, se rumoreó que la ficha iba a ser suprimida. A decir de algunos administradores esto era materialmente imposible, porque no contarían con la cantidad de moneda sencilla para darles el diario a millares de trabajadores en las oficinas.

Esos señores habían olvidado que, el dinero salido por la mañana del cajón del escritorio volvía a la caja de la pulpería el mismo día por la tarde.

Otro argumento de los salitreros para evitar el retiro de las fichas, era aquel que junto con ser capcioso hacía caer en la estigma de maleantes a sus trabajadores, y ese era según ellos, les sería imposible mantener en caja una fuerte cantidad de dinero, pues, se expondrían a ser víctimas de un asalto.

Eso del temor de ser asaltados era una impostutura con caracteres de infamia, una acusación injusta al trabajador allí en ese faenar donde predominan los buenos. Si bien es cierto que entre estos como en todas partes hay malos elementos pero en contado número, si hubiese existido el número de maleantes que sus expresiones hacían imaginar no les habría sido muy difícil a un grupo de resueltos, asaltar una pulpería o llevarse una caja de fondo a cuestas, ya que durante largos años en los cantones de Antofagasta después de contruidas las primeras oficinas, no hubo tropa de carabineros que les resguardaran sus intereses.

Por fin, tiempo después, no obstante las artimaña de los industriales se despejó esa atmósfera encapotada en cruentos sacrificios para los trabajadores. Vino la terminación en la circulación de las famosas fichas, y las Cajas Salitreras abrieron sus puertas repletas de moneda nacional y en billete de todos tipos.

Había llegado la hora en que sus pulperías especie de enorme pulpo, disminuía algunos de sus tentáculos por la acción de la justicia.

LA PULPERIA

Generalmente ésta se cuentra ubicada en sitio advacente al escritorio de la oficina.

La pulpería es el almacén en que el dueño de la Usina mantiene un buen stock de toda clase de artículos de consumo, incluyéndose en gran cantidad el vino y la cerveza, todo para venderles a sus trabajadores.

El precio excesivo sobre el costo en los artículos de necesidad diaria vendidos por el industrial salitrero o su encargado, tiempo después de la industria, ha sido otra veta tan al sol como el caliche en

la pampa explotada.

Al principio de la industria como no existían ferrocarriles para conducir a los trabajadores hasta el faenar, aquello constituía un destierro, por lo que muchos trabajadores de la costa, no aceptaban el ofrecimiento de un trabajo bien remunerado, a decir del propietario de la industria o principal encargado de ella.

Entonces ocurrió que, para los pocos que aceptaban le era forzoso al industrial darles facilidades a fin de que estuvieran contentos y satisfechos con sus medios de vida, no obstante del esfuerzo extraordinario que se hacía para darles traslado a la mercadería de consumo diario, incluyendo el agua dulce, todo a lomo de mula y en carreta.

Y esa satisfacción del trabajador se consiguió dándole la mercadería en general a precio de costo.

Tenemos entendido que la idea primera no fué obtener utilidades de la pulpería, porque así el trabajador junto con beneficiarse se resistiría más gustoso al azote brutal del clima brusco que procede de esa pampa hosca, donde hasta con lo mustio de su suelo parece fomentar la decadencia del espíritu y el anonadamiento de la materia.

Un tiempo después que la virtud del abono adquirió la resonancia esperada, la industria del salitre fué impulsada en forma vigorosa, pasando las pulperías a convertirse en un negocio pingüe, de tal modo que más de una vez se ha dicho que muchas de ellas dieron mejor utilidad que la que se obtenía de la industria del salitre.

Esto ocurrió primero en Tarapacá, y después

en la provincia de Antofagasta.

No dudamos de esas pingües utilidades, porque durante largos años con las famosas fichas o sea ese circulante ilegal establecido en la industria salitrera, le dió amplio margen para el mayor desarrollo de sus colosales fortunas.

Corrieron los años y la población de la pampa fué aumentando.

Lo carísimo de los artículos se difundió en forma rápida entre los comerciantes de los puertos, quienes considerando la explotación desvergonzada de los salitreros optaron por establecerse en el corazón de la pampa, y en un punto cercano a algunas oficinas, a fin de vender sus mercaderías a precios inferiores de los que pedían los pulperos de las oficinas salitreras.

Así fué como se formaron varios pueblos en el riñón de la pampa de ambas provincias, no obstante algunos gritos de protesta que en la prensa de su amaño hicieron dar los industriales del salitre, diciendo que esos pueblos eran focos de embriaguez y corrupción, por lo que sus faenas serían interrumpidas, mientras por ironía ellos vendían vinos y otros licores a destajo, es decir sin tasa ni medida.

Entre los pueblos combatido por los salitreros está el pueblo de Pampa Unión, en la provincia de Antofagasta en el cantón Bolivia, cuyos comerciantes han estado a punto de ser víctimas de las picas de los salitreros, y, todo con motivo del monopolio que éstos en sus pulperías habrían querido siempre mantener.

En buen concepto, los salitreros vieron en esos pueblos un fantasma que les interceptaba el paso en gran parte a sus enormes entradas.

Así, y con todo ese egoísmo, en esos pueblos tuvieron sus competidores, en lo que el trabajador fué el beneficiado no sólo porque compró más barato, sino también porque se le abrió crédito, cosa esta última que no lo hace ningún salitrero con sus trabajadores.

Pero qué ocurrió! Viendo los salitreros que las ventas y utilidades de sus pulperías disminuian mensualmente en un gran porcentaje, dentro del espíritu de ambición ilimitada que les caracteriza, procedieron con injusticia incalificable a darles órdenes a sus principales encargados a fin de que prohibieran a sus trabajadores que hicieran sus compras fuera de sus pulperías, con lo que inventaron la palabra contrabando, porque esa mercadería introducida a sus campamentos no había pagado la subida contribución que el principal encargado de sus almacenes exigía.

No olvidaremos decir que además de lo carísimo de los artículos, también el trabajador tenía que admitir la medida arbitraria el peso antojadizo,—a tiempo corriente en muchas oficinas — con lo que se aumentó en forma inaudita ese alto precio de los artículos.

Al mismo tiempo su personal de serenos diurno y nocturno,—que en aquellos tiempos era una especie de guardia pretoriana—recibió órdenes tanto
del administrador como del jefe de pulpería el estricto cumplimiento a esas disposiciones por la casa,
y que tomaran nota de todo aquel trabajador que
contraviniera la orden,—se comprende para hostilizarlo—como así mismo quedaba estrictamente prohibido la entrada a sus campamentos a todo comerciante ambulante ya fuera en menestras o tejidos.

Como se vé, ya no era sólo el agotamiento producido por el clima, el trabajo duro y agotador del faenar, que aniquila a nuestra raza en ese fabuloso Eldorado. Principiaba la vida lánguida, mísera, toda llena de privaciones por lo carísimo de los artículos

de consumo primordial.

Los modestos comerciantes ambulantes no obstante que se proveían en los puertos y pueblos de la pampa, por pequeñas partidas, y de hacer un esfuerzo extraordinario para cruzar a pie el desierto con su atado al hombro o bajo el brazo, soportando un sol ardiente que parece calcinara hasta los huesos, y tener que ocultarse en un terreno enmarañado cercano a la oficina, esperando que la sombra de la noche les favoreciera para entrar a escondidas al campamento,—como criminales que quieren evadir

la acción de la justicia—con todas esas molestias y peligros les vendían un 70 por ciento más barato que el industrial salitrero, que generalmente no sólo se provee en el centro del país, si que también importa gran parte de sus mercaderías en tejidos.

En estas circunstancias, muchos de los ambulantes fueron sorprendidos por los serenos en las callejuelas de los campamentos, expendiendo su mercadería, por lo que fueron golpeados sin compasión y arrastrados al pulguero, — y sería un oprobio no decirlo que también fueron robadas sus mercaderías y dinero.

Los trabajadores por otra parte, observando que eran explotados tan desvergonzadamente por los pulperos, principiaron a protestar de uno en uno, en forma enérgica de esos abusos incalificables.

Así, todo grito de protesta cayó en el vacío.

He ahí cómo nació el odio, la profunda separación que dividió largo tiempo a las clases trabajadoras de los capitalistas y de los principales encargados de la industria.

Largo tiempo después, los trabajadores unidos hicieron sus huelgas fraccionadas en la pampa, ellas fueron de caracteres trágicos, las que conmovieron no sólo en gran parte a los habitantes de la costa de esa región, si que también a varios otros pueblos del centro del país, algunas de ellas tuvieron como punto de partida los precios exorbitantes en todos los artículos de necesidad diaria.

Pasadas las huelgas algunos administradores de oficinas dieron orden a los jefes de pulpería, disminuir el precio en las mercaderías a fin de agradar a los trabajadores, y poder atraer a sus faenas a todos los que se necesitaban, pero esta buena intención en esos encargados de la industria no encontró aceptación en los empleados de la pulpería, y se dijo que esto se debió a que los jefes de pulpería estaban interesados en un tanto por ciento del producto total de las utilidades, con lo que se probaría que al decirle al administrador que aceptaban su orden no dijeron la verdad.

Ahora veamos cómo los pulperos siguieron especulando con el estómago de los trabajadores; los precios fueron inferiores pero ocurrió que lo que se daba por una libra o por un kilo, disminuyó muchas veces en forma visible y alarmante crispando los nervios del más tranquilo y haciendo perder la serenidad del ecuánime; hecho éste por los pulperos que siempre el trabajador ha calificado de robo por la disminución desvergonzada de peso.

Esa ha sido una razón para que los trabajadores llamen a muchos pulperos, canallas y mezquinos, y es así que son contados los que se hacen simpáticos y dignos del afecto del obrero.

El obrero ve en el pulpero a su enemigo irreconciliable, al pulpo que con sus fuertes tentáculos le detiene el paso y le oprime.

Por esta causa dentro de sus justos derechos, muchas veces pequeños grupos de trabajadores en distintas oficinas, han pedido a los administradores se les coloque una romana en sitio adecuado, a fin de que cada cual pueda comprobar si hay legitimidad de peso en su mercadería comprada, pero los administradores les han negado esa satisfacción, procedimiento que habla muy en alto que no hay empeño e interés por el mejoramiento de vida del obrero.

Se dirá que esos dueños de oficinas tienen sus buenos financistas que los hacen prosperar, que discurren a fin de que cada día hayan mayores entradas. Está muy bien que hagan prosperar a sus patrones. Para eso el dueño de esa o de esas oficinas, les paga con buenos sueldos a sus financistas. Que se explote la riqueza nada decimos. Para eso se invirtió el capital. Para explotar la riqueza de la pampa. Pero que no se explote al trabajador en su mísero jornal, esto no es justo, no es honrado, es inhumano.

Tenemos entendido que la especulación con el estómago del pueblo equivale a un desconocimiento de toda noción de humanidad, es negar el derecho de la vida a que todo trabajador tiene opción.

En épocas anteriores, en nuestra curiosidad, hemos observado que cuando alguna autoridad o comisión gubernativa ha visitado una oficina, llegando hasta la pulpería, ha tenido que salir convencida que todo reclamo que ha hecho el trabajador es injusto, porque esa visita encuentra los precios módicos, y los artículos son de calidad inmejo-

rable, además, el personal de pulpería son personas buenas y educadas.

Profundo engaño porque todo se ha preparado con anticipación para recibir esa visita.

Al respecto, recordamos hace años una honorable Comisión de Gobierno, presidida por un Ministro de mucho bombo, visitó dos o tres oficinas del cantón, Pampa Alta en Antofagasta, con motivo de una intranquilidad en la industria, que se traducía en un estado casi permanente de huelga.

Con anticipación un órgano de la prensa de esta región, anunció con letras de molde la llegada de tan famosa comisión,—incorrección del plumario avisarle a sus adeptos para que vean los medios de encubrir sus maldades—lo que dió lugar que la comisión con sus ministros fuesen engañados.

Los precios de los tejidos y de los artículos de necesidad diaria fueron casi al costo, los paquetes de azúcar, arroz y otros, todos marcaban en la romana el peso justo, en fin todo estaba arreglado como para la exportación.

Mientras la comitiva contemplaba en la tienda el llamativo bajo precio de todos los artículos, un grupo de trabajadores "particulares" había acudido en torno de ella también a la novedad de tan colosal baratura.

De entre el grupo de trabajadores uno de ellos no pudo resistir tanto engaño, y dijo en alta voz a sus demás camaradas:

Mientras esté la Honorable Comisión en la oficina no hay que perder la oportunidad de comprar barato, porque después volveremos a ser esquilmados. El soplón del administrador. El sereno, el pegado al cordel o al timbre eléctrico de la campana, y que estaba al lado de ese hombre que decía la verdad lo miró de reojo.

Uno de los honorables visitantes tal vez considerando una ocurrencia, la de nuestro roto, no pu-

do menos que sonreir suavemente.

Momentos después que la Honorable Comisión se retiraba de la oficina, ese hombre que tuvo la valentía de decir la verdad, era conducido por el sirviente de la campana ante el señor administrador y del jefe de pulpería, quienes le notificaron el retiro del establecimiento.

Así, le han pagado los administradores en las gobernaciones pasadas a todos los liberales que han reclamado ante las Comisiones de Gobierno en visita a la pampa, y aún es voz populi que cuando una autoridad provincial sube a la pampa y escucha algún reclamo de uno o varios obreros, se procede en igual forma, esto es, bloqueándoles a través de las oficinas de la compañía de donde fueran despedidos.

Muchas veces hemos oido decir ha algunos administradores que las pulperías arrojan pérdida, en sus balances semestrales o anuales, creyendo con ésto, asegurar que los artículos de necesidad diaria entre ellos la carne y el pan, se han vendido a precio de costo. Desde el principio de estos comentarios hemos dudado que esas aseveraciones están lejos de la verdad.

Las tiendas de abarrotes y tejidos, los predios agrícolas que algunos han obtenido poco tiempo después de ser principal encargado de una o varias pulperías, no es una materia para hacernos creer que por una breve falta de honestidad, los capitales invertidos en sus pulperías hayan disminuido. Para dar crédito a ello se necesitaría de una ignorancia absoluta sobre el resultado lucrativo de esos negocios.

Claro está, que hoy no obtienen en sus pulperías la enorme utilidad de ayer, y es por eso que algunos industriales no contentos con lo que tal vez llaman poca utilidad, se han dicho en sus adentros, a grandes males grandes remedios.

De ahí que, algunas Compañías Salitreras están adoptando el sistema—según algunos encargados de la industria—de arrendar el local que ocupaban esas pulperías a particulares de afuera. También en esto nos invade una duda de que no se nos ha dicho la verdad.

Al respecto, a estarnos de lo que se nos ha dicho en otro distanciado círculo, allí se habría estado cometiendo un hecho que pondría de manifiesto no sólo una ambición desmedida, si que también un indiferentismo por la vida del trabajador, y más que todo un concepto erróneo que habla muy en alto que allí al trabajador se le puede hacer vivir como en un pasado de tinieblas. Para ello habría estado ocurriendo hasta antes de esta última paralización, que en el afán de amasar fortuna, que sólo el de espíritu vil cree posible, el local de algunas pulperías habría sido transferido a uno o varios hijos de la patria de Confucio, a condición del pagar unos cuantos pesos mensuales por cada trabajador de esas oficinas. Dejamos establecido que esto no nos consta. Pero si este comentario fuera verídico, ya puede irse estampando el rubor en el rostro de nuestro pueblo.

No cabe la menor duda que esos contratos se

han hecho en forma privada.

Cualquiera se preguntará ¿Cuántos millares de pesos anuales habrán ido a la faltriquera de los salitreros con ese procedimiento? ¡Bonita manera de hacer dinero sin capital y con probable sacrificio del obrero!

Para terminar con un estado de cosas de esta índole bastaría una ley aprobada por el Ejecutivo en la cual se obligara al salitrero a cobrar un arriendo en un pequeño porcentaje sobre el avalúo del material empleado en esos edificios. Así se extirparía un mal que día a día se hace latente. De otro modo seguiremos contemplando el alto costo de la vida del trabajador pampino.

En nuestras constantes observaciones recogidas en las mismas pulperías durante largos años en esta región, las conversaciones sobre este tópico con sus empleados y ex empleados de esos almacenes, las protestas de ciertos órganos de la prensa por lo carísimo del pan, nos ha llevado a la convicción de que las oficinas en éste y demás artículos obtienen utilidades no despreciables.

Y ya que tanto alarde se ha hecho sobre el bajísimo precio de la carne, cuyo monopolio se ha mantenido en gran parte de la pampa desde hace largo tiempo por un hijo que dicen ser de la patria de Francisco José, pasaremos a demostrar en forma irrefragable que el artículo en referencia no puede ser barato para el trabajador, ni dejar pérdida al salitrero.

Es del dominio público en una parte de la región salitrera, que el costo a la casa, (digamos a la oficina) es de dos pesos ochenta centavos el kilo, por lo que no podemos aceptar que la pulpería tiene pérdida siendo que ésta vende a tres y otras a tres pesos sesenta centavos el kilo. Y ver que esta medida no tiene más que el nombre de tal. Pues, muchas veces hemos constatado que sólo se dan setecientos gramos. La ganancia está a la vista del más miope.

Se querrá argumentar que la carne disminuye de peso, por la acción de la temperatura después de cuatro horas más o menos de haber sido recibida. Eso es indiscutible, que hay una pequeña disminución de peso. Pero no aceptamos que se hable de pérdidas.

Un cálculo matemático llevará al lector al convencimiento de lo que aseveramos.

Supongamos, una oficina o ingenio nada más que con una venta de 600 kilos diarios, el costo a la casa sería de un mil seiscientos ochenta pesos, (\$ 1,680.00) pero como el kilo lo dá de setecientos gramos (700 gramos), tenemos entonces que quedan a su favor una utilidad en carne de ciento ochenta kilos, (180 kilos) que vendidos nada más que a tres pesos, arrojan quinientos cuarenta pesos (\$ 540.00) de utilidad.

Queda demostrado que el falso alarde de pér-

dida no está bueno ni para la exportación.

Como en el pan, también no dudamos que la casa sea bien beneficiada, ya que hemos visto no hace mucho tiempo en nuestras visitas a varias oficinas de la pampa, dar 6 pequeños panes por un peso, y que cada pan no tiene un peso más de 120 gramos. Tampoco tenemos entendido que la harina es de la mejor calidad.

Y ya que se trata de un artículo que un hogar no puede prescindir de él, máxime donde hay niños, entraremos ligeramente a comentar algo más sobre este tópico a fin de convencer al lector cómo

se lucra en este negocio.

En el mes de Febrero de 1928, si mal no recordamos,—en Antofagasta,—y que por algo se le puede llamar gráficamente ciudad modelo—se llevó a efecto un proceso ruidoso que ha hecho eco en los anales de las crónicas antofagastinas, y en el que se acusó a varios industriales panaderos por el hecho de organizar asociaciones ilícitas, y por el delito de estafa, tendiente a especular con el estómago del pueblo.

Una comisión de peritos nombrada por un magistrado recto y de alto espíritu de justicia, emitió un extenso informe en que hizo ver la contravención a un decreto municipal por los referidos industriales, en el que se les exigía vender a un peso (\$ 1.00) el kilo.

Ese mismo informe después de detallar los gastos de elaboración diaria, el pago de arrendamiento de locales, de agua, luz y teléfono, refería la utilidad diaria de cada industrial, llegando a la conclusión que vendiendo el kilo de pan al precio indicado por la Municipalidad siempre la industria tiene buenas utilidades.

Y los señores oficineros que no tienen pago de arriendo, ni otros subidos gastos que en la costa el amasijo exige. Sin embargo, sus encargados de la industria se quejan que la pulpería arroja pérdidas.

Nosotros preguntamos: ¿Y el vino y la cerveza que la pulpería mantiene en gran stock para la venta al destajo no les dejará pérdida? Vino que en Antofagasta comprado al por mayor se ha vendido a \$ 0.62 litro, sin embargo, este mismo el pulpero lo vende a \$ 4.00 y mezclado con agua.

En el concepto de los obreros, repetimos, de todos los trabajos que existen en la oficina, el de los pulperos es el más despreciable, los consideran enemigos irreconciliables por su exagerada especulación contra ellos.

Estimamos conveniente demostrar cómo puede vivir en esa pampa inclemente un matrimonio con hijos, en el que un padre gane un salario de 8 pesos,—por no decir de 7, 6 y 5 que son los viáticos para muchos trabajadores en cada oficina salitrera. Comiendo mal y solamente una vez al día esa familia tendrá un gasto forzoso en los siguientes artículos de necesidad imprescindible:

Pan	\$ 1.00
Carne	3.00
Papas	0.80
Azúcar	1.00
Fideos	0.40
Cebollas (cuando está barata)	0.20
Manteca	0.40
Porotos	0.80
Leña	1.00
Zapallo	0.40
Té	0.40
with the property of the party of	2000
Total	\$ 9.40

Como se vé, en estos gastos diarios no hemos incluido la vela para el alumbrado, el jabón ni el agua dulce. Hacemos mención de este último artículo porque nos consta personalmente la venta de él en una oficina del cantón Tarapacá, allá por el mes de Febrero del año 1929 cuyos agentes o dueños se decía eran extranjeros de esos que les caracteriza la ambición. Esos industriales en su rusticidad ignoran que el agua es necesaria para la limpieza, y con la

cual se preserva un pueblo de muchas enfermedades. Nadie debe ignorar que de la cantidad de agua y jabón que se consume en un hogar se deduce el grado de civilización de sus habitantes.

Tomando en cuenta nada más que los \$ 9.40 de gasto diario, tenemos que ese obrero padre de familia queda con un déficit, ese jefe del hogar opta por suprimir la carne,—elemento tan necesario para la suficiente caloría de la sangre—quedándole un saldo de \$ 1.60 a su favor, teniendo que dedicar esa suma a comprar otro comestible quedando privado de ese artículo de consumo primordial, que como hemos dicho no sólo produce calorías, si que también da vigor al organismo del trabajador.

Queda, pues, privada esa familia de comer lo necesario para su subsistencia. Y privada también de lavarse y de vestirse.

De ahí la mugre y los harapos.

He ahí cómo se degenera y se diezma la raza.

¿No es verdad que esto indigna?

La sangre sube a borbotones a la cara, cuando se contemplan estos cuadros de miserias en el seno de ese capital irreemplazable como es el obrero chileno, en el corazón de la industria más árdua y potente de nuestro país.

Volviendo al procedimiento indigno que mencionáramos de entregar las pulperías de algunas oficinas de Tarapacá y Antofagasta a un grupo de chinos y a otros inescrupulosos, de parte de los primeros se cierne un gravísimo peligro para una mayor degeneración en nuestra raza.

Y como hemos dicho anteriormente, con el referido procedimiento los industriales y agentes de esas oficinas salitreras han puesto de relieve una vez más, que bien poco o nada les interesa el mejoramiento de las condiciones de vida de sus obreros, dejando un amplio margen al poseedor de esos negocios para que obtenga la utilidad que él estime conveniente, comprendido qué, después de pagar los subidos cánones o los tantos pesos por cada trabajador que el salitrero le exige.

Es aquí donde algunos concesionarios aprovechan la oportunidad de obtener pingües ganancias, en algunos artículos de consumo que envía a la fonda y que también le pertenece, como ser, toda esa legumbre despreciada en el centro del país por vieja o agorgojada, y que él aprovecha sin demora a fin de que sea consumida por los numerosos pensionistas, y ese grano cuyo plato favorito es el poroto no es cambiado mientras no protesten o abandonen el hotel.

Es indudable, que el obrero en la pampa ha llegado a un estado morboso por la monotonía del desierto, y en el medio de esa vida lánguida y desesperada se ha llegado a formar un carácter que todo lo encuentra malo con justicia o sin ella, pero en la mayoría de los casos con toda la razón, y a donde van en la pampa ven al enemigo de las clases pobres individuos que hacen de especuladores desalmados.

Nosotros estimamos que, para remediar en parte la situación aflictiva de los obreros por el capítulo de los artículos de consumo primordial, sería preciso la adopción de diversas disposiciones de carácter gubernativo, o bien confiar su aplicación terminante a las autoridades administrativas de las ciudades de la región salitrera. Serían entre ellas indispensable las siguientes:

1.º Disponer que comisiones oficiales, designadas por Intendentes y Gobernadores recorran las diferentes oficinas controlando los precios de expendio de los consumos más indispensables, y estableciendo una tara en relación con los precios de los puertos.

Así por ejemplo, los artículos alimenticios de la región salitrera de Antofagasta, no pudieran exceder en un 10 por ciento a los similares de los puertos respectivos; entendiéndose que ese aumento proporcional sería justificado con los recargos por fletes ferrovarios, pago de comisiones, etc., más de ningún modo debiera permitirse un mayor gravámen, puestos que estudios detenidos sobre la materia han comprobado que ese recargo basta y sobra, no solamente para cubrir gastos eventuales, si que también deja un margen considerable de utilidad comercial a las respectivas pulperías.

2.º Otra disposición que evidentemente surtiría los mejores efectos en la rebaja prudencial de los artículos alimenticios en la pampa, sería establecer por medio de una ley especial para dicha región la absoluta libertad de comercio, y exigir también en todas sus partes la aplicación del comercio libre que consulta la Constitución del Estado dentro del territorio nacional.

Como se comprenderá, afluyendo a la zona del salitre en forma regular todas las actividades comerciales de los puertos vecinos, se establecería esa saludable competencia que está considerada como algo muy lícito y lógico, y que viene a ser como el barómetro que regula todas las operaciones de esa índole, prohibiendo que por el capricho o el espíritu de lucro desmedido de unos cuantos se dañe gravemente los intereses colectivos, que en todo caso deben primar sobre los privados o unipersonales.

Se ha pretendido sostener que existe en la pampa salitrera el comercio libre, pero en realidad en muchas oficinas es sólo una caricatura o pantalla, a cuya sombra surgen esos intereses estrechos, sobreponiéndose a todas las conveniencias de carácter humano y social. Así por ejemplo, so pretexto de prohibir la internación clandestina de licor a los campamentos, los comerciantes ambulantes de ningún modo tienen acceso a estos. El pretexto es irrisorio, puesto que bien sabemos, repetimos, que el licor se expende sin tasa ni medida en las pulperías y en las fondas.

Esa disposición adoptada por las compañías infringe abiertamente reglamentaciones gubernativas, en las cuales se indica que las actividades comerciales en la región del salitre, son libres teniendo los administradores únicamente la facultad de evitar la introducción de juegos de azar, de actividades perniciosas o de elementos perturbadores del trabajo.

Con respecto a los juegos de azar, en conversación sostenida con los trabajadores de las oficinas salitreras, se nos ha dicho, que hay oficinas en las cuales permiten en las fondas en sitio oculto los referidos juegos a cualquiera hora del día o de la noche.

Actualmente algunos jefes del Bienestar de las oficinas salitreras, para evitar que los comerciantes ambulantes ofrezcan a los obreros artículos alimenticios, y vestuarios a precios razonables contentándose con una modesta utilidad, y dando en tal forma un respiro al obrero cuyos jornales son irrisorios, les han fijado para establecerse un sector, el que se encuentra a considerable distancia del campamento, galpones donde la mercadería se destruye, y donde el trabajador muchas veces no dispone del tiempo para hacer sus compras, teniendo obligadamente que recurrir a la pulpería donde el monopolio está establecido.

Naturalmente existen algunas excepciones en oficinas cuyos administradores bien intencionados con respecto a las facilidades de vida del operario, permiten el acceso del comerciante hasta el recinto del campamento y de su administración. Pero esto debiera ser ley general, y no por simple excepción, puesto que se comprende, que toda compañía debe basar su prosperidad no en el mayor auge comercial de la pulpería, sino que en el mayor rendimiento de la elaboración del salitre, y por otra parte,

por cuanto es un hecho comprobadísimo que contribuyendo a la alimentación normal y adecuada del obrero, las actividades industriales de una compañía tendrán que ser mayores una vez que cuente con la cooperación de elementos vigorosos, y cuyo espíritu de trabajo tendrá que ser más fecundo en virtud de la forma humana como los traten sus superiores. Este hecho se observa en las grandes empresas industriales de Estados Unidos de Norte América y Alemania, donde las Compañías proveen a los operarios de todos los elementos de vida al mínimo costo, y aún llegando ha auspiciar con capitales que ellas aportan, la formación de poderosas cooperativas, donde el trabajador se surte a precios aún más bajos que en plaza comercial.

Volviendo a nuestras indicaciones acerca de la conveniencia de establecer el verdadero comercio libre en la pampa, consideramos que sería de conveniencia que el Gobierno dictara una disposición de que todas las Compañías deben proveer a sus oficinas en un determinado porcentaje en el comercio de los puertos salitreros; donde el Gobierno ha invertido enormes sumas de dinero en obras portuarias, de pavimentación y ferroviarias precisamente para adorno y dar vida propia a estas regiones.

Así, por ejemplo la Compañía de Salitres de Antofagasta surtía a sus ocho oficinas exclusivamente de los puertos salitreros y Valparaíso, con cuyo sistema se notaba un mayor bienestar en toda esta región norte; pero en cambio, las poderosas

firmas extranjeras que le han sucedido han prescindido en absoluto del comercio antofagastino, importando casi el total de sus consumos, y debido a este procedimiento exclusivista el comercio de esta región atraviesa una situación de crisis cada vez más aguda.

Esta idea de protección bien entendida, la consideramos perfectamente de acuerdo con las tendencias netamente nacionalista del actual Gobierno de

la República.

Se entiende por otra parte que, si poderosas empresas extranjeras han obtenido el máximo de facilidades para su desenvolvimiento muchas veces con sacrificio del Erario Nacional, lógico y justo es que contribuyan también por los medios a su alcance a la mayor prosperidad de las más nobles y útiles actividades del país.

A este respecto, creemos del caso hacer presente aquella disposición oportuna que obliga a las grandes empresas extractivas a ocupar un determinado porcentaje de elemento chileno dentro de sus faenas, a efecto de mantener latente las fuerzas vivas de la Nación, ya sea en razón del trabajo en ejercicio o de las utilidades económicas que pueden quedar en el país.